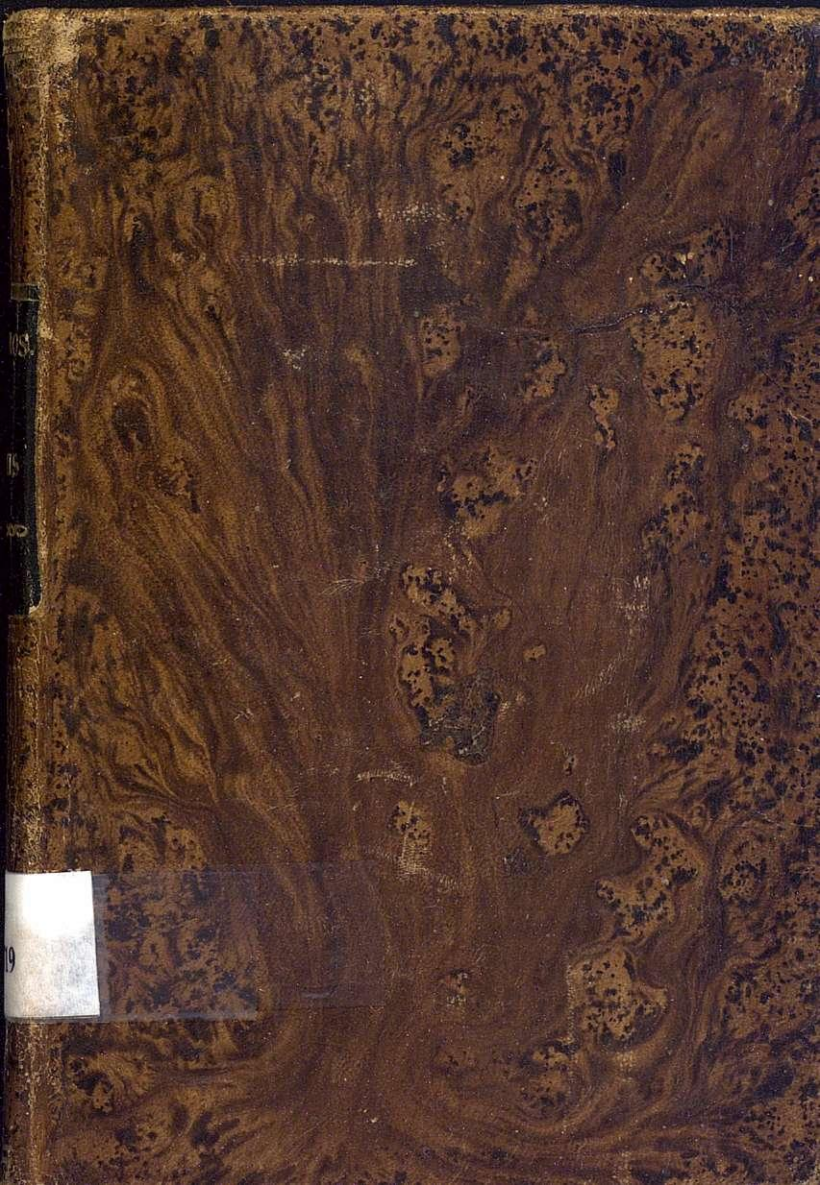








J. L. ESTRADA

5/7.0 117427
La Poderosa Chemis,

6

LOS REMORDIMIENTOS

de los malvados.

OBRA ESCRITA

POR MONSIEUR DAVID,

y traducida y aumentada

por Don Basilio S. Castellanos
y Don Julian Anento.

~~~~~

TOMO II.

~~~~~

MADRID:

Imprenta de D. RAMON VERGES: calle de la Greda.

Noiembre de 1830.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104488289

*Dioses á quien la suerte dió el gobierno
De las almas , y vos , ó sombras mudas ,
Tú , Châos , tú , Phlegeton , vos , ó infernales
Playas , donde siempre hay silencio eterno ,
Dadme licencia de decir lo oido ;
Tened por bien que dé noticia al mundo
De lo que el centro de la tierra encierra ,
Y escuridad que eterna noche esconde.*

ENEIDA DE VIRG. LIB. VI.





LA PODEROSA THEMIS

Los remordimientos de los malvados.



El Perro Revelador.

NOVELA HISTÓRICA.



Antonio Richard, hijo de un rico labrador de las cercanías de Ardenes (66), descubrió desde su mas tierna edad un amor filial muy extraordinario y admirable. Adoraba á su padre como á una querida, se adelantaba á todos sus pensamientos, y en fin, era su único ídolo sobre la tierra. Con razon se estrañará

cualquiera de que una cualidad tan recomendable fuese la sola virtud que había podido conservar su perversa alma, cual una planta saludable en medio de muchas mortíferas, y de que este bello sentimiento, constantemente abrigado en el seno de las maldades, jamás perdiese su vigor ni su pureza, con el alito infestado del crimen.

No creemos necesario presentar aquí metódicamente capítulo por capítulo los detalles de la infancia, y después los de la adolescencia de nuestro personage en cuestión; ni tampoco delinear un cuadro progresivo de las crueles inclinaciones de Richard, refiriendo por menor la pasión sanguinaria con que sus manos aun débiles ahogaban una inocente paloma, herían un tierno corderillo que juguetaba en el prado cerca de él, como procurando adquirirse un amigo: ¡con qué placer atroz se ocupaba desde que pudo manejar un fusil, en matar los perros de caza de su padre, y en armar lazos de muerte á los animales mas domésticos...! Este espectáculo tan horrible, aunque no manifiesta ser del mayor in-

terés, nos conduce sensiblemente á la parte que tenemos llegar.

Diremos solamente en extracto, analizando el caracter de este bárbaro, que la efusion de sangre era para él desde sus primeros años el colmo de sus delicias; que con ella encontraba variados placeres, y que sus ojos brillando de alegría á vista de este licor, se inflamaban de un ardor y un fuego extraordinarios. ¡Contraste admirable...! porque la naturaleza generalmente opuesta á su destruccion nos da á todos una violenta antipatía para tan penoso espectáculo, y una sola vena que se rompa por cualquiera golpe casual ó necesario, asombra nuestra vista, oprime nuestro corazon y temblamos involuntariamente: una mortal palidez cubre súbitamente nuestro rostro, todo lo que prueba muy bastante que es el origen de la primitiva inocencia del hombre: este fluido vital, la sangre jamas debe salir de sus tubos transparentes por motivos violentos, y mucho menos por el hierro de un asesino. Cain (67) será un ejemplo fuerte de mi asercion: así que vió el caracter de la muerte que

empezaba á manifestarse en la serena frente de Abel, y que la roja espuma de su sangre teñía sus cabellos, manchando igualmente la yerba en que yacia, se sintió poseído de un terror involuntario.... huyó al mirar tan doloroso cuadro, como presentaba la preciosa sangre que acababa de derramar con la quijada homicida, queriendo ocultar de roca en roca la vergüenza y el peso enorme de los remordimientos mas crueles, que empezaron á atormentarle desde tan aciago momento.

Richard á esta propension tan repugnante juntaba una invencible afición al hurto. Su padre conceptuó, durante su infancia, por meras travesuras, este germen criminal, guardando sus severas reconvenciones para la edad adulta, en la que ya no fueron de ningun provecho; llegando entonces á traspasar todos los límites, y á dar toda la preferencia á la vituperable pasión al robo. La fortuna de su padre permitía se hallase provisto abundantemente para satisfacer sus necesidades y aun sus caprichos; pero para esta alma perversa, para este ser monstruoso

todas las cosas perdian mucho de su valor si no le costaban un peligro que vencer, en cuyo caso doblaba la estimacion por ellas. Ultimamente no se creia tranquilo sino en medio de la sangre y de delitos.

Sin embargo, Richard, aunque rodeado de tan malvadas inclinaciones, no ha dejado de ser buen hijo; su ternura filial no desmiente un instante de su amor; continúa adorando á su padre; y en tanto que insiste en caminar á paso doble por el sendero del crimen, se deja amar y maldecir á la vez del anciano Richard, que era hombre de muy apreciables sentimientos. Tan pronto el desgraciado autor de sus dias le abraza complaciéndose en un sucesor tan bizarro, como le rechaza de su seno con horror, como al infame, que acaso algun dia cubrirá de oprobio sus blancos cabellos.

Richard, hijo, á la edad de diez y ocho años, sintiendo latir en su corazon el ciego deseo de la libertad, y olvidando por el pronto la ternura paternal, se escapó una mañana de la casa de labor, con el objeto de dar mayor desahogo á sus

intentos dominantes; provisto con algunas monedas de oro, y unos pocos diamantes que la noche anterior robó violentamente al secretario del partido, el infame huye, y por extraordinario contraste, la piedad filial ocupa de nuevo su memoria, haciéndole derramar lágrimas, al mismo tiempo que sus plantas se dirigen impávidamente al ámbito del delito. Richard, padre, instruido de la fuga de su hijo, igualmente que de la fractura de las cerraduras de algunos de sus muebles, se entregó á la mas violenta desesperacion; le pareció mirar la ignominia del cadalso próxima á deshonrar sus cansados años, y las caricias de su tierna Lucila, hija única, y consuelo que le quedaba, en la temprana edad de ocho años, no eran suficientes á contener sus amargas lágrimas. “¡El ingrato, exclamó Richard, me ama y me deshonra! ¡me quiere y clava un agudo puñal en mi seno! ¡sus sentimientos alguna vez son virtuosos, pero sus acciones siempre culpables! ¡Terrible contradiccion! ¿Por qué seré yo víctima de semejante enigma?”

Mientras que este desgraciado padre se aflige , recorre Richard , hijo , cambiando muchas veces de nombre , Sedan (68) , luego Flandes (69) , luego la Bélgica (70) , y por último en Anveres (71) resuelve probar su suerte , uniéndose á una compañía de caballeros de industria , rateros , estafadores , y escapados de los presidios de Francia. Frecuenta ciertas tabernas , juegos y reuniones clandestinas : en las que se ejercita en el arte de pilleria , y en robos que necesitan complicacion , intriga y destreza de ingenio y manos : muy lejos de aparecer novicio en tan vergonzosos ejercicios , á poco tiempo adelantó á sus maestros , dejándolos confundidos de ver tan buenas disposiciones. Entre todos era el mas diestro para disponer un partido fraudulento de naipes , de villar , de dominó , de algedrez ó damas ; en organizar un duelo , y en seducir algunos hijos de familia , con el fin de ver correr su sangre despues de despojarles de sus efectos : si era necesario hacerse con cualquiera alhaja , tomar los diamantes del pecho ú orejas de alguna señora , aun en medio de la concurrencia , ó jugar alguna pieza

pesada á algun cuidadoso usurero...; Valtamorgues (que era el último nombre que tomó este malhechor) se ofrecia el mas diestro, asimismo que se le reputaba por el mejor inventor para la expedicion de toda muerte premeditada; y finalmente, para escalar una tapia, forzar una puerta, fracturar alguna arca de dinero, ó algun tesoro público, imaginando estratagemas inconcebibles, encubrirse, disfrazarse, apoderarse de un rico coche á la salida de algun teatro engañando y emborrachando los lacayos, Valtamorgues era el genio ante quien todos sus compañeros tenían que ceder la superioridad. Solo la naturaleza, y no la instruccion, le habia dado tan perniciosa habilidad: sus dedos se manejaban como si no tuviesen huesos, y manobraban con prodigiosa destreza; estudió un poco de física para reunir estos conocimientos á tan bella disposicion; y nunca el mejor titiritero supo hacer desaparecer una prenda con mas primor que él ocultaba un objeto robado.

Ya se deja conocer que se contemplaria dichoso en este teatro de vicios, en el

que era tenido como soberano , y como que ni la sangre conmovia sus sentidos, Valtamorgues al frente de la compañía, que él llamaba de los hombres libres , se veía en el colmo de su satisfaccion.

Tantas hazañas por parte de tan solemnes bribones , conseguidas á espensas de los muchos engañados, no podian ser de larga duracion, sin interesar la vigilancia de la policia , escitada á buscar el gefe de una cuadrilla misteriosa que se mantenía solamente del rapto. Valtamorgues, como estrangero , dotado de una notable presencia , y de un caracter y rostro que no podía ser mas feroz , vino prontamente á hacerse sospechoso en concepto de los ministros , lo cual notándolo él , y adelantando su audacia á todo lo imaginable , se puso á escribir un anónimo al comisario de policia , por el que le instruía de todo en la forma siguiente : “Un sugeto llamado Richard , y apellidado supuestamente Valtamorgues, » hombre muy determinado , ha tomado » á su cargo el mando de una faccion de » malhechores , formada de los mas criminales de todas las naciones , la que

»entre ellòs se denomina de los hombres
 »libres &c.” Dijo aun mas; pues daba noticia de la habitacion de este gefe, fijando efectivamente la suya, y terminando su aviso delator, aconsejando muy particularmente al dicho magistrado se hiciese acompañar por prudencia de bastante gente.

Valtamorgues (pues ya no le entederemos con otro nombre) despues de hacer entregar la atrevida misiva, que tambien advertia al comisario de policia, que la hora de las ocho dadas de la noche era la mas á propósito para la prision del referido gefe de ladrones y de la mayor parte de su gente, reunió á su rededor todos los individuos de su mando, y les dió cuenta de su audaz proyecto en estos términos.

“Amigos míos, hasta la presente no
 »hemos hecho mas que proceder como
 »oscuros soldados de nuestro ilustre patron Mercurio; algunas raterías, algunas
 »veneganzas, algunas capturas nocturnas, pero sin la menor celebridad; y
 »por último, benéficos sin gloria, y campañas sin peligros han sido únicamen-

» te las ocupaciones de nuestra vida insignificante en Anvers.... Sabed que Valtamorgues no ha nacido para émplearse en delitos vulgares, ni para concretarse como un mero ratero á la rapiña de algunas sortijas, carteras, ó á cortar faldriqueras á las mugeres; mas alto destino me está reservado: Valtamorgues desea que su cadalso, si debe subir á él algún dia, sea mas bien el templo de la inmortalidad, que el sitio del oprobio y del desprecio.”

A semejante razonamiento todos los bribones que le rodeaban, entre los que no carecian algunos de valor y talento, se reconocieron animados de una nueva audacia y de un nuevo orgullo... ¡error extraño de los hombres entregados á la perversidad! Los prestigios de la vanidad tienen cabida en sus corazones, y tambien el crimen les ofrece lauros en la carrera de sus culpables hechos!!!

En particular Mortanoro, de origen inglés, fugado como banquero fraudulento de las galeras de Plimouth (72), y posteriormente por otros delitos cometidos en Francia, de una cadena de for-

zados, que se conducía á Tolon (73); hombre señalado en las piernas y muñecas del rozamiento de los hierros que ignominiosamente habia arrastrado largo tiempo; con la frente posesionada del crimen, diestro en muchos idiomas, lleno de valor, y comprometido por el juramento de perseguir de muerte toda la sociedad, se sonrió alegremente con el referido discurso preliminar diciendo: «Me encantas, Valtamargues, así debe »espresarse un hombre de bronce: me »avergüenzo de permanecer en tal inacción, y de estar continuamente temiendo, sin hacerme temer á la vez... ¡Ah, »si tu quieres creerme, verás como este »brazo valeroso, que monstruos han sujetado alguna vez á la pilastra de la »infamia, hará pagar muy cara su deshonra y mis desgracias; y te declaro, »Valtamorgues, que necesito sangre, como lo mas precioso para calmar mi venganza y mi encono!»

Estas nuevas é infames espresiones no dejaron de vigorizar la facción; al modo que unos héroes se animarian, decidiéndose á la defensa de una justa causa...

«No se me interrumpa mas, replicó Val-
 »tamorgues: yo sé muy bien distinguir
 »entre vosotros, los hombres que dig-
 »namente podrán substituirme; y sin la
 »menor contradiccion, Mortanoro, co-
 »nocado ya en varias partes de Europa,
 »escapado por segunda vez de los presi-
 »dios de Inglaterra y Francia, conviertien-
 »do sus yerros en armas ofensivas, con-
 »siguiendo poner su vida fuera del al-
 »cauce de la ley &c.... Todos estos títu-
 »los son muy respetables y sagrados, y
 »jamás los despreciaré; pero al presen-
 »te no se trata de distribuir nuevas con-
 »sideraciones, ni de elevar el rango de
 »cada uno de los individuos que forman
 »la ilustre compañía que tengo el honor
 »de mandar...; es necesario huir pronta-
 »mente de una poblacion en que nues-
 »tro reinado no puede ser de larga du-
 »racion; pero es necesario huir, cometien-
 »do acciones homicidas, y tratar de cons-
 »truir apresuradamente un asilo impe-
 »netrable é inaccesible á nuestros in-
 »fatigables perseguidores, un asilo en
 »fin, independiente del poder de nues-
 »tros enemigos, é igualmente á cubierto

»de la volubilidad de nosotros mismos!
 »Ahora explicaré de qué modo quiero cas-
 »tigar al confiado comisario de policía
 »Wan-Peters: á las ocho de esta no-
 »che vendrá aquí, allanará la casa, y ha-
 »rá penetrar todos sus ministros: á las
 »ocho tambien, es preciso que sean nues-
 »tros cautivos, y que favorecidos con sus
 »documentos, bandas y demas insignias,
 »sin olvidar la caña magistral con puño
 »de marfil; salgamos de Anveres del mo-
 »do mas lucido y honroso.”

Este proyecto llamó mas y mas la aten-
 cion de toda la reunion, y cada uno pres-
 tando cuidadosamente su oido, esperaba
 los pormenores de este plan, junto con
 los medios de su egecucion.... “Vedlos
 »aquí, continuó Valtamorgues: me presen-
 »taré el primero delante de Wan-Peters,
 »le introduciré con su ronda en mi ga-
 »binete, en donde me manifestaré como
 »el personage que busca, ínterin que la
 »mayor parte de vosotros ocultos de an-
 »temano en la alcoba, detras de los mue-
 »bles, y en las demas piezas del departa-
 »mento, os arrojareis inopinadamente so-
 »bre la escolta del Comisario; que en cuan-

»to á este último, continuó Valtamor-
 »gues con una irónica sonrisa, yo cui-
 »daré de su negocio. Despues de despo-
 »jarle de su uniforme y títulos, me re-
 »vestiré con ellos, y á media noche me
 »seguireis al arrabal de Bruselas, donde
 »en mi nueva calidad de comisario de
 »policía, supondré voy á perseguir la
 »banda de los libres, que diré se han es-
 »capado, fugándose á las montañas de
 »Tournay (74). Sobre todo, amigos míos,
 »nada de fuego, el puñal debe ser nues-
 »tra única arma; que corra la sangre pe-
 »ro que sea en silencio, de modo que
 »hasta mucho tiempo despues de nues-
 »tra marcha, no pueda la ciudad admi-
 »rarse, sino á vista de nuestra habilidad
 »y de nuestras víctimas.”

El atentado á todos pareció muy inge-
 nioso, y no menos lisongero: vengarse
 de su mas implacable enemigo Wan-Peters
 era para ellos el colmo de la felicidad. Muy
 bien conocian el grande riesgo que iban
 á tocar, pero el falso punto de honor
 que los sostenia, principalmente al bri-
 bon Mortanoro, los hubiera avergonza-
 do de poner ningun reparo á la mas mí-

nima circunstancia, de las que proponia un imponente gefe con intenciones las mas audaces. Unicamente Mortanoro, dejando conocer en su semblante algun disgusto, envidiaba la suerte que reservaba á los golpes de Valtamorgues, el pecho de Wan-Peters, llegando el infame hasta suplicar á su capitan le abandonase tan deseada presa.

Hecha la distribucion é inspeccion de los estoques, puñales y demas armas blancas con mucho cuidado, y enterado cada uno de su papel; se repartieron igualmente vino y licores con abundancia, pero nunca con borrachera; cada uno tomó su puesto, ya en las habitaciones, como en la escalera y calle, esperando con impaciencia que la hora determinada, y las sombras de la noche permitiesen tan infernal empresa. Con efecto, llegado el fatal instante, Valtamorgues se unió al magistrado, á quien dijo que en aquel momento se hallaba Richard en su casa, tal vez combinando el modo de escaparse con uno de sus confidentes, que segun tenia entendido, se llamaba Mortanoro. Apenas llegaron á la meseta de

la puerta habitación : “no hay que titubear , dijo nuestro audaz héroe , violentemos lo puerta , pues de otro modo podrán escapárse nos , ya por las ventanas , ó ya por algunas trampas ocultas que sin duda tendran para su fuga.” De suerte que á fuerza de brazo , y con auxilio de algun instrumento , la puerta cedió al esfuerzo de todos , precipitándose en el asilo de Valtamorgues. Wank Peters , se dirige al fatal gabinete en que se hallaba oculto Mortanoro , en el que se vió súbitamente sofocado con un pañuelo y una mordaza , que impidieron sus gritos , y espiró al frio yerro del prevenido Mortanoro , en tanto que sus guardas é inspectores cercados por todos lados sucumben de igual modo á las fuertes puñaladas , que hicieron brevemente cubrir el pavimento con su sangre. Mas prontamente que un rayo Valtamorgues despojó al comisario de policia de sus vestidos y de todos sus títulos de magistrado , se apoderó de sus papeles y condecoraciones , y tuvo la osadía de dirigirse con toda su gente , revestida la mayor parte con los uniformes de las víc-

timas, y á cubierto con los seguros de los inspectores, á un alquilador de postas del arrabal de Bruselas. Hizo llamar prontamente, *en nombre del Rey*, y pidió un coche grande; con lo que triunfando de su criminal empresa, tomó primeramente la direccion á Bruselas, luego siguió las fronteras de Francia y Montmedi (75), y últimamente el camino de Carignan (76).

Unánimes todos, en que en el centro de los bosques de Ardenes no tenían que recelar el menor peligro; fue aquí donde el infame Valtamorgues, haciendo parar el carruage, mandó apearse al cochero, é intimándole hiciese con brevedad su última oracion, le deshizo la cabeza á boca de jarro, con el fin de que ninguna delacion diese margen para seguirlos. El coche fue abandonado en medio del camino, escepto los caballos que sirvieron para la conduccion de dos ladrones heridos, aunque ligeramente en la accion de Anvers.

Pasadas pocas horas de la salida de la ciudad, todos los alguaciles, gendarmes, y aun tropa de línea se mandó po-

ner sobre las armas: el reconocimiento de la casa de Valtamorgues, y los cadáveres ensangrentados por toda ella fijaron las miradas dolorosas de los primeros que entraron, y por último, el cuerpo de Wan-Peters convenció á todos que aquel magistrado y su policía habían sido víctimas desgraciadas de algun ardid homicida. No se dejaron de practicar muchas pesquisas, de despojar minuciosamente los cuerpos de dos vándidos, muertos en la acción; pero de estos registros no se recogieron sino armas de asesinos, gacuzas, manojos de diferentes llaves falsas, silvatos, y algunos papeles escritos en caracteres germánicos, y por consiguiente indecifrables. Unicamente se trataba de la prision de Valtamorgues y de sus cómplices; pero estos bien provistos de oro, tuvieron la precaucion de separarse cerca de Sedan, y tomar cada uno diferente camino, segun las instrucciones geográficas recibidas de su jefe, para reunirse en el punto mas céntrico de los bosques de Ardenes, al mismo tiempo que el mas espeso, distante de doce á quince leguas de Cariguan.

Tambien habia sido señalado por Valtamorgues el dia para la reunion general de toda la compañía ; siendo la señal convenida , unos silvidos de rato en rato durante el dia , ó una luz artificial en la noche. Con efecto , el dia cinco de diciembre de 18... los vandidos , en número de treinta , con diferencia de pocas horas , estuvieron exactos á la cita. Valtamorgues anunció su llegada con dos pistolazos , que era lo contratado : é inmediatamente espresivas aclamaciones y repetidos abrazos fueron el solo language de estos facinerosos : en seguida sentado nuestro héroe en el tronco de un árbol , ordenó á sus súbditos formasen circulo á su rededor , y les notició la intencion que tiempo hacia tenia concebida de fundar en aquella selva , memorable en ruidosas maldades , una caverna construida por sus manos ; la que el valor y determinacion abastecerian de todas provisiones , y suntuosos muebles. “No hay que »perder tiempo , añadió , la estacion es »rigurosa , y necesitamos ponernos al abrigo de nuestros enemigos , y de la inelencuencia de los tiempos. Coloquemos hoy

» la primera piedra de tan útil monumen-
 » to ; que la sangre de una víctima la ci-
 » mente , y que la inauguracion de nues-
 » tra morada , á manera de instituciones
 » romanas, sea bajo sangrientos auspicios.”

Todos á una voz aplaudieron tan gran-
 de proyecto : estos malvados bien conocian
 el espíritu de energía, de profunda con-
 cepcion , y de facil empresa que anima-
 ba los pensamientos de su capitán Val-
 tamorgues: Mortanoro y Timboné fueron
 de descubierta, y no tardaron en traer
 un joven é inocente aldeano , que dego-
 llaron bárbaramente , sirviendo su livida
 cabeza de piedra fundamental á estas ter-
 ribles catacombas.... El capitán por pura
 fórmula hechó algunos puñados de tier-
 ra , y dirigiéndose al dios del infierno,
 le suplicó protegiese un asilo que ente-
 ramente le estaba consagrado (77).

Las primeras semanas se pasaron en
 cabar con mucha actividad la gran ca-
 verna, no faltaron barras ni palancas,
 ni azadones , con los demás útiles que
 se creyeron necesarios , pues las expedi-
 ciones de algunos proveian de todo esto,
 ínterin la compra de comestibles y mue-

bles, se hacia en los pueblos inmediatos, bajo la direccion y á gusto de Valtamorgues. El trabajo se adelantaba extraordinariamente á pesar de lo fuerte de la estacion, y la tierra consentia que el crimen deshiciese sus entrañas para su establecimiento: ya ochenta pies de profundidad, por una latitud de diez toesas aseguraban á los malhechores un retiro, tanto mas formidable cuanto, que abierto el terreno por varias partes le tenian minado, con la precaucion de volar cualquiera tropa, aunque numerosa, que algun dia pretendiese sitiarnos. Mientras tanto se cometian algunos atentados, como pequeños ensayos, y únicamente para subvenir á las necesidades mas urgentes, hasta que la caverna enteramente se hallase concluida. Mortanero dirigia los trabajos secundarios, esto es, dividia las salas y demas piezas, las que hacia adornar y entablar, colocando despues espejos, quinqués y demas muebles de lujo y comodidad: por cocinera se trajo una vieja de Sedan, la que muchos tiempos se ocupó en guardar los efectos robados de una compañía de caballeros de indus-

tria, tomando hacia mas de cuarenta años, interés en toda clase de crímenes.

En todo el tiempo empleado en tan costosas operaciones, Valtamorgues, que como ya hemos dicho poseia bastantes conocimientos de física, y muy particularmente sus aplicaciones á la fantasmagoría, atemorizaba el bosque, haciendo creer á los sencillos aldeanos, durante la noche, valiéndose de fósforos, fuegos de Bengala (78) y espíritu de vino, que estos juegos pavorosos eran producidos por los espíritus infernales que habitaban aquel parage, haciendo revolotear al efecto, por medio de un alambre, algunas cabezas con alas de murciélago: pero aun no paraban aquí sus ficciones, pues disfrazaba algunos de los vándidos en fantasmas gigantescas, encargándoles recorriesen con una antorcha encendida y con cadenas estrepitosas todas las avenidas de la caverna, é imprimir de esta manera en el simple vulgo el miedo del fanatismo y superstición, tan favorable á los charlatanes, á los criminales y á los malvados de todos tiempos.

¡Quién lo creeria...! Valtamorgues, es-

te menstruo manchado ya con la sangre de veinte asesinatos, abrigaba aun en su fiero corazon el amor filial. Su padre siempre está presente en sus pensamientos, le ama con el mismo extremo, y el hábito de los delitos no ha corrompido su única virtud. Cuidadoso de agradarle, le dijo se habia establecido de platero y diamantista en Montmedí, y le enviaba con frecuencia algunos despojos de sus víctimas, que segun decia en las cartas, timbradas en falso, eran alhajas construidas por sus manos.

El subterráneo edificio se adelantaba, pues á la sazón estaban ya colocadas largas vigas, que transversalmente formaban la cubierta, sobre las que ajustadas tablas disimuladísimas con tierra y heno, ocultaban la guarida, negándola la luz del dia, para que solamente reinase en ella la noche tenebrosa del crimen.

Únicamente dejaron practicables la entrada principal, y un largo pasillo al extremo opuesto de la caverna con la prevision de que sirviera para ataque, y retirada en caso de sorpresa y combate; y por último, este horroroso ámbito tenia

un doble fondo, como cuartel de reserva, cuyo uso esplicaremos en breve.

Asi que los trabajos fueron enteramente finalizados, y que los leñadores, caminantes y aldeanos de todos los pueblos cercanos, poseidos de espanto, favorecian por sí mismos con su debilidad los atentados y la seguridad de estos infames; Valtamorgnes, en el festín de instalacion los estrechó á todos con un nuevo juramento, por el que los obligaba á no revelar ninguna cosa de la sociedad, aun en eminente peligro de muerte. "Pero »no me es suficiente, prosiguió este malvado, que pronuncieis el juramento; »estoy muy convencido de la facilidad con »que los hombres de nuestros días quebrantan los suyos... Yo quiero un baño »de sangre.... Sangre, que vertida por las »propias manos de cada uno, me ofrezca la garantía moral, de que no me seáis perjuros; pues familiarizándose con »las rojas ondas del homicidio, y sumergiéndose desnudos en tan precioso »licor, habreis adquirido en mi opinion »el derecho de no recelar ni temer ninguna traicion."

Esta orden terrible (porque desear y disponer eran para Valtamorgues la misma cosa) no dejó de conmover á los malhechores ; pero animados del punch , el vino , y el temor estúpido de no dejarse propasar en ideas feroces , respondieron á una voz , se hallaban prontos á verter su propia sangre para manifestar la ciega obediencia á su ilustre gefe. Mortanoro su teniente fue el primero que reunió en la prision del doble fondo de la caverna suficiente número de víctimas para dar satisfaccion al sacrificio que ordenaba el sanguinario código de Valtamorgues ; las degolló todas sin compasion , y sin distincion de sexo ni edad , recogiendo en una grande caldera de hierro la sangre que escapaba á gruesos borbotones de las gargantas de los infelices que habia inmolado , zambulléndose en seguida en este baño ardiente , sin temor de que los dioses vengadores le hiciesen experimentar los mayores tormentos en justo castigo de tan odiosa alevosía. Valtamorgues con el puñal en una mano y un libro mágico en la otra recibió el árido holocausto en medio de mil maldi-

ciones... ; Y la tierra no se abrió para confundir al autor y ejecutores de semejante escena!!! Pero Dios benigno concede á los malvados un espacio de vida , para que el sincero arrepentimiento pueda insinuarse en sus almas empedernidas, y de lo contrario manifestarles el justo castigo, les dejó el tiempo suficiente para la enmienda, advirtiéndolo á los demas con tan doloroso ejemplo.

Toda la provincia se veia envuelta en luto , aqui una desolada madre reclamaba con triste llanto su única hija , desaparecida casi milagrosamente; allí un mercader y un caminante se miraban robados y perdidos; los mas fuertes equipages eran asaltados y desconcertados, y parecia que el robo y el asesinato reinaban para siempre en tan desgraciado pais. Durante el dia, el terror y el silencio perpetuo del bosque no permitia se aproximase ningún leñador, mucho menos, con la idea de que algunos pastores se habian engañado por alguna tracción. Por la noche los espectros homicidas, obra de la imaginacion de Valtamorgues, y las fantasmas que superaban los

árboles mas elevados , aterraban al des-pavorido caminante. La admirable destreza con que era construida esta caverna de malhechores , no daba á la autoridad ningun arbitrio para proceder al esterminio de sus habitantes, y hasta entonces cuantas diligencias se tenian practicadas eran infructuosas.

Asi que , en el seno de la calamidad y de tan inexpugnable azote se amontonaban las víctimas en esta infernal guarida; los baños de sangre seguian con el mayor ardor , y muchos desgraciados en vano tenian hasta entonces invocada la justa venganza de Themis , exhalando su postrimer suspiro.

Esta horrible cavidad era una vasta tumba, en que infinidad de huesos formaban el archivo del crimen , y en que las lágrimas y la muerte componian la continua escena del homicidio : la tropa de los salteadores hemos dicho llegaba á treinta , y treinta baños de sangre ya ocupaban su lugar... Las exhalaciones cadavéricas infestaban toda su estension , y los muertos hacian guerra á sus verdugos con fétidas emanaciones.

Valtamorgues mismo, aunque conaturalizado con el crimen, era incomodado por este efecto puramente físico que le hacia degenerar en una funesta hipcondría, de la que su conciencia tanto tiempo descuidada, era la primera y principal causa. Las hermosas mugeres que hace robar, los excesos de la mesa, el peligro de las grandes empresas no pueden distraerle del estupor de sus remordimientos, cuyo motivo aun no puede alcanzar. Su suplicio ha comenzado ya; se encuentra martirizado, asaltado de mil fantasmas, hijas de su pusilánime terror: por todas partes es acosado de imágenes acusadoras; en vano se arma de sus puñales, y descarga sus pistolas sobre las sombras quiméricas de su espíritu delirante; pero sus remordimientos, aunque variando sin cesar de formas y de color, siempre estan implacables, presidiendo su tormento.

En tan penoso estado rehusa descubrir su pecho á su fiel confidente Mortanoro, temiendo le acusen de debil visionario, pero determina separarse de sus culpables expediciones para abrazar á su

padre. Parte en efecto , apoderado constantemente del mismo entusiasmo , llega á su casa y estrecha en sus brazos al anciano Richard , humedeciendo con lágrimas de ternura sus blancas canas ; osando profanar con sus impuras manos aquella venerable cabeza , que tanto tiempo hacia tenia cubierta de oprobio é infamia. Le colmó de ricos regalos , persuadiéndole que su comercio de alhajas en Anveres seguia muy ventajoso ; admiró la belleza y gracias de su hermana Lucila , á la que tambien prodigó muchas finezas ; y por último no se volvió á separar de los brazos de su querido padre sin grande sentimiento.

Estas escenas de dolor y de placer proporcionaron un ligero descanso en el ánimo abatido de Valtamorgues ; pero apenas se vió solo en el camino , y en medio del bosque , sus terrores le asaltaron con mas ímpetu que nunca. Llegó al extremo de creer que le perseguía un esqueleto ; metió espuelas al caballo , y no se detuvo hasta descubrir en el seno de la oscuridad de la noche las luces y demas señales convenidas con su tenien-

te, ínterin durase su ausencia. Esta era la hora ordinaria en que comenzaban los prestigios y fantasmas por entre los árboles; y aunque él mismo habia dispuesto este disfraz, no pudo menos de atemorizarse.

Si fuese permitido, en medio de un asunto tan serio, hacer una breve indicacion de algunas de las muchas bur-las que jugaban estos infames á los infelices aldeanos, citaríamos entre otras, un pobre paisano que iba montado en su asno de vuelta del mercado, cuando de pronto se encuentra arrebatado y pendiente de una cadena abrazado al pescuezo del burro, gritando sin saber cual seria su suerte; igualmente hablaríamos de una pobre lechera acometida por un dragon (este dragon estaba hecho con prevencion de cartones y fuegos artificiales) que la cubrió de una lluvia de fuego, incendió sus vestidos, y quedó como herida de un rayo entre sus compañeras aturdidas; aun referiríamos de algun leñador, que distraído en juntar los palos para formar un haz de leña, vuelve, y no encuentra ya ni su hacha, ni su cayado, ni su

cántaro, ni su zurrón, y todo lo vé en las garras de un duende que se burla de su admiración.... Pero tememos dejar el carácter de gravedad que nos hemos impuesto en estas patéticas narraciones, consagradas exclusivamente á los remordimientos de los criminales.

Los años transcurrían á pesar de tantos horrores, y aun la voz de la celeste venganza no se dejaba percibir. La abundancia, el lujo y la disolución reinaban en el centro de esta guarida de inicuos; y á escepcion del jefe, siempre sumergido en la profunda tristeza, aunque se esforzaba en disimularla, los demás gozaban de la felicidad y de las satisfacciones reservadas justamente á la virtud sola.

Durante este tiempo, la hermana de Valtamorgues se unió en matrimonio á un rico comerciante de Mezieres (79); y seis meses después de su enlace, emprendieron viage con un criado, y Medoro, que era un fiel perro de caza de su marido, en un carruaje mas cómodo que elegante, á su país nativo. Separada de su suegro, tenía ya un vivo deseo de volverle á ver después de la penosa ausencia,

por cuyo motivo hacian largas jornadas sin consideracion á la noche ni el bosque de Ardenes. Pero apenas se internó en él su carruage, cuando fué atacado por ladrones enmascarados, los que con toda prontitud desataron los cofres, quitaron los caballos, y se retiraron con su presa y personas por el lóbrego pasillo de la caverna, sin conmoveirse de su llanto ni ruegos.

¡Que momento tan infortunado para la pobre Lucila y para su esposo! El olor solamente de los cadáveres, y la lámpara sepulcral que con su luz les patentiza una porcion de huesos medio destrozados y cabezas ensangrentadas, les instruyó del destino que les estaba reservado. Para colmo de su dolor, un novicio debe prestar su juramento, y el baño fatal va á llenarse con la sangre de estas tres víctimas.... El pobre y sensible Medoro, lleno de lágrimas, fijando en el cielo sus miradas, queda á la entrada de la caverna, y parece que con sus lastimeros aullidos suplica le devuelvan sus queridos amos; falto de todo alimento durante veinte y cuatro horas, no abandonó por

un momento el sitio en que habia sido separado de sus dueños , y el bosque no dejaba de repetir sus ladridos, dolorosamente prolongados. Invoca toda la naturaleza , y llama á los hombres en su ayuda , pues ya el lugar de las maldades se ha dejado conocer de su penetrante olfato ; pareciendo que el bosque al repetir sus continuados aullidos avisa á todos diciendo..... “Bajo estas bóvedas habitan » asesinos ; llegad pues , hombres de bien , » á esterminarlos: siento á mis amos , y » creo verlos próximos á perecer á manos » de estos infames.”

Esta ocurrencia se verificó en invierno, y una fuerte nevada cubria la entrada de la cueva ; pero Medoro guiado por las emanaciones , que no podian engañarle , tenia levantada tierra á fuerza de escarbar con sus patas , resuelto á morir sobre la tumba de Lucila y su esposo.

¡ Amor admirable , ternura heroica , os acordareis del perro fiel de Xantipo (80), en tiempo de la destruccion de Atenas ! ¡ en nuestros dias del de Montargis (81), y otros muchos , cuyo valor é instinto han salvado la vida de sus amos ! ¡ Tambien ha-

reis mencion de aquel otro perro, que lame la herida de su moribundo señor en el campo de batalla, y muere al mismo tiempo que él! ¡igualmente del que sigue sobre el yelo á un imprudente patinador, prefiriendo la muerte á la vida sin su amo! En fin, seria interminable la lista de los perros célebres que han aventajado á los hombres en acciones heroicas; y acaso el autor que ha formado una curiosa recapitulacion, no advertiria que satirizaba á la especie humana, mas propensa á su destruccion que á su recíproco socorro.

Pero dejemos estas reflexiones para ocuparnos de la conducta de Valtamorgues en esta terrible circunstancia. Persiguido sin cesar por el imaginario esqueleto, habia pensado que una nueva entrevista con su padre le permitiria algun desahogo: confiado en que ya una vez se habia ausentado, encargando á su teniente la direccion de la caberna y sus expediciones, pretestó que iba á examinar en las cercanias la proporcion de cierta casa, de la que deseaba robar una joven belleza que ya tenia destinada á sus placeres. Mortanoro le aseguró podia marcharse tranquilo, que

vigilaria sobre todo , y por último concluyó con darle la descripcion en breves términos del acontecimiento de la noche anterior (el atentado á los bienes y persona de Lucila) entregándole una caja de zapa que contenia las halajas resultantes de la mencionada fechoría, con el fin de que las redujese á dinero en alguna de las ciudades mas próximas , por mediacion de uno de sus encubridores.

Valtamorgues cogiendo estos diamantes pensó únicamente en la satisfaccion que recibiria su padre con tal ofrecimiento ; tomó su caballo y se alejó sin hacer el mas mínimo caso de los aullidos de un perro que importunaba el bosque.

Su anciano padre le recibió con los mayores transportes de alegría , y con las mas afectuosas demostraciones de amistad ; con todo lo que Valtamurgues se apresura á darle una agradable noticia, presentándole la enunciada caja, diciéndole al mismo tiempo que los adelantos de su comercio le permitian sin desfalco hacerle aquella espresion.

El anciano Richard le reconvino dulcemente por haberse determinado á atra-

vesar el bosque infestado de asesinos, cuyo audaz jefe dirigia los mas fieros atentados: despues tomando una luz empieza á dar vueltas entre sus manos, con un aire de sorpresa y de inquietud, la caxa que acaba de entregarle su hijo... Su turbacion es evidente, sus sospechas son terribles, rápidas, sus congeturas dolorosas, y por fin abre la fatal caja y reconoce con asombro las halajas compuestas de sortijas, collar, pulseras y pendientes que él mismo compró en Charleville para regalar á su hija Lucila la víspera de su boda, con lo que se llenó de un pánico espanto. Valtamorgues viéndole tan turbado, le pregunta el motivo, pidiéndole igualmente su esplicacion: "No te
 » ofendas, Antonio, le dice el buen anciano; no tengo sospechas contrarias á tu
 » probidad: á veces las cosas suelen
 » traspasar los límites de la apariencia,
 » pero estos diamantes son los de mi hija.
 » Lucila, tu hermana, la que poco tiempo
 » hace ha dado su mano á un comerciante de Mezieres, y deseo saber por qué
 » desgracia impensada han venido estas
 » alhajas á tus manos.

A tiempo de esta explicacion voluntaria tenia Richard, padre, los ojos fijos en nuestro malhechor, pero no con objeto de explorar el corazon de su hijo, pues no recelaba de él cosa alguna. Este tomando entre sus remordimientos y secretos temores la cuestion de su padre por una acusadora reconvencion, se sintió desfallecer; culebras parece le devoran las entrañas, y la palidez de la muerte desfigura su rostro, cuando para complemento de los bien merecidos tormentos de ladron y asesino, el esqueleto imaginario se presenta como evocado de la funesta caja, constituyéndose nuevo delator de todos sus crímenes, y en particular del último de fratricidio.

Confundido Richard con la pronta emocion de su hijo, de la que no puede ni quiere inferir complicidad, en tan raro curso de circunstancias le anima á recuperar su espíritu y facultades.... Pero Valtamorgues se desalienta mas al tomar la mano de su padre, y mojándola con amargas lágrimas, fijando los ojos en la terrible caja, le declara que es producto de un crimen, y que acaso su gente se

estaria bañando en la inocente sangre de su hermana.... Atemorizado Richard, cierra cuidadosamente la puerta, por si algun criado puede oirlos, y procura enterarse de tan penoso misterio. Entonces Valtamorgues, impelido por su propia conciencia, tanto como por las súplicas de aquel padre que habia siempre considerado como un semi-dios, hace, interrumpida con mil sollozos, la narracion de su vida depravada; confiesa las fábulas que habia inventado, y concluye con decir al desgraciado Richard.... «No hay un momento que perder; Lucila, su esposo y el criado se hallarán entre la vida y la muerte, si acaso ya no han dejado de existir.

A tan sorprendente declaracion, combatido el honrado labrador, tanto por el excesivo amor á su hijo, como por la repugnancia que le inspiraba un capitan de vandidos, no sabe qué partido tomar; arranca sus venerables cabellos, invoca á la muerte, y á fin de terminar sus tormentos, tiende los brazos como para estrechar á su querido Richard, en tanto que estos atemorizados le rehusan, bus-

cando entre sus vestidos sospechosos algun puñal, que despues de haber servido para dar muerte á su hermana, estuviese aun reservado al parricidio.... Esta última desconfianza acaba de conducir á la desesperacion todos los sentidos de este anciano. Mas en tanta urgencia no hay un momento que perder: es forzoso partir y salvar, si es posible, las tres víctimas destinadas para la ceremonia del juramento prescrito por el mismo Valtamorgues. Richard hace ensillar un caballo, y he aquí á ambos en camino para la selva, en que no tardaron en internarse: era la media noche, y un pavoroso silencio, unido á la indisposicion de espíritu de nuestros personajes, cubria sus almas de espanto; el resplandor de la nieve se hallaba medio destruido por la mucha obscuridad del cielo; y solamente un parage de tan vasta estension, que era el teatro del crimen, parecia que inficionaba todo su ámbito: la sombra del mas pequeño arbusto, presentaba la figura de un temible asesino, y para el atemorizado Richard la copa de los árboles creia que tenian puñales suspendidos sobre su inocente cabeza. Valtamorgues

morgues le instruye, de que con un solo silvido reunirá al momento veinte hombres bien armados á sus órdenes: Richard receloso de su hijo examina sus mas pequeños movimientos, y se arrepiente de haber espuesto su vida á merced de semejante monstruo. Las reflexiones mas tristes le asaltan durante el camino; se le representa ya el homicidio, ya el crimen con toda su consiguiente ignominia: ve el cadalso y el verdugo que con su cortante segur va á obscurecer, al mismo tiempo que á dividir la cabeza de su hijo, sesenta años de honor; toda sombra de felicidad se le desvanece, y solo la muerte es el término en que pararán sus inmensas penas. ¡Que dolor el de este padre desventurado, cuando divisó entre la nieve varias cruces de madera recordando la memoria de los desgraciados, que habian perecido quizá al impulso del cruel brazo de su hijo!.. ¡Qué cuando descubrió un pobre caminante que agitando convulsivamente sus manos con las últimas ansias de la muerte, luchaba con ella, vertiendo de su herida garganta un torrente de sangre!... Decia: sin duda la compañía de

malvados de que mi hijo es el comandante acabará de executar esta accion. Valtamorgues acosado de remordimientos y terrores guardaba un profundo silencio, y solo se limitó á dar tres silvidos, en indicacion de ser uno de los individuos. Ya distaban muy poco de la caverna, y las nocturnas fantasmas revoloteaban y paseaban segun costumbre para infundir, (segun dejamos enunciado) el espanto de que sacaban su partido, sorprendiendo, nuevamente al anciano labrador, aunque naturalmente poco supersticioso; pero su hijo le esplicó prontamente el origen de estas puerilidades, con lo que sosegó su espíritu. No fue así á los aullidos del perro acusador, que ambos sintieron sus corazones palpar con violencia, mucho mas oyendo á los ecos del bosque repetir y prolongar el ladrido agudo y lamentable del fiel animal; Valtamorgues ya se hallaba sin fuerzas, muy próximo á desfallecer cuando notó que faltarian unos doscientos pasos para llegar á la caverna: "No lleguemos mas adelante padre mio, »le dijo en voz baja, espondrias vuestros »dias y los mios. Ocultaos aqui (y á es-

» te tiempo sacó una llave y abrió el tron-
 » co de un grueso árbol), no tengais nin-
 » gun temor personal; yo cuidaré de vues-
 » tro caballo, y emplearé todos mis es-
 » fuerzos para salvar las víctimas, que
 » dentro de una hora os devolveré, si la
 » Providencia concede esta gracia á mis
 » ardientes súplicas...”

Richard se redujo al centro del árbol, pero no pudo menos de derramar copiosas lágrimas cuando sintió al fiel Medoro olfatear al pie de su escondrijo, dar vueltas, ladrar, arañar, chillando de alegría, pidiéndole en los términos que le eran propios y naturales fuese al socorro de sus dueños. El pobre animal ya habia recibido de los ladrones un balazo que le tiraron, incomodados con sus aullidos, pero solamente le hirió un poco una oreja. Otro segundo balazo vino á dar cerca del árbol, y Richard le oyó quejarse con lastimeros gritos y retirarse.

Ya habia transcurrido mas de una hora, y Valtamorgues no parecia; ya la inquietud del labrador se hacia isoportable: se juzgaba perdido y burlado, cuando oyó pasos de muchos caballos, en seguida una

llave entra en la cerradura de su escondrijo, y por último, la voz de su hijo se percibe, con la palabra consoladora; todo está salvado.... A tan inapreciable noticia Richard con la viveza de un joven se arroja á su hija que reconoce á las ancas de un caballo montado por su marido, se abraza á ambos, y tomando su caballo que tenia Valtamorgues de la brida, parten con toda la rapidez que les fué posible por entre raíces, troncos y nieve. Andadas ya algunas leguas, y viéndose fuera de peligro, Valtamorgues esplicó por qué motivo pudo salvar á su hermana, su cuñado y Agustín, su criado. Todos tres estaban efectivamente retenidos en el parage que servia de depósito á los infortunados, cuya sangre debia llenar los homicidas baños; pero un ataque sufrido en las inmediaciones de la cueva aquella misma noche por los guardabosques, en número de ochenta, habia exigido la energía de todos; y el juramento del novicio se retardó por esta causa.

Aun permanecía una viva inquietud en el espíritu del anciano Richard; calculaba que los vandidos en cuanto notasen la

desaparicion de su gefe y el rapto de Lucila , tratarian de vengarse en su aislada casa , pues eran sabedores del verdadero nombre , y pueblo del nacimiento de Valtamorgues. Pero este se apresuró á sossegarle, contándole que habia cerrado las dos entradas de la caverna con piedras enormes , cuyas trampas , por su misma construccion y disposicion , no cederian á los esfuerzos de mil brazos reunidos, y que con toda precaucion á tiempo de la evasion con Lucila y su esposo dispuso que todos se reuniesen en el doble fondo. de que ya hemos hecho mencion, hechando á continuacion todos los cerrojos y aldabones de las puertas , que daban entrada á las habitaciones de este piso inferior: de suerte que todos los bribones, sin exceptuar los de Ronda, que tambien se les mandó retirar por su gefe, se encontraban sepultados vivos en esta vasta tumba en que tantas víctimas se habian inmolido ; siendo su totalidad veinte y cinco, incluyendo la infame que los servia. Sin duda que la iniquidad de Valtamorgues era estremada : ;él, el principal , y mas culpado de todos , determinar constituirse

en su juez, y su verdugo ! ;pronunciar su decreto de muerte, venderlos indignamente, despues de ser el inventor de la horrenda fórmula del voto para su mútua seguridad ! ; Violar todos los suyos y verse en caso de ser juzgado por los mismos reos !... La traicion era atroz , inauditas , y por ningun título le correspondia dar tan cruel muerte á aquellos que habia unido bajo el sangriento baño de los delitos.

Asi que Valtamorgues sentia una nueva clase de remordimientos, muy diferente de los que continuamente experimentaba. Seguramente no eran la virtud ni la conciencia las que ocasionaban este tormento , pero bien culpable podia creerse en exterminar por su traicion veinte y cinco enemigos jurados de la sociedad, envueltos en pecados de los que el cadalso reclamaba imperiosamente sus ignominiosos miembros. Su traicion le ruboriza , y por último se despoja del falso heroismo, que exalta el ánimo de un gefe de partido; en lo sucesivo se ve solo, sin armas sin autoridad, sin súbditos, en medio de sus culpas y de Themis , que desde este momento estuvo constante-

mente en su presencia , juntamente con la importuna fantasma , esto es su aéreo esqueleto.

La distancia que corrieron nuestros caminantes hasta la hacienda y casa , fue triste y silenciosa ; la verdadera alegría no puede manifestarse con rostro halagüeño delante de un malvado , pues es semejante á otra Hebé , tanto en su hermosura , cuanto en que solo se regocija en el seno de la virtud y de la inocencia. Valtamorgues con peligro de su vida habia salvado á su hermana y cuñado ; ¿pero la accion no se oscurecia con la premeditada muerte que la destinaban sus cómplices?... ¿Podria Lucila estrechar entre sus brazos y contra su corazon á un salteador de caminos ? ¿á un monstruo manchado con la sangre de tantos inocentes ? no era posible ; así que , la dulce satisfaccion estaba suspensa entre estos cuatro personajes , á escepcion del venerable Richard , que á pesar de tantos horrores sentia en su pecho las entrañas de padre ; aunque solamente ver el rayo de la justicia fulminado contra su familia no consentia desapareciese de su faz la vergüen-

za y el desprecio que á todos infundia la compañía de Valtamorgues.

Así que llegaron á la casa, cada uno juró guardar un perpetuo silencio en todo lo tocante al caso pasado, y pocos dias despues Lucila y su esposo volvieron á Mezieres. Esta se abrazó á su padre con ternura; pero al manifestar su reconocimiento á Valtamorgues, una palpitacion y un frio sudor la pararon, por cuya causa su mismo hermano se hizo justicia, y se escapó precipitadamente por no mancillar con sus labios sangrientos el rostro sagrado de Lucila.

La situacion moral de este perverso era ya cien veces mas penosa que las violentas torturas inventadas para castigo de los delincuentes: perseguido sin cesar por su imaginario esqueleto, y por los lamentos de sus cómplices que se le figuraba oír cuando perecian desesperados, Valtamorgues abatido, pálido, acelerado, huía á las soledades, y aun una vez se arrojó al agua para substraerse de la persecucion de las sombras que le acosaban. En vano el anciano Richard procura calmarle, y disimular las delacio-

nes que á cada momento se le escapaban entre sus sollozos: Valtamorgues quiere morir, é implora el suplicio, cual un amante suspira ausente de su adorada querida.

A esta sazón llega una mañana Medoro herido y lleno de sangre; su primer movimiento fue arrojarle con infinitas demostraciones de alegría al viejo Richard, lamerle y colmarle de caricias, buscando impaciente á sus demas amos; pero cuando descubrió á Valtamorgues se puso furioso, deja de ser un animal docil para hacerse una fiera, su rabia no tiene límites, quiere destrozarle, y apenas bastan todos para contenerle: al momento le encerraron, pero noche y dia Medoro no deja de ladrar, privando á Valtamorgues de todo reposo, y llenando de susto á todos los demas. Muchas veces tomó la resolucion de matarle, pero temia dar ocasion por este hecho á peligrosas congeturas. La vida de este asesino era una prolongada cadena de tormentos mas terribles que la misma muerte. La época en que la justicia iba á recobrar sus derechos ya estaba muy próxima; Agustin,

el criado de Lucila , mucho menos interesado en el secreto que sus amos , habia soltado algunas particularidades de la ocurrencia que habian sufrido en el camino , por cuyo motivo algunas personas que lo oyeron , tomando razon del caso , le comunicaron al juez de policia , deseosos de que una plaga tan asoladora pudiese ser descubierta. En efecto, el mismo dia partieron varios ministros de Mecieres con direccion á la casa del auciano Richard , la que sigilosamente allanaron en medio de la noche. Valtamorgues fue inmediatamente arrestado, y todos los muebles sellados , entre los que las muchas alhajas y pedrería que encontraron les dió indicios bastante ciertos de que habian dado con el hilo de la trama infernal. Medoro en cuanto fue puesto en libertad llamo la atencion de los magistrados por su encarnizamiento con Valtamorgues, é igualmente sirvió para guiar á la justicia á la caverna por lo espeso del bosque , pues el infortunado Richard murió repentinamente de un vómito de sangre al ver á su hijo cargado de cadenas , y tampoco hubiera sabi-

do reconocer las revueltas del bosque: Asi que, Agustín, y aun mas el revelador Medoro fueron los que sirvieron de denunciadores á la tropa que se comisionó para semejante empresa. Medoro buscando con su fino olfato las huellas, que poco antes le sirvieron para buscar la casa de sus amos, se fijó por último al lado de las grandes piedras de que hemos hablado, ladrando con todo su esfuerzo. Entonces las separaron y pudieron encontrar, sin mucho trabajo, la trampa que servia de entrada á la primera estancia de la caverna. A beneficio de luces descubrieron inmensidad de riquezas de todo género, pero el olor cadavérico casi asfixió á los primeros que entraron, de manera que entre tanto tesoro nadie hubiera querido habitar tan pestilente morada: despues de bastantes reconocimientos é indagaciones hallaron la entrada del segundo fondo de la caverna, cuya puerta de hierro, embarrada, estaba al pie de una escalerita de caracol muy estrecha. Bajaron, no sin experimentar nuevas exhalaciones pútridas; pero por último, llegaron al sepulcro de los facine-

rosos, que encerrados por la indignidad de Valtamorgues, faltos de víveres, se habian devorado unos á otros. Uno solo sobrevivía á todos estos antropófagos, el que estaba medio recostado sobre un lecho de huesos y miembros despedazados, con ojos sangrientos y tez livida, mordiendo el hombro de un compañero difunto, é imprimiendo en sus frias carnes sus uñas homicidas.

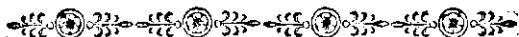
Uno de los soldados iba á hacerle fuego, pero se opuso el comandante, con el objeto de que sirviese para la instruccion y sustanciacion del proceso, que definitivamente conduciría á Valtamorgues á la ignominiosa muerte que merecian sus notorias maldades. Este hombre casi exánime fue interrogado por el Juez acerca de sus crímenes y de las causas tan sangrientas que tenía á la vista; él respondió en balbucientes palabras algunas cosas que dieron á conocer las ideas feroces de su gefe; pero cuando este fue nombrado ante aquel infeliz, hizo un estremó de desesperacion, que se aumentó mucho mas á vista de Valtamorgues, por cuya causa y la extrema decadencia

en que se hallaba, espiró á su presencia, invocando la divina justicia.

Hecho el registro general de la horrosa morada del crimen, y sacado de ella todas las muchas riquezas que contenia, (las que se emplearon en el socorro de algunas familias desgraciadas por causa de estos malvados) se demolió tan temible guarida, en cuyo parage se colocó poco despues una cruz de piedra, que recordando tantas maldades, invitase á los pasajeros á rogar por las víctimas allí sacrificadas, y tambien por los desventurados sacrificadores. Con bastante brevedad se sentenció al infame Valtamorgues á morir en el mismo árbol en que habia hecho construir un disimulado recinto. Ejecutada la sentencia despojó la naturaleza dicho árbol de su follage y corteza, negando su vegetacion al madero del oprobio. En lo sucesivo cesaron los pájaros de situarse en su seco ramage, dejándole á los cuervos y buitres, que pronto buscaron su presa favorita, estendiéndose la aridez y sequedad en todo su contorno. El leñador se atemorizaba durante el día de aquella blanca fan-

tasma, y el estraviado caminante retrocedía de horror á su aspecto, y en fin, todo decia: "Guardate, pasajero, de poner el pie en el umbral del crimen."





EL CARNICERO INGLÉS

6

La Lámpara Delavosa.



ANEDOTA VERDADERA.



Aquel que puede contener el furor de los mares, sabe tambien reprimir las intenciones de los malos.

Afortunadamente la naturaleza no produce sino de tarde en tarde monstruos, cuya ferocidad extraordinaria é inclinaciones criminales afligen tanto á la humanidad. Will Bristol, natural de Flandeleý, lugar pequeño de los estados

del conde de Deshouvre en Inglaterra, fue uno de estos dolorosos ejemplos. Su padre, que permanecía viudo desde poco tiempo despues de su casamiento, no descuidó nada para corregir las malas disposiciones de su hijo único. Avisos paternales muy repetidos, buenos principios, educacion religiosa y política, colegios, universidades costosas &c., todo lo procuró este desgraciado padre para infundir en Bristol sentimientos de honor, y domar su caracter feroz. Pero ¡esfuerzos inútiles! Bristol, nacido para los crímenes, sintió bien pronto desarrollarse en su alma las semillas de la maldad; y enemigo declarado de todo cuanto aparecia con la forma de virtud y decoro, en lugar de vencerse en sus odiosos vicios, los consideraba como grados preciosos, que deberian elevarle á un renombre célebre. Su vida en el colegio fue en dos palabras la de un mal sugeto, de un pillo incorregible, que por mil diabluras sangrientas se hizo deshechar de las aulas, siendo no tan solo aborrecido de los profesores, sino tambien despreciado de sus condiscípulos. Vuelto á la

casa paterna, y á la edad de veinte años, no reconoció ningun freno á sus escesos é infamias, y muy breve acarreó la muerte de un padre que permanecía con una tristeza inconsolable. Vedle ya dueño de una fortuna regular, que no tardó en disipar. ¡ Pero ah! ¿ quiénes eran sus compañeros en la disolucion y picardías...? ¡ Hasta los criados del verdugo, cuya sociedad buscaba con preferencia á ninguna otra! pues todo lo que tenia alguna relacion con la efusion de sangre humana lisongeaba su depravado gusto. Asi que, se le veia infaliblemente presenciar todas las egecuciones de justicia; y si él no se atrevia entonces á llegar hasta el cadalso para ofrecerse á los ejecutores en su horrible ministerio, era por un resto de vergüenza que le contenia en su pais nativo. Bien pronto le veremos propasar los límites mas sagrados.

Por otra parte la naturaleza dotó á Bristol con todas las ventajas necesarias para llegar á ser, si puedo servirme de esta espresion, uno de los mas preferidos corifeos del crimen. A poco mas de veinte y dos años presentaba nuestro héroe

una talla gigantesca de seis pies y pulgadas, una buena constitucion, ojos grandes y terribles, pelo y barba muy cerrada, y una fuerza prodigiosa, que puede compararse con la del famoso Anteo (82), á quien el esforzado Hércules hizo perecer del mismo modo con que mataba los viajeros de Libia, esto es, ahogándolos entre sus brazos. Con tales facultades físicas, Bristol llegó á ser el terror de todo el condado de Deshonviere, apellidándole por todas partes Hércules de la gran Bretaña. No tan solo muchos jóvenes habian sido víctimas de sus duelos, en los que su superioridad en las armas le hacia vencedor; sino que tambien su admirable vigor para batirse cuerpo á cuerpo le habia hecho incluir con voz unánime en el rango de los mas afamados luchadores de Londres. Igualmente conducir de un lado á otro pesos enormes, agarrar á un hombre cualquiera de talla desmesurada, y arrojarle á diez pasos de distancia sobre una muralla, ó estrellarle como un vaso; asirse de la rueda de una diligencia en la oscuridad de la noche, y con

un solo esfuerzo, volcarla con viageros y caballos era para Bristol una distraccion indiferente. Su extraordinario placer era hacer padecer á un caballo, oprimiéndole fuertemente entre sus piernas, y coger á un mozo de la ciudad, y con su invencible fuerza hacerle echar sangre por la boca. Tambien era una habilidad favorita la de cefirse, como algunos gladiadores romanos una fuerte cuerda á la cabeza, y llenarse tanto las venas por medio de la frotacion que la rompía en varios pedazos. Los nobles, los grandes y muchos ricos milores, apasionados, como se sabe que son á las luchas y combates de esta especie, no cesaban de emplear á Bristol, como á campeón, en todas sus funciones, invitando á muchos vecinos de Londres, con cuyo motivo llovian las guineas (83) sobre el ilustre atleta (84).

En sola una circunstancia quedó vencido nuestro valeroso giannástico. Se suscitó una apuesta entre dos principales señores de la corte, cuya suma en disputa era muy considerable. El primero se decidió por Bristol, y el segunéo hizo lla-

mar de Escocia (85) uno de los mas terribles montañeses que ha producido aquel reino. Su estatura era muy elevada, sus huesos y nervios parecian impenetrables aun al acero, y un bello muy fuerte cubria todo su cuerpo; pero Milon de Cretone se sorprendió á vista de su contrario. Jamas el alma del nuevo héroe se dominó de terror, pues en sus montañas se divertia muchas veces en apoderarse al salto de un toro, cogerle de los cuernos, dejarle caer en tierra, y clavarle en la tierra las hastas de modo que quedase cautivo. Tal fue el terrible antagonista que el duque de Northumberland, uno de los dos señores opuso al mas respetable luchador de Inglaterra, y acaso del mundo entero.

El teatro de Drury-Lane se dispuso al efecto con mucho lujo, asistiendo los personajes mas distinguidos de la corte, para presenciar la lucha mas asombrosa que jamas llamó la atencion de la capital. Las señoras no fueron admitidas, por no oponer este inconveniente á la completa desnudez de los combatientes. Todo el perímetro del teatro se niveló al

foro lo mismo que en los bailes de máscaras, y los espectadores formaban al rededor de la arena un óvalo que proporcionaba á todos un buen punto de vista. Un clarin anunció con algunos preludios el principio del combate: dos Heraldos (86) abrieron por izquierda y derecha las puertas del circo, dejándose ver con paso firme y magestuoso los dos seres mas formidables de la creacion. Segun dejamos dicho, el atleta escocés, cubierto de bello como un oso, y cuyos ojos hundidos brillaban entre una crecida barba, parecia mas bien un animal feroz bípedo (87) que humana criatura; se le oian rechinar los dientes como si fuese el ruido de una reja que girase sobre sus enmohecidos goznes; el pelo se le herizó á vista de su contrario, deseando ya sujetarle entre sus brazos de acero. En cuanto á Bristol, adornado de una presencia mas natural y espresiva, se presentó con marcialidad, mas bien á combatir como verdadero héroe y rival generoso. Su talla es colosal ciertamente, la fuerza elástica de sus músculos, sus anchas espaldas y su sistema

nervioso , cuyo menor movimiento manifestaba un complicado mecanismo de fuerzas internas, dan la mas favorable idea de sus facultades físicas ; y según hemos dicho, sin el aspecto formidable que su contrario reúne la belleza y la fuerza á la elegancia de su constitucion. Siguiendo la costumbre de los lacedemonios (88), nuestros dos luchadores se frotaron el cuerpo con cosméticos oleaginosos , á fin de dar mayor soltura y ligereza á sus movimientos de ataque y retirada. Al momento de presentarse en la arena se confundian los aplausos por todas partes, sucediéndoles un profundo silencio. Los mozos ó sirvientes del teatro sacaron gran porcion de carnes érudas , y una docena de botellas de ron : nuestros héroes dieron principio devorando cada uno siete ú ocho libras de carne sangrienta, y apurando entre ambos diez botellas de licores fuertes , brindándose mutuamente , y terminando con un vaso á la prosperidad de los ingleses y otro á la victoria; separados ya por orden del condestable que presidia el espectáculo , se prepararon á comenzar el combate mas interesante que

quizá se habrá visto desde el de los horacios y curiacios, cuando sus armas habían de decidir la suerte de Roma y de Alba (89).

Sus movimientos son ágiles, sus tentativas simuladas, y sus retiradas súbitas; unen á la destreza del tigre el vigor franco del leon: los golpes se repiten con denuevo, pero su prudencia inutiliza la impetuosidad. El espectador está suspenso, con la respiracion oprimida, temiendo secretamente el choque, de estas rocas vivas; mira con interes y terror los primeros vapores que la cólera y el deseo de vencer hacen exhalar del cuerpo de estos atletas formidables. Los golpes resuenan en el estómago de Bristol y del Escocés como sobre una bóveda hueca: ambos se oprimen entre sus brazos, clavando sus dientes en las carnes; el tablado rechina bajo el enorme peso de los monstruos. El sudor corre juntamente con su sangre; sus cuerpos fijan ya las miradas dolorosas del concurso, y su rabia está en el colmo. Muchas veces sus esfuerzos equilibrados los tienen sin movimiento, hasta que alguno descubre al-

gun flanco mas debil para romper una inaccion tan tremenda. No obstante que la sangre corre de todas partes, y que las contusiones manifiestan un valor igual por ámbas partes, un último esfuerzo debe asegurar el triunfo. El feroz Escoces le intentó primero una accion increíble; levanta á su enemigo con todas sus fuerzas, le tiene en sus brazos hasta cierta altura, y despues precipitándose en tierra con horribles estremos, asido de Bristol, fue su caida tan terrible como brillante.

Ganado el partido y proclamada la victoria se retiraron, consolándose Bristol con otros sucesos felices, y despues de curar sus heridas, de la vergüenza de ser vencido. Hasta el presente vemos en él un brazo brioso, un gladiador terrible sin duda, pero nada tiene que temer del ministerio de Themis: ya es tiempo de colocarle en la escena del homicidio adonde no podia menos de conducirle su gusto sanguinario.

Ya tenia cometidos algunos actos de perfidia, como efecto inevitable de su carácter; pero el crédito que debia á los

grandes , en consideracion á su estraordinaria reputacion de luchador , le habia sido de mucha utilidad en varias ocasiones. Noticioso él de que la policia espia-
ba continuamente sus operaciones , marchó Bristol , ó mas bien huyó al condado de Nottingham , y se estableció en Dowley , ciudad pequeña , muy poco distante de un famoso bosque muy frecuentado de malhechores ; tomó la ocupacion de carnicero , con ausilio de algun dinero que le quedaba de Londres. Su comercio prosperó bastante bien : teniendo cuidado de ocultar sus designios criminales consiguió en poco tiempo una reputacion de hombre honrado , muy grosero á la verdad en su trato y porte , pero no por esto falto de probidad.

Es necesario instruir al lector de que á tres leguas de Dowley , en el pasage mas peligroso para los viajeros , estaba situada una posada , que era conceptuada como un asilo de saltadores , y que por falta de pruebas no se habia podido descubrir sus tramas. Bristol empezó á frecuentar semejante casa ; se intimó con el posadero ; y últimamente se manifes-

taron con toda confianza , y convinieron con el vaso en la mano, de ejercer de concierto sus latrocinios.

Ana Western, jóven muy bella, y cómplice desde la cuna en las inveteradas maldades de su padre, el patron de la venta ó posada, fue el premio de esta temible alianza, cimentando el himeneo el pacto de crimen. Poco á poco fue induciendo Bristol á sus criados á que se uniesen con los asesinos de profesion, que antes habian estado á las órdenes de su suegro; y ambos con infame emulacion se entregaron al egercicio de sus crímenes. Asi que desde tiempo inmemorial no se contaban en la provincia la multitud de horrores que entonces; cada dia, cada noche eran acometidos en las inmediaciones algun ilustre estrangero ó algunos viajeros acomodados: la justicia procuraba hacer las pesquisas mas activas; pero los objetos de valor, y aun los cadaveres desaparecian como por efecto de algun infernal talisman: fosos muy profundos servian para la ocultacion de las victimas, y Bristol con sus cómplices se enriquecian ya hacia mucho tiempo, en

la impunidad, bien penosa para sus contrarios. Felizmente Dios no permite largo tiempo la perpetracion del delito; y es lo que vamos á manifestar en seguida.

“Todo va hasta el dia mejor que se podía desear, dijo un dia Bristol á su consorte: poseemos un caudal de mas de ocho mil guineas en oro, muchas alhajas y pedrería; tu padre igualmente, cuenta inmensas riquezas; á nuestros cómplices tampoco les queda que desear, pues la distribucion siempre se ha hecho muy legalmente. Pero aun nos falta, Ana, un último golpe, una magnífica expedición; y ricos con exceso, dejaremos este condado, y partiremos para el extranjero.”

Ana le pidió la manifestase la ventaja que lisonjeaba tanto sus esperanzas de este último y deseado golpe. Bristol cerrando cuidadosamente todas las puertas, y volviendo á su muger con un aire misterioso, sacó una carta del bolsillo, por la que su suegro le instruía con un espreso, “que Milady Herwortt se dirigia en posta á Nottingham con un rico equipage, acompañada de Miss Clarisa, su

»hija, y de pocos criados, lo cual ofrecía mucha facilidad para la captura de »tal presa." Milady debe pasar, la dijo aun, esta misma noche desde las once hasta media noche. Despues de esta horrible comunicacion, que acompañó Bristol de una sonrisa alroz, reconoció sus puñales y pistolas; hizo montar á sus criados aparentes de la carnicería, dándoles noticia de la empresa, y marcando á cada uno sus diferentes operaciones, y la hora de salida. La alegría brillaba en los ojos de la infame Ana; su imaginacion criminal se gozaba en los ricos despojos de la opulenta Milady. Se adornaba de antemano con sus diamantes y ropas bordadas; y en su culpable avaricia contaba por nada tantos efectos si llegaban á sus impuras manos sin manchas de la sangre preciosa de alguna víctima sacrificada al furor homicida.

En el mes de diciembre, época en que la noche toma gran parte del dia, ocurrió esta trama terrible. La nieve tenia cubiertos los campos, y en lugar de suministrar á los caminantes con su blancura alguna claridad, les ponía por con-

siguiente los caminos mas difíciles.

«Este tiempo nos es muy propicio, dijo Bristol á su muger é infames auxiliares, al proveerse cada uno de armas. »Tu padre ya estará emboscado á la entrada del bosque, y nosotros vamos á apostarnos cerca de la cueva.» Ana cerró silenciosamente la puerta despues de salir los bandidos, recomendándoles muy particularmente no hiciesen lo que en la anterior especulacion, en la que dejaron escapar un criado de la mortandad general. Su primera ocupacion fue preparar una opípara cena, digna de la gloriosa empresa meditada; pero en el interin la disponia, llamaron á la puerta. . . ¿Quién era? . . . su sobrinita Polly, de edad de once años, la que la informó de que su designio era volverse á Sutland, aldea distante de alli poco trecho, pidiéndola la permitiese pasar alli la noche, pues la faltaba aun bastante que andar, y era muy tarde. Ana, no hallando ningun inconveniente en tal proposicion, acogió benignamente á su sobrina, la dió de cenar, y dispuso se acostase en un dormitorio próximo á su alcoba. Entretanto que

la Providencia combinaba los incidentes mas singulares, el crimen se ejecutaba con mas actividad que nunca. Bristol prevenido ya, y oculto en los parages mas ventajosos del bosque, esperaba impaciente en medio de la oscuridad el momento favorable á sus atentados. De esta manera la desgraciada Milady Herwortt y su joven y amable hija, destinadas en aquella noche funesta á ser víctimas de los desapiadados asesinos, caminaban, aunque á paso lento, á la muerte que les era inevitable. Sus disposiciones de espíritu eran bien diferentes: Milady, sonriéndose, abandonaba su pensamiento y sus cuidados maternales al proyecto de establecer en matrimonio á su querida Clarisa, muy distante de imaginar que se dirigian á un abismo. Pero esta joven, afectada con dolorosos presentimientos, no habia podido dominar el espanto que inspira la soledad de un bosque reputado por peligroso.

La doncella que las acompañaba la disuadía de tales visiones, que llamaba niñerías, advirtiéndola, que los dos criados armados que iban en el pescante de

la berlina, lo mismo que los postillones, se hallaban bien dispuestos para su defensa: todas las razones la eran inútiles, su imaginación exaltada la presentaba espectros, ladrones ocultos y fantasmas en cada tronco de árbol. «Vea vd., Milady, »decía á su mamá, me parece que las »nubes forman entre sí cabezas de asesinos, que cubiertos con negras vestiduras, marchan misteriosamente por entre las sombras. . . . Mi querida mamá, »añadía Clarisa, sin poder contener sus »lágrimas, hemos procedido con muy »poca prudencia en no hacer caso de »tantas aventuras como nos han contado de este peligroso bosque.

El equipage y berlina empezaban á caminar con mas lentitud que nunca, por los muchos parages pantanosos y desiguales que presentaba el camino. El silencio mas profundo reinaba por todas partes; y á no ser el chillido de algunos pájaros, habitantes nocturnos de las selvas, nada turbaba el reposo en aquellos horribidos sitios tan favorables al crimen. Clarisa, la pobre Clarisa, temblaba cada vez mas; abrazada á su madre, con el

pecho dolorosamente oprimido , y la respiracion anhelosa , parecia estar debajo de la fatal cuchilla que iba á cortar el hilo de su vida; sus ojos miraban á todos lados para descubrir á tiempo cualquiera peligro , y advertir á los criados para la defensa. Ella recordaba con exactitud todas las historias lamentables de ladrones ó asesinos con que la habian amedrentado en su infancia: "La muerte no me »seria tan funesta , decia ella como re- »signándose á su suerte ; pero mi des- »honor. . . mi persona profanada por las »manos manchadas del oprobio!" Esta idea llenaba su alma de un terrible pesar. No limitándose sus conjeturas á tan cruel perspectiva , veia á su madre , á su madre adorada , todavía en el esplendor de su belleza , nadando en su sangre , despojada de sus vestidos , en una caverna horrible , ocasionándola todas estas imágenes un pavor mortal.

El espíritu de Clarisa estaba tan vivamente afectado con estos presentimientos , que tomando una mano de Milady , y sintiéndola fria , dió un agudo grito , creyendo que estaba mojada de su sangre,

tan preciosa para su amor filial. Milady fue la primera que distinguió, á pesar de la oscuridad, pasar de un tronco de árbol á otro, tal vez á concertarse con algun cómplice, igualmente oculto detras de otro árbol: ella no pudo menos de sorprenderse y apretar, aunque involuntariamente, las manos de Clarisa. “¿Qué » ha visto vd. mamá, exclamó aquella? ¿se- » rán asesinos? = Nada de eso, respon- » dió Milady, disimulando lo mas que » pudo su turbacion; la rueda ha dado un » movimiento fuerte, y no he podido con- » tener mi miedo. “ Interin esta fingida es- cusa, Clarisa descubrió tambien á la re- fraccion de la nieve, la sombra de un hombre: y por delicadeza, temiendo poner en cuidado á su mamá, la imitó en su disimulo; pero no pudo menos de advertir á Milady que ya llegarían bien pronto al parage que les había dicho el maestro de postas que era muy peligroso. La venta la habían dejado atras mas de cien pasos, y solamente se descubria por entre los arboles una luz muy opaca, que parecia estar de acuerdo con el crimen. En fin, el peligro era demasiado cierto;

los criados que iban delante de la berlina quedaron espantados con el ataque repentino de una tropa de malvados que les acometió denodadamente; al mismo momento un silvido advirtió á los emboscados al principio del bosque, para que tomasen la retaguardia. Los postillones cayeron heridos de las balas de sus trabucos, y todos fueron acabados de asesinar con arma blanca. . . . A vosotras, celestes bellezas, debemos consagrar toda la energía, toda la destreza de nuestra pluma, para describir vuestra desesperacion, angustias mortales y gritos penetrantes en aquel teatro de muerte y horror. ¿Qué lector no querría poder obrar un milagro en favor vuestro, para sacaros del abismo? votos inútiles: es necesario llorar vuestra desgracia; es inevitable.

Clarisa desgredñada, sofocada en su dolor, tenia los brazos sobre el cuerpo de su madre, y los ojos vueltos al cielo, pidiéndole la gracia de morir antes que aquella madre adorada. Milady por su parte, reuniendo sus fuerzas, pretendia salvar á su hija de aquel desastre; y su pe-

cho, apoyado con el de ella, impedía el paso al homicida acero. Pero el horrible Bristol fue el que descubriendo la belleza de Clarisa, metió un terrible puñal en el costado de la ilustre viagera, y arrancando de sus brazos moribundos á la desgraciada joven, la mandó llevar á la cueva, que era una sima donde se ocultaban los cadáveres de sus muchas víctimas, alumbrada con una fúnebre antorcha. En tal parage se vió sumergida la hermosura mas interesante. En medio de todo Clarisa nada tiene que temer; deje el lector de lamentar su desgracia; ella duerme con un eterno sueño, con el descanso de un ángel; Dios la ha enviado alas, que penetrando las bóvedas de aquella mansion del espanto, han elevado su alma á la morada donde residen los celestes mártires, donde para complemento de la felicidad, se ha unido á su madre para jamas volverse á separar.

En vano Bristol, movido de un impuro deseo á vista de la belleza y desorden de Clarisa, procura volverla á la vida: los demas cómplices le hacen presente, que segun su orden misma, nada

debe sobrevivir á sus expediciones ; pero empeñado en reanimarla por el pronto, les dice que luego la asesinará, y creyéndola desmayada, cometió la barbaridad de violar el cadaver en la cima de la muerte.

Todos los muertos se recogieron, se desnudaron y precipitaron en los fosos de la caverna ; se apeo todo el equipage ; se repartió entre suegro y yerno el oro, piedras y demas efectos, sin dejar mas residuos de crimen que la sangre que habia corrido por el suelo.

Impaciente Bristol por volver á los brazos de su muger con su criminal triunfo, juntó á sus satélites, y con ellos se dirigió á Dowley. Seria la una y media de la mañana cuando llegaron, y Ana, que con sumo cuidado les esperaba, sintiendo llamar á la puerta, corrió palpitando su corazon de placer, y al abrir reconoció con regocijo á su marido. Este malvado, ebrio de crimen y de alegría, sube rápidamente la escalera, contando á su muger en alta voz todos los sucesos de aquella noche ; los otros malvados le siguen y cierran la puerta. Glorioso Bristol del

feliz resultado de la expedicion , arrojó sobre la mesa con ruido cien puñados de guineas, cajitas de soberbios diamantes, y las sortijas de la desdichada Milady, con el retrato de su hija, aun empapado de sangre. En el transporte de su contento reveló hasta los mas pequeños detalles de sus numerosos asesinatos , y el mismo crimen se habia hecho traicion. Ana frunciendo las cejas exclamó: ¡desdichada, qué he hecho yo!“ Bristol, nuestra sobrina me ha pedido pasar esta noche aquí, y lo habrá tal vez oído todo » desde su cama; somos perdidos.” El infame Bristol, con la mayor serenidad, tomó en su mano la luz, y sacando de su cinto un puñal, dijo en voz baja: “ Si » no está durmiendo, nuestra salud co- » mun y seguridad nos ordenan imperio- » samente el asesinarla.”

¡ Que situacion tan espantosa era la de la pobre niña Polly , que todo lo habia visto y oído , despierta en su primer sueño por el ruido que hicieron los malvados al entrar ! Sintiendo la desdichada que de la destreza de su disimulo dependia su vida , fingió el estar sumergida en

el mas profundo sueño. El gigantesco y monstruoso Bristol se acercó a su cama, provisto de un agudo cuchillo; pasó repetidas veces la luz por el rostro de Polly; pero esta, sin embargo de su agudo dolor y una abrasadora gota de aceite que cayó en su pecho, no se turbó; al contrario, su respiracion la sostuvo siempre natural, su boca medio cerrada respiró la inocencia de su edad, y algun genio celeste la enseñó indudablemente en este instante de terror por qué medio se consigue hacer caer á un gran criminal en el lazo fraguado con sus propias manos.

Alegre Bristol, y completamente engañado, volvió ácia la banda, asegurando á Ana que esta seria una sangre inutil, pues que se hallaba perfectamente convencido de que Polly no habia cesado de dormir. Habiendo los ladrones provisto sus estómagos de licores y de una buena y abundante cena, felicitándose mutuamente de la bella accion y próspera fortuna de aquel dia, se fueron á acostar. Al siguiente muy temprano se levantó Polly, y sin afectacion, metiendo en su

faldriquera el almuerzo, que se componia de carne fiambre y pan; abrazó á su tia, y dándola muchas espresiones para su tio, que aun dormia, hizo que se dirigia á la aldea de que habia hablado; pero cuando esta pequeña heroina se aseguró de que nadie la observaba, volvió con precipitacion por otra calle á la ciudad, y haciéndose llevar á la casa del gobernador, cuando estuvo delante de su severa presencia, le declaró (temblando al considerar el terrible peligro que habia corrido bajo el acero agudo de Bristol), que su tio era un gefe de bandidos asesinos, y que en aquella misma noche habia visto con las manos sangrientas partir con sus cómplices y muger los despojos de muchas personas asesinadas. El gobernador horrorizado apenas pudo creer tantas atrocidades; sin embargo, hizo su deber, y con la guia de esta niña, despues de haber juntado un gran número de esbirros bien armados, provistos al mismo tiempo de fuertes cordeles y cadenas, se dirigieron al arrabal de la selva, y casa del carnicero ingles. La plata, las alhajas, y todos los vestidos y ro-

pas que se encontraron, no dejaron que dudar nada para la rápida instruccion del proceso. Esta tropa de asesinos fueron inmolados a la venganza de las leyes, perdiendo en el cadalso una vida que habian manchado con tantos crímenes. Ana y Bristol fueron egecutados los últimos, como los mas infames; y Bristol, como lo habia dicho muchas veces en el tribunal á su sobrina, que para atestiguar sus maldades le fue presentada, exclamó al tiempo de morir: “¡Ah malvada niña! si yo hubiese sabido que no dormias.... entonces....



LA MORADA DEL ASESINO.

*Basta que una vez se cometa el crimen.
Una caída atrae otra caída.*

BOULEAU, SÁTIRA IO.

Difícil es á mi parecer encontrar en los anales de la galantería, si se puede dar este nombre á los criminales delitos del amor, un hecho mas espantoso que el que voy á contar.

El conde ruso de Dourlinski, vástago de una de las casas mas poderosas de la Rusia asiática, hijo unico, y heredero de una fortuna colosal, gozaba á los veinte y cinco años de la mayor libertad. La naturaleza le habia colmado de sus gracias en lo exterior, pues era uno de los mejores mozos de su siglo; pero deslucía

tan bella perspectiva el alma mas infame y el caracter mas feroz. Su maldad era muy peligrosa para el bello sexo, pues se apoyaba en una sabiduría aparente, en gracias del entendimiento mas sagaz, y en sofismas de pérfidas doctrinas. Era casi imposible á una muger que veia al Conde por primera vez, fuese en el baile, á la cabeza de sus escuadrones de cosacos, adornado con su rico uniforme, y sujetando su fogoso caballo, el no amarle con la pasion mas viva; era imposible ocultarse á su vista de las repentinas impresiones que se experimentaban al mirar á este objeto seductor; no solo causaban admiracion sus perfectas facciones, sino que la aumentaba y acababa de subyugar el corazon la dulzura y melodía de la voz, y la amenidad de su espresion prodigiosa, velo bajo el cual ocultaba su perversidad. Este monstruo en forma de sirena estaba acusado secretamente por la opinion general de haber envenenado á su primera esposa y á su madre, y de haber mandado asesinar á su padre por unos malvados, cuando éste mandaba en calidad de general en jefe una division

contra el ejército francés, que se dirigia á Moscow (91); y en fin, de ser el jefe principal de una banda de ladrones, cuya guarida estaba misteriosamente en la selva de Sombrouski, cerca del castillo del Conde.

Muchas conjeturas ciertas, é indicios secretos hechos por los colonos de la selva, podian demostrar la complicidad del Conde en todos los robos que en aquel parage se ejecutaban; pero como eran necesarias pruebas materiales para poder delatar á aquel hombre poderoso, que temian todos, nadie se atrevia á hacerlo, y se esperaba silenciosamente que cualquier crimen revelase en Dourlinski el secreto de sus primeras maldades.

En este estado de cosas, el conde Dourlinski, viudo de la condesa de Nienska, su primera muger, que casó en segundas nupcias, intrigó cuanto pudo á fin de obtener la mano de la joven princesa de Lipuo. La pretension era bien estraña; pero este monstruo saciado de crímenes vulgares, solo apetecia en lo sucesivo víctimas reales.

Pasaremos rápidamente los medios que

Dourlinski puso en práctica para tener libre entrada en el palacio, para poner las baterías á su nueva conquista; las fiestas que prodigó á la Princesa; el arte con que supo obtener la gracia del Emperador en semejantes circunstancias, y todos los soberbios gastos que hizo en los palacios de Moscow, á fin de sembrar de flores el precipicio en que quería sepultar á la desdichada Princesa, lisonjeándonos que el lector, impaciente de cosas más interesantes, nos perdonará no haber sido prolijos en todas estas menudencias. Por la misma razón tampoco haremos mencion de las bodas, de las brillantes funciones, espléndidos convites, bailes, galas y suntuosos adornos á que dió lugar semejante matrimonio, sino que pasaremos repentinamente al castillo de Sombrouski, donde el Conde, á fuerza de estratagemas, llevó á su joven esposa, haciéndola abandonar la antigua capital de los Czares, á fin de tener á su víctima bajo sus agudos puñales y mortales venenos.

La bella Elvira, privada en lo sucesivo de los consejos de su madre y de su pa-

dre, y acompañada solamente de un caballerizo llamado Benieski, y su camarera Narcisa, de nacion italiana, se entregó sin defensa á su verdugo y asesino, tal como una tierna paloma que se introduce incauta en la morada de un gavilán, que así que la coge á su disposicion la devora, saciándose con sus lamentos. No faltaban valor ni penetracion á la Princesa; pero ¿como habia jamas de sospechar que el Conde era un malvado á quien Themis guiaria un dia al ultimo suplicio? Sin embargo de que nunca dió acogida en su penetracion á tal idea, no disimuló á Narcisa, su amada confidenta, que ninguna localidad del castillo la gustaba; que la hacian reflexionar las posiciones de aquella morada, sus estrañas cercanías, su soledad, sus largos y anchos fosos, y sobre todo, ciertos silbidos penetrantes que oia todas las noches á ciertas horas: ¿no ves, decia á su camarera, cuántas escaleras ocultas, y qué corredores tan largos y tristes hay en este asilo? parece anunciar algun fin siniestro la distribucion de los aposentos; el asilo de la virtud es más sereno y claro, y no tiene ne-

cesidad de esta misteriosa arquitectura. Narcisa, que habia reparado antes cuanto su ama la decia, confirmó sus temores, ó por mejor decir, los aumentó, dando parte á su ama de la mucha gente que á deshoras, y á caballo oia entrar en el castillo muchas noches. Descubrió Elvira á su esposo sus melancólicas reflexiones, y éste, riéndose de su temor infantil (como él decia), la contó que su castillo habia sido construido en tiempo del célebre Lodoiski al estilo poloués, y que despues de tanto tiempo se encontraban ya sus murallas y torreones muy deslucidos y algo deteriorados, así como todo su interior, razon por la que parecia mas triste; pero que pronto estaria muy diferente, pues por darla gusto, le compondria al estilo moderno. Nuestra heroina se demostró como satisfecha de sus falsas esplicaciones; pero estaba poseida de una secreta inquietud, y pidió y suplicó á su esposo se volviesen á Moscow, su querido país, donde podrian estar con mayor comodidad; pero su marido se resistió resueltamente.

Para colmo de todos sus males se ba-

llaba sola, pues todos los parientes que la habian acompañado se habian vuelto á la ciudad; de suerte que se la puede en lo sucesivo considerar como envuelta y cerrada en las mas espesas sombras del crimen.

Para que Elvira no estrañase las frecuentes salidas nocturnas de su esposo, este la decia iba á cazar osos, fieras de que abundaba aquella selva, y esta inocentemente lo creia así. Una noche en que Dourlinski salió á caza con sus criados, oyó la Princesa distintamente desde su alcoba cuatro silvidos que se dieron en el bosque vecino, y en seguida una brillante luz esparció una purpúrea claridad en sus ventanas. Atemorizada puso su atencion, y sintió gritos confusos que parecian salir de algun subterráneo, como gemidos de alguna víctima que parecia á los golpes de un asesino; estos acentos de dolor y de muerte se prolongaron lentamente en las galerías del castillo, así como una sombra sangrienta que desaparecia insensiblemente en negros vapores: á este terrible séquito de la muerte, sucedia el ruido sordo de puertas de hier-

ro que rugían sobre sus goznes. Elvira asustada á tan funestos presagios, tembló de terror en su solitaria alcoba: quiso levantarse para llamar á su fiel Narcisa, pero por un fatal encanto su alcoba rodeada de gruesas rejas y largos cerrojos, la ofreció el aspecto de una jaula de yerro, á la que una lámpara fúnebre colocada en la frente de una cabeza sangrienta, daba una luz opaca y temblona. La Princesa se desmayó y sucumbió á su horror: cuando volvió en sí, al pronto no pudo mirar el espectro de la muerte que la perseguía en esta semejanza infernal; pero recobrando despues sus fuerzas empezó á dar agudos y penetrantes gritos, los cuales despertaron á Narcisa. "¿Que »tencis, Señora, la dijo esta corriendo á »su lecho vestida ligeramente; os encon- »trais indispueta...? Como es esto, Narcisa, que no has visto ni oído nada! respondió la Princesa aun temblando. No »Señora, y permitidme os asegure que eso »no puede ser sino un funesto sueño. »¿Cómo un sueño! dijo la Princesa, no, no, yo lo he visto." Como niugun vestigio había quedado de las terribles imágenes

que se le habian presentado, y la lámpara, la cabeza sangrienta, y la prision móvil se habia desvanecido como una nube, se convenció Narcisa de que su ama habia tenido una penosa vision. Alentada y animada la Princesa con la presencia de su camarera, recorrió con un hacha en la mano todos los mas secretos rincones de su habitacion; pero fue pesquisa en vano, pues todo habia desaparecido como bajo el mágico imperio del talisman de una hechicera. Se persuadió la Princesa que estas ilusiones fantásticas las habia tomado en los vapores de su triste sueño por obgetos verdaderos, y despues de dar las gracias por sus pronto socorros á Narcisa, la mandó retirar, y se durmió profundamente.

Al siguiente dia de esta cruel noche Doornlinck volvi6 de la caza; sus monteros y escuderos hicieron entrar en los patios del castillo, llevado en triunfo sobre ramas de pino el oso enorme que se habia matada á flechazos; y haciendo llamar el Conde á su esposa, esta se asomó á las ventanas, y la hizo un cariñoso homenaje del obgeto de su pretendida vic-

toria. Los aldeanos y aldeanas de las inmediaciones habian engruesado la comitiva; muchos pastores y tragineros les habian tambien seguido, y esta particularidad por algunas horas se revistió con la apariencia de una fiesta campestre. La Princesa, descosa de hacerse amar de sus vasallos, les mandó distribuir con liberalidad viandas frias y vinos de Francia, y no se retiró sino hasta que los aldeanos partieron anunciando con sus cánticos de despedida, que llevaban una idea agradable de su joven Señora: entre ellos advirtió algunos viejos que cuchicheando unos con otros, demostraban mas bien quejarse, y apiadarse de ella, que envidiar su grandeza; pero en el agradable tumulto que reinaba en el castillo, esta advertencia se desvaneció sustituyéndola el placer que disfrutaba al volver á ver á su esposo. Luego que estuvieron solos, al principio no hablaron de otra cosa que de los peligros y placeres de la caza. Elvira respondió al Conde con ternura el haber espuesto unos dias tan quecidos á su corazon por una diversion que no ofrecia mas que sangre, y le suplicó res-

parase que en lo sucesivo tenia dos preciosas vidas que conservar. No ocultó la Princesa al Conde los funestos sueños que habian transformado, en su imaginacion, el castillo en caverna encantada; este se rió mucho acerca de las quiméricas ideas de duendes y hechiceros; y cambiando de conversacion, las dió parte de un baile que se debia de dar en Moscow, en el cual desearia que se admirasen con sus bellas facciones las riquezas de sus adornos. "He aquí, la dijo sacando una cagita de »su bolsillo, un adorno soberbio de piedras orientales que acaba de llegar de »Paris, y que me parece digno de brillar »sobre la bella frente de Elvira." La Princesa amorosamente abrió la caja y vió con admiracion dentro de ella, los diamantes mas preciosos que pueden adornar la cabeza de una emperatriz. "No »he limitado á esto mis tiernas etenciones, continuó Dourlinski haciendo llevar un grande cofre forrado de nacar: »aquí hay casimiras, esencias, perfumes, »bordados y telas de seda de las mas esquisitas, de Europa y de Oriente." Elvira llorando de placer y encantada de la deli-

cadeza é ingeniosa generosidad de su esposo, quien en tan corta ausencia se habia casi ocupado únicamente en los medios de agradarla, no sabia en qué términos demostrarle su vivo reconocimiento. La desdichada le colmaba de inocentes caricias, le llamaba con ardor su único dueño, su amable y generoso amigo, su amante y esposo, é interrumpia estas halagüenas espresiones, abrazando á un monstruo manchado de sangre humana que no pensaba mas que en esparcir la suya en una lenta muerte. En estas escenas de amor conyugal no dejó Elvira de advertir con tristeza en el rostro de su esposo algunas señales de ferocidad que aparecian de cuando en cuando sobre su frente, y descubrian al par de su fingida dulzura todas sus homicidas inclinaciones: tan difícil es al asesino el ocultar su tenebrosa perversidad....

Dourlinski sacó una carta falsa de su dorman, la leyó en alta voz, y concluyó diciendo estaba demandado á la Chancillería de Moscow, distante pocas millas del castillo, con respecto á ciertos asuntos de su regimiento, y manifestó á su esposa con

un tono vivo y espresivo el dolor que le iba á causar esta cruel ausencia. La comida fue servida por los criados del castillo, y el Conde por mil preludios amorosos prodigó á su esposa los mas dulces transportes del amor legítimo, y esta se creyó la muger mas dichosa del universo. Partió Dourlinski en un soberbio coche escoltado de sus criados: las lágrimas de Elvira corrieron en abundancia, y nada era capaz de consolarla en su afliccion. Narcisa la sorprendió en este estado doloroso y la dijo: “¿Por que os afligís, Señora, por un »viage que será de tan corta duracion? »El conde os adora, y nada teneis que temer. = En efecto, respondió Elvira enjugando sus ojos, acaba de darme las señales mas vivas de su amor: mira el »nuevo cofrecillo que hay sobre esa »mesa, y verás un rasgo de su generosidad.” Narcisa miró las piedras, pero reparó que ambas cerraduras estaban sin llaves y parecia habian sido forzadas; manifestó sus advertencias á la Condesa, y estas naturales reflexiones escitaron la inquietud de la Condesa. Admirando estas pedrerías repararon que muchas estaban

cubiertas de sangre; un rubí grueso, estaba cubierto de ella, y cayendo casualmente sobre la falda de la Princesa, la manchó en muchos lados; letras iniciales árabes grabadas en oro en uno de los lados del cofrecillo manifestaban un propietario extranjero... ¡Que se podía concebir de esta singularidad espantosa!.. Será, decia la Princesa, que mi esposo se haya herido en la caza y haya despues tocado estos diamantes, los cuales habra manchado inadvertidamente. Tan sencilla como era esta reflexion, hubiera satisfecho á nuestra heroína, si no fuera por las recientes apariciones nocturnas que la habian espantado, y que convenian en un todo con otras dudas secretas que la atemorizaban. Narcisa estaba como cabilosa, y no respondia sobre todo esto á su señora sino por monosilabos. Un sombrío velo se esparció sobre esta trista morada, en la que se presentaban dolorosos presentimientos respirando en ella el álito de las maldades. Presa la Princesa de penosas ideas cuyo objeto prodigioso pasaba de los limites de su inteligencia, no cesaba de recordarse cuanto la habia aconte-

cido. La local disposicion de su alcoba tenia á su parecer algo de maravilloso y estraño; un olor misterioso como cadavérico venia continuamente á herir su delicado olfato; en fin, todo estaba en el castillo fuera de su lugar natural. Se libró Elvira de confiar estas cosas á su fiel compañera, pues esta la hubiera tenido por débil representando sus sospechas como efecto de un espíritu fantástico y loca imaginacion, por lo que dirigiéndose melancólicamente ácia su arpa se puso á cantar una letrilla que habia compuesto á Dourlinki cuando él la dió las primeras señales de su amor en Moscow en el palacio de su padre, y alternando con sus tristes alabanzas, la secucion de un retrato que estaba haciendo de aquel al pastel, y tocando otras veces sonatas lúgubres en su piano, vió acercarse insensiblemente la hora imponente de la noche...

La desgraciada Princesa vió con un secreto espanto la vuelta de Eréba, estender su negra capa sobre todo el orizonte. Un pensamiento vago y doloroso parecia quererla revelar un atroz misterio oculto bajo sus pasos, y presentimientos

espantosos la advertían por lo bajo, que pisaba sobre sepulcros sangrientos. Eran las diez de la noche en el mes de noviembre; los frios aquilones hacían oír sus bramidos y sus alborotadas olas por medio de la selva y de las columnas de las galerías; el campo y los pinos cubiertos de nieve y escarcha no presentaban á la triste imaginación mas que luto y eternidad: algunos moscobitas cubiertos de pieles se percibían solamente á lo lejos, y las aves de rapiñas codiciosas de pasto, contribuían de cuando en cuando con su canto monótono á entristecer mas este cuadro; en fin, el ruido de la vida parecía morir al pie de las murallas de esta especie de prisión de estado para no dejar reinar en ella mas que á el ángel fúnebre de la muerte. ¡Que espectáculo para la triste Elvira! Añadíanse á estos objetos siniestros bandadas de hambrientos lobos, que saliendo de la selva llegaban hasta el pie del puente levadizo, y se ponían á aullar bajo el balcón de la galería occidental: los rugidos de los osos que señalaban lentamente sus pasos en la nieve, y sobre todo las peligrosas carabanas de

los malvados kalmoucks, acostumbrados á no vivir mas que del pillage, los cuales son quizá mas salvages que las bestias feroces, y tratan siempre el sorprender las casas aisladas. Con semejante descripcion, creo podrá muy bien el lector formar una aproximada idea de la triste situacion de Elvira. La princesa acordándose de las dulces reprensiones de su esposo cuando le demostró su temor, y recelando de dar á entender un espanto infantil del que él podria ser instruido, se esforzó cuanto pudo para disimular su turbacion. Entre otros instrumentos que habia llevado de Moscow tenia una arpa aérea, la que ponía diariamente en el corredor que daba al poniente, á fin de que segun el uso el ayre la hiciese vibrar con dulce melodía. Reparando que la nieve caía á copos, juzgó debia entrar esta arpa á fin de que no se mojase, para lo cual llamó á su camarera; pero no viniendo esta se detarminó á abrir la ventana, y adelantándose á coger el instrumento suspendido, un chillido penetrante que dió, hizo resonar su habitacion. ¡Cual fue su repentino horror y su mortal es-

panto cuando al salir al balcón vió entre una lluvia de nieve dos cadáveres mutilados, que por medio de garruchas colocadas en las ventanitas de la torre del castillo subian banboleándose! La sangre de las heridas de estos cuerpos caian gota á gota sobre la nieve, y formaba cuajaron de púrpura animados; los largos cabellos de una muger agitados por el viento vinieron á tocar el rostro de la Condesa, la que en esta terrible posicion oyó grandes silvidos, y el sonido de una trompa sepulcral en lo interior de la selva contigua al castillo, que la convencieron hasta la evidencia que esta vez no era el juego de una vision fantástica. Dejar caer el arpa aerea, precipitarse desmeñada, y espantada en su aposento, cerrar las ventanas y postigos con terror, y llamar con lamentable voz á su querida Narcisa y á su caballerizo Dobies, fue para Elvira obra de un momento. ¿Pero dónde substraerse á los golpes de los asesinos? ¿como evitar en este asilo una muerte que parece inevitable? Tales eran las reflexiones, ó mas bien las lamentaciones de la desgraciada Princesa. Narcisa

por su parte corría espantada, y con todas las señales del terror pintadas en su rostro: "Somos perdidas, Señora, esclamó sollozando: el Conde es un jefe de asesinos; vuestras apariciones, las cuales yo no había creído, son demasiado ciertas. ¡Que desgracia! vuestro caballerizo acaba de ser asesinado á mi vista; y en fin, este castillo no es mas que una vasta caverna, donde debemos perecer desprovistas de todo socorro. = Silencio, silencio, replicó la Princesa haciéndose dueña de sí misma; nuestros clamores nos perderían en un tiempo en que solo la prudencia puede salvarnos; no dejemos sospechar nada de todo lo que hemos descubierto, que quizá Dios por un milagro de su divina clemencia nos libraré del peligro." Elvira juntando todas sus fuerzas, tomó una vela de las que ardían en su habitación, y desplegando un valor superior á su sexo en el exceso de su desesperación, corrió al cofre de nacar, y apoderándose de un par de pistolas y dos ricos puñales que allí había visto antes, partió con heroísmo estas armas con su

fiel Narcisa , y la dijo : “Toma estos socorros divinos que el cielo nos envia para defender nuestra vida y el honor; y está firmemente persuadida que si Dios permite los complots de un criminal, arma tambien al inocente , y le hace triunfar en el mismo momento que las prosperidades del crimen se hallan en mas alto grado.”

A estas palabras Narcisa colmada de una celeste energía , se sintió reanimada por unas fuerzas desconocidas ; la vista de la Princesa , que hacia brillar un puñal en sus manos , teniendo una pistola atada á la cintura , inflamó su valor , y lejos de temer la muerte , determinó perder la vida defendiendo los preciosos dias de la princesa de Lipno : ¿pero que podrian emprender dos mugeres en este sepulcro? “No perdamos , continuó Elvira con vigor , toda la esperauza ; cerremos y fortifiquemos todas las salidas de mi aposento , coloquemos los muebles delante de estas ventanas y puertas , y asegurémonos de todas las entradas.” Con esta suerte de empalizada , Elvira por una prevencion digna de su casto

pudor, se rodeó á la cintura una pieza de casimira, y con esta guardia de su honor se precavió contra toda profanacion. ¡Figúrese el lector la triste situacion de dos mugeres reducidas á sus propios recursos contra delito premeditado; en medio de cannibales deseosos de carnicería, como veteranos en el crimen desde su infancia, cometiendo hacia muchos años por medios secretos los delitos y las infamias; en una guarida impenetrable á Themis por asilo, y con un malvado poderoso, hábil y atrevido por gefe!

Narcisa y Elvira (pues ya no la llamaremos princesa, porque el peligro igual á las condiciones y los grandes personajes descenden repentinamente hasta nosotros en la adversidad) esperaban á cada instante ver al asesino que penetraría en su funesto sitio. Con la vista inquieta; la respiracion oprimida y en melancólico silencio escuchaban temblando, pero no oian otra cosa que los últimos gemidos del caballerizo, que anegado en su sangre, espiraba en la escalera de la galería del norte. Muchas horas se

pasaron en este sordo horror sin ser interrumpido sino por la campana del castillo, que dando toques calculados, parecia dirigir por ellos maniobras que se egecutaban fuera, esparciendo en el alma del auditor las más siniestras emociones: cada sonido de esta campana era para Elvira y Narcisa una penetrante mirada. Narcisa contó á su señora todas las circunstancias del asesinato de Dorbieski, á quien ella habia visto caer bajo los puñales de muchos asesinos enmascarados. De antemano sospechando el misterio con que iban y venian al cuarto de este infeliz los criados del castillo, se habia escondido en un gabinete cercano, desde el que habia sido testigo de tan infame atentado.

Queriéndose deshacer los infames partidarios del Conde del solo hombre que podia sosorrer á la princesa, le pusieron repentinamente una mordaza en la boca, y despues le cosieron á puñaladas, echándole en seguida, segun el ruido que sintió Narcisa, en un subterráneo donde habia una porción de muertos y moribundos. Oida por Elvira la declaración de su

camarera exclamó con una voz lamentable. «Estamos por todas partes rodeadas
 »de gente del crimen; este pavimento
 »cubre cadáveres, á los cuales sirven de se-
 »pulturas las bóvedas de esta caverna,
 »asi como sus techos estan interiormen-
 »te llenos de víctimas, y esta alcoba es-
 »pantosa donde en mi prudente ternu-
 »ra he concedido á un parricida favores,
 »solo reservados á un amor virtuoso; no
 »lo dudés, Narcisa, esta alcoba es un ce-
 »po asesino donde Nienska habrá pere-
 »cido; sí, yo no entraré en él sino tem-
 »blando.» En este momento de agitacion
 en que la Princesa mortificaba sus temo-
 res, la araña de su aposento se apagó, y
 las dos bugías encendidas que estaban co-
 locadas delante del espejo de la chimenea
 se amortiguaron insensiblemente como
 por el efecto de un poder invisible, y las
 últimas luces azuladas de púrpura que
 arrojaron parecian dar un adios de muer-
 te á nuestras dos desgraciadas cautivas.
 En el instante en que sucedieron estos
 prestigios increíbles el espejo reflejó una
 cabeza de muerto inflamada y un ruido
 espantoso parecido al rugido lejano de la

mar , acabó de imprimir á este espectáculo todo lo que puede atemorizar á un sencillo mortal; solo los rayos de la luna venian algunas veces á alumbrar el pavimento cuando las negras nubes cesaban de cubrirlas , pero lejos de que esta luz fuese oficiosa , aclaraba demasiado miembros sangrientos y fantasmas cubiertas de grandes ropas blancas , que vagando por la habitacion se desvanecian como sangrientos vapores. Elvira y Narcisa abrazadas estrechamente esperaban con resignacion el golpe mortal , y sin poder descifrar la causa de tantos prodigios , esperaban de la divina bondad una libertad milagrosa. ¡ Será posible que perezca á las manos de los malvados una princesa tan bella y tan joven , por un malvado y pérfido camaleon que se disfrazaba con los colores mas seductores ! ¡ Qué cruel es pasar á los brazos de la muerte en una edad tan lozana , y casi al salir del lecho nupcial ! Ya no verá Elvira ningun fruto de sus amores , ni estrechará contra su seno maternal las gracias é infantiles atractivos de un objeto querido.

Todos estos pensamientos venian lentamente á acogerse en la imaginacion de nuestra joven heroína, y la hacian gustar la amargura de la muerte; mas sin embargo tantas desgracias no la han agoviado enteramente; por entre los horrores que la rodean su vista traspasa las bóvedas de su prision, y penetra hasta las regiones dichosas de la inmortalidad: allí es donde su alma descansa y respira aliviada, gustando un momento de paz celeste. Algunas veces insensible para sí misma, ruega á Dios libre de sus asesinos á sus padres y á la pobre Narcisa. La infortunada Elvira creía no temer mas que morir para concluir sus penas: ¡pero cuán lejos estaba de ser este el fin de sus crueles tormentos! una parte del pavimento se abrió, las bugías se encendieron por sí mismas, y cayó rodando una cabeza sangrienta y cubierta de canas: ¡gran Dios! esta era la cabeza de su padre, la que Elvira conoció al instante.

Despierta de su letargo, su alma se llenó de nuevas alarmas. ¡La cuchilla de un homicida se ha manchado en la saugre

de su familia antes que en la suya! Dourlinski, el espantoso Conde es indudablemente el criminal autor de esta nueva maldad; y en el asparto que en el día experimenta pide á Dios el solo favor de poder menospreciar é insultar por sí misma la cruel perfidia del asesino del autor de sus dias. ¡Ay de mi! este triste favor no tardó mucho en serla concedido. Después de un nuevo tumulto espantoso, acompañado de un ruido de armas, Dourlinski, el horrible Dourlinski apareció en fin con toda su banda, y precedido de algunos achones.... ¡Qué cruel momento para la Condesa! Este no es ya un Proteo encantador que se oculta bajo un aire falso de dulzura: es un leon, es un tigre enfurecido con toda su rabia y de todo su criminal frenesí, alterado por el placer de derramar sangre humana, vomitando espumarajo por la boca, no saciándose hasta llegar al colmo de sus maldades.... Su cintura guarnecida de armas de fuego y puñales, la cabeza cubierta de un casco de bronce, una cimitarra en la mano, una larga capa tendida sobre sus espaldas es en esta figura

digna de suplicio , en la que la Princesa volvió á ver á su esposo.... “¡ Vos y » vuestra familia (la que detesto , la dijo » con ironía) habeis creído la sinceridad » de mi alianza y juramento , y creyendo » apagado mi furor, habeis imprudente- » mente pensado que Dourlinski sabia per- » donar. Reconoced ahora, Elvira , aun- » que demasiado tarde, que soy implaca- » ble en mis venganzas, y que no he ol- » vido jamas que la casa de Ligné se » habia secretamente retirado á mis ene- » migos , cuando se me acusó del horri- » ble asesinato de mi madre y de Niens- » ka..!” = “Infame asesino , le respondió » con vehemencia la Princesa , ¿ no es bas- » tante hacer rodar á mis pies la cabeza » sangrienta de mi desgraciado padre, de » atentar á la vida de mis criados , de » amenazar á la mia por una larga ago- » nía con todos los prestigios de tu in- » fernal guarida , sino que aun todavía » vienes á insultar mis infortunios? Toma » mi vida, y no ultrajes mas á tus desgra- » ciadas victimas , haciéndolas caer bajo » tus mortíferos golpes.”

Dourlinski desde su infancia inaccesi-

ble á los remordimientos y á la piedad, inexorable para la Princesa que con el seno medio descubierto, una palidez mortal hubiera conmovido á la bestia mas feroz, ordenó que se la separase de Narcisa, y se la condujese á la fatal alcoba: este golpe era el mas terrible que podia recibir la infortunada Elvira, porque se imaginaba, sin la menor duda, que iba á recibir en ella la muerte, y que su cabeza rodaría bien pronto sobre el pavimento entre olas de sangre; pero esta muerte cierta no la horrorizaba tanto como la idea de que fuese acompañada del oprobio, de las caricias y de la sanguinaria conducta del Conde. Se resistió á los esfuerzos de los asesinos, pero su debilidad no ayudó á su valor. Al entrar en esta habitacion oyó los últimos gemidos de Narcisa, á la que un puñal que traspasó su corazon la pasó de este dia á la noche de las tumbas. La desgraciada Princesa no siendo dichosa para morir con su dolor, vió tristemente prolongar en tan terribles abscesos su cruel agonía. Encerrada en esta estancia cadavérica, su primer movimiento fue implorar á la mi-

sericordia Divina, suplicándola conservase al menos su honor, quitándola al instante la vida. Su fervorosa súplica se prolongaba melancólicamente por todas partes, y apenas había pronunciado Elvira la palabra vida, cuando un eco favorable respondió: sí. La Princesa, animada de la esperanza, se dirigió al lado por donde la voz protectora había salido, y con un valor heroico exclamó: "sí, yo soy »insensible á la muerte con tal que mi »virtud no sea profanada en este día:" el eco tutelar reflectó las últimas palabras "en este día...."

¿Qué podrá juzgar el lector del estado de la Princesa? A los bordes del abismo la esperanza la es permitida, y á pesar del aspecto ediondo de los objetos que hieren su vista, la acoge con transporte. Reparó en un sofá mecánico que percibió en medio de este recinto infame, cuyos resortes crueles habrían atormentado las víctimas que en él se habían sentado; una cama, que por tablas tenía verjas de yerro ocultas, bajo colchones de raso negro, encima de los cuales había muchos instrumentos de acero, cuyo uso

no podía servir sino á un genio asesino; y sin embargo serena esclama: " Dios me » ve, Dios me oye, y si perezco será con » la frente coronada con las palmas del » martirio."

De este modo es como la virtud fortalecida con los propios socorros desprecia las asechanzas del crimen y triunfa sucumbiendo.

Elvira á la luz de una lámpara que habia suspendida en medio del techo del aposento recorrió el nuevo teatro de sus infortunios; las preciosas palabras de " sí, en este dia," que solo un poder superior ha podido pronunciar, resuenan en su alma, haciéndola concebir la halagüeña idea de su libertad. A pesar del pestífero olor de los cadáveres, y del nuevo horror que la inspiró el haber descubierto sobre una grande mesa cubierta de bronce tres cuerpos de mugeres mutilados en las mas respetables partes del pudor, camina precedida de una santa esperanza, y se atreve á penetrar los mas recónditos secretos de este aposento de la voluntad asesina. Sin embargo, sus pies vacilantes se sientan con duda sobre

el pavimento, temiendo caer en algun lance funesto por trampas pérfidas, que sin duda se hallaban en él: en estas reflexiones vagaba entre la esperanza y el temor, cuando un ramo de oro unido á tres esferitas de marfil cayó á sus pies; le tomó, y besándole con transporte, leyó sobre una de las esferas: “bajo el »camapé cubierto hay una escalera espi- »ral que conduce á la selva por una ga- »lería subterránea; á la salida de esta »misma galería encontrareis nuevo so- »corro. Bella Elvira, no perdaís un ins- »tante desde este aviso: virtud y valor.” ¡Cuáles fueron los transportes de alegría en la Princesa á semejante aviso! Corrió al camapé, y alzando su cubierta encontró la escalera tortuosa; se apresuró á bajar, y entró en una suerte de caverna tenebrosa, en la cual, reuniendo todas sus fuerzas, siguió su destino. Dejémosla aquí un instante, supuesto que ya está fuera de peligro, y hagamos conocer la conducta ulterior de Dourlinski.

“El peligro en que estamos es muy grande, decía en la mesa á sus compañeros de maldad; el ministro de Saint-Petersburgo

»ha aclarado nuestra conducta ; la policía
 »de Moscon ha puesto agentes secretos que
 »espian todas nuestras acciones ; y en fin,
 »nobles hermanos de armas , lo mas peli-
 »groso de todo es , que entre nosotros ha
 »habido traidores que han revelado todos
 »nuestros complóts , y enseñado el plan
 »del mecanismo de nuestro castillo.” A
 esta palabra de traidores juraron los mal-
 vados que era menester esponerlo todo
 á fin de descubrirlos y exterminarlos.
 “Imitemos , dijo el ayudante del Conde,
 »la conspiracion de Catilina , en la que los
 »conjurados , para unirse con un lazo de
 »complicidad indisoluble , bebieron á la
 »vez en una copa la sangre de una víc-
 »tima inmolada con sus propias manos.
 »Narcisa está aun tibia y....” Dourlinski
 desaprobó estas charlatanerías , demostrán-
 dolo que no estaba ya en su poder el apo-
 derarse de los delatores , pues se habian
 desertado , y estaban ya entre sus enemi-
 gos. Efectivamente , mirándose con in-
 quietud unos á otros , los malvados re-
 pararon que Flamensk y Rodoff , esce-
 lentes asesinos , habian desaparecido. “No
 »gastemos en discursos superfluos un

» tiempo precioso que es necesario apro-
 » vechar inmediatamente: dijo el Con-
 » de, hace mucho tiempo que las sos-
 » pechas recaen sobre mi persona, por
 » lo que me parece que para evitar un
 » gran desastre debemos abandonar esta
 » misma noche este castillo, que se queda
 » encantado, y dirigirnos á las montañas
 » de las Iberias antes de sucumbir á fuer-
 » zas superiores. No dudeis, valientes com-
 » pañeros, que la muerte del príncipe de
 » Lignó, á quien he sabido atraer á es-
 » te sitio, y la del rico armenio Hachi-
 » Bedour, á quien despues de asesinado
 » en la selva le hemos despojado de to-
 » das sus pedrerías, ha hecho mucho es-
 » truendo en toda la provincia, y no
 » hay que dudar se buscarán con acti-
 » vidad los actores. De las sospechas á
 » las pruebas no hay frecuentemente mas
 » que un paso, y seria finalizar nuestra
 » fortuna por mantener una loca confian-
 » za." La mayor parte de los malvados no
 concedieron este proyecto pusilánime.
 "Si el peligro es tan evidente, dijo el
 » ayudante, la huida es ya imposible por-
 » que estaremos cercados, y si es quimé-

»rico, podemos entregarnos á los placeres de la mesa afianzando nuestra seguridad en vuestro valor." Todos los asesinos aplaudieron estas charlatanerías del crimen, y embriagados con el vino y los licores olvidaron el peligro en el seno de los escesos. Uno de estos tuvo la infamia de decir que sentia que Narcisa hubiese sido inmolada en un momento de vivacidad. "Yo tambien, respondió el salvador de la banda, ella nos hubiese servido de Esposa á todos." En fin, estos infames asesinos procuraban sobrepujarse en ideas criminales. Dourlinski mientras estos espantosos discursos, escitados por el ponche, se había furtivamente ausentado para ir á saciar su homicida lascivia en Elvira. Abrió misteriosamente el horrible aposento en el que la sombra de su primera esposa vagaba aun; pero ¡cuál fue su sorpresa cuando buscándola no la encontró! La idea de que se hubiese escapado por la escalera aspiral se le vino á la imaginación; se dirige precipitado ácia ella, y viendo la trampa abierta, descargando una de las pistolas que llevaba en su cin-

to hizo resonar las bóvedas del castillo, gritando: "á las armas, á las armas." A este grito de alarma todos los malvados se levantan, los maquinistas bajan desde las torres mas elevadas á las concavidades mas profundas, y toda la vanguardia reunida al rededor de su capitán le preguntan el motivo de sus temores. Dourlinski les instruyó de él en poco tiempo, y ensillados todos los caballos se les cargó de oro y de todas las cosas mas ricas que habia en su castillo, preparándose á ejecutar al favor de la noche, una sabia retirada por el lado de la selva que conduce á las montañas; pero el Ser supremo tiene un término para el crimen, y este es el de su justo castigo.

Elvira ayudada del cielo y de su valor llegó á la salida de la mina subterránea que terminaba en medio de la selva Sombrouski. ¡Cual fue su sorpresa y su admiracion al encontrar allí á su madre que de centinela con los escuadrones de caballeria emboscados, esperaba con impaciencia su llegada! La princesa de Liguó abrazó á su querida hija, y la explicó las órdenes que habia dado el

gobierno para apoderarse de los asesinos, é incendiar su guarida, la cual habian denunciado dos desertores de su vanda, con la condicion de que se les perdonase. Esta tierna madre no disimuló la mortal inquietud que sentia por la ausencia de su esposo, que hacia dos dias habia desaparecido de su casa. Elvira á este recuerdo, disimulando cuanto pudo, dió un terrible suspiro, y su madre concibió por él que el príncipe habia perecido por los artificios del mas atrevido de los asesinos. Tambien la contó el medio de que el ladron Flamenski, que conocia perfectamente las cavidades del castillo se habia introducido en el fatal aposento donde por medio del ramo emblemático que hasta entonces no habia servido mas que para prestigios criminales, la demostró el modo de librarse por la escalera espiral. No la ocultó el arte fantasmagórico que la habia sorprendido en el castillo, pues segun la delacion de Flamenski y de Rodoff consistia en un juego de fantasmas y espíritus artificiales, causado por instrumentos de óptica y luces que los cómplices hacian mover

en las plataformas, ó por el disfraz de maderas ensambladas y puertas contrapesadas que por sí mismas representaban pinturas de espectros, que daban un aire maravilloso y sobrenatural á la habitacion. Por lo que hace á los cadáveres que la joven princesa habia entrecristo por su balcón suspendidos de garruchas era demasiado verdadero, pues eran la comitiva de un rico armenio que habia sido asesinado la noche anterior, cuyos mortíferos despojos, según costumbre, se subían á un cementerio, construido para este fin en la torre del norte.

A todos estos pormenores tembló Elvira, reparando los peligros que su honor y su vida habian corrido, y suplicó á su madre se volbiesen al instante á Moscow en el coche que tenía á su disposición. La princesa de Ligné juzgó conveniente el deseo de su hija, y escoltadas de algunos dragones rusos que el comandante de la expedición nocturna puso á sus órdenes al mando de un oficial inteligente, partieron para la capital con sentimientos mezclados de alegría y de los mas crueles recuerdos.

El amanecer hacia ya recoger sus velos á la oscura noche, y el sol, cautivo bajo el horizonte, saludaba al universo con sus primeros rayos. Si es verdad que este astro alumbraba á los proyectos de un gran criminal, tambien lo es que presta con mas energía su luz á los agentes de la vindicta pública. Muchos escuadrones dispuestos con arte á las órdenes del jefe principal cercaron á una distancia la guarida de los malvados. Conducidos por algunos aldeanos moscovitas que habian espionado hacia mucho tiempo las maniobras de estos asesinos, y que conocian las salidas de las minas que terminaban en la selva, caminaban simultaneamente ácia el centro, y la retirada de Dourlinski fue imposible. El Conde y su tropa no juzgaron conveniente mantener el combate en el mismo castillo, sin embargo de que podian haberse mejor evadido; por lo que puesto á la cabeza este malvado capitán de sus secuaces, se presentó en batalla, dejando un cuerpo de reserva para guardar los tesoros. El comandante poco tímido de estos preparativos, cargó sobre sus enemigos, y en un mo-

mento cubrió la nieve de un arroyo de sangre y de cadáveres infames. Dourlinski pereció igualmente con las armas en la mano, á pesar que las instrucciones del gobierno de Saint-Petersburgo eran de prenderle vivo para castigar publicamente sus maldades, pero su porfiada defensa no lo permitió. Ahorraremos á la sensibilidad de nuestros lectores el hacerles un espantoso detalle de las víctimas de ambos sexos que se encontraron amontonadas en los subterráneos y torres del castillo que habia servido hacia mas de un siglo de asilo al crimen, y como una propiedad hereditaria habia ido pasando de malvados á malvados hasta el impostor Dourlinski.

La bella Elvira y su tierna madre, queriéndose alejar de una vecindad tan funesta, partieron á Inglaterra donde tenían grandes bienes. El castillo fue incendiado y arrasados sus subterráneos, y la yerba creció amarillenta donde el crimen habia parecido algun tiempo encontrar el secreto de su impunidad, y no queda ya en la memoria de los hombres mas que el espantoso nombre de Dour-

linki, á quien se citará eternamente en los criminales anales de la Rusia, como uno de los monstruos mas perversos que han afligido la humanidad.





EL PARRICIDA.



El hombre que empapa sus manos en la sangre del autor de sus días, es el mas desgraciado de todos los seres. ¿No vale mas mil veces no haber nacido que ocupar el primer rango entre los entes mas despreciables de la naturaleza? Solon, el mas grande y sabio legislador de la Grecia, tenia tal horror á semejante delito, que en sus códigos no quiso escribir ninguna ley para castigarle, persuadido que no era crimen capaz de suceder. Habiéndose en Roma renovado mas de una vez el parricidio, el ilustre fundador Rómulo ordenó que se castigase al culpable, arrojándole vivo á la mar, metido en un saco de cuero con un loro y un mico: este suplicio era demasiado dulce, pues al asesino de su padre era necesario para castigar su temeridad, hacerle por terribles y crueles tormen-

tos experimentar horrendas muertes, si fuese posible, miles de veces; y dejarle luego que se le hubiese hecho padecer un siglo de lenta agonía. Cambises, príncipe persa, muy célebre por sus desventuradas expediciones bélicas, fue entre todos los reyes el que ideó contra los parricidas los tormentos y dolores mas crueles: ordenó que todo el que cometiese tan tremendo crimen fuese encadenado y encerrado en un calabozo subterráneo, atando sobre sus espaldas con fuertes ligaduras el sangriento cadaver de su víctima, de tal suerte, que su lívido y desfigurado rostro mirase y tocase al suyo; de este modo, la putrefaccion se inoculaba insensiblemente del muerto al condenado, al cual á fin de alargar con su vida sus tormentos, se alimentaba con los mas grandes cuidados, y el uno y el otro finalizaban, cayendo en corrupcion bajo la prodigiosa cantidad de los gusanos que les comian: por semejante medio, y como por una especie de ley de Talion, el parricida sentia y veia el fin de su existencia criminal, por el mismo á quien él habia asesinado. Esta terrible idea é

invención espantosa de hacer á los mismos cadáveres el poder vengarse de sus verdugos, imprimiendo á la vista del malvado una reaccion homicida, y haciéndole encontrar en la misma tumba el instrumento de su castigo, es sin contradiccion el mas espantoso de los suplicios. ¡Qué situacion tan horrenda será para el asesino atormentado por sus terribles recuerdos no poder hacer el mas sencillo movimiento sin sentir el enorme peso de su maldad! Si solamente en lo físico parece insoportable, ¡cuanto mas lo será en lo moral! Imaginémonos á una víctima de esta especie, con el rostro pálido, sangriento, su tez verdusca, sus ojos rojos y fijos, sus cabellos tiesos y enbebidos de sangre seca, y sobre todo, su boca bahosa y convulsiva, vuelta ácia el delincuente, á quien parece le dice: "hijo mio, hijo mio, perdona á tu «padre." Á tan terribles tormentos aun pueden unirse otros quizá mas crueles; por ejemplo, si la víctima de nuestro asesino ha recibido el golpe mortal en el corazon, su sangre corre á borbotones sobre el cuerpo del parricida, que no

puede menearse sin bañarse en ella. ¡Qué espantoso debe ser su sueño, si acaso alguna vez puede dormir no puede reposar sino sobre el sangriento cuerpo de su padre, y en todos los segundos que demarca el tiempo, su vida no es mas que un largó asesinato que le coloca muchas veces en todos los horrores de su crimen!

Tal era el suplicio (al menos en lo moral) de Ameida, baron de Altamongues, poseedor de un antiguo castillo, situado al medio del Rhin (92) entre Bona y Coblenz (93). Este castillo, propiedad hereditaria y feudo de los barones de Altamongues, desde tiempo inmemorial habia servido de fortaleza, particularmente cuando las revoluciones del bajo imperio, y en la de los príncipes medianeros de Alemania. Quince generaciones habian visto sus almenas y sus cuatro torres paralelas; mas de un famoso combate, sea á pedradas, flechas y dardos en tiempo de los Julios Césares, ó despues que la pólvora hizo la suerte de la guerra, aun mas peligrosa, habian pasado sobre las ondas de un caudaloso rio, fecundado en épocas memorables, y sin

embargo su inalterable solidez hacia frente á todos los siglos. Este famoso castillo era el objeto de admiracion de los navegantes, que sobre un navío ú otra embarcacion holandesa recorria las riveras del Rhin, desde Durseldorf hasta Colonia (94), viage el mas interesante que se puede hacer. Todos los navíos que pasaban se veian desde las altas azoteas del magnífico edificio, y en las estaciones de primavera y otoño el fértil campo que le rodeaba, contribuia á darle mas gracia y esplendor. En aquel pintoresco lugar fue donde Ameida, joven, buen mozo, de la mas bella fisonomía y último vástago de la estirpe de los Altamongues, habia fijado, hacia algun tiempo, su permanencia, despues de haber cambiado muchas veces de residencia, porque poseia una grandiosa casa en Coblenz, otra posesion en las cercanías de Andernag-ne (95), y su fortuna le hacia muchas veces vivir en la corte, gozando de la amistad y favor de uno de los electores que reinaban en aquel tiempo en las riveras del Rhin. ¿Pero qué almohadas, por blandas que sean, son capaces de ayu-

dar al reposo de un criminal? ¿Cuáles los deliciosos lugares de la naturaleza, que esmaltados de sus mas maravillosas y aromáticas flores, no se revistan y disfracen con los sombríos colores de luto y de inquietud á la vista de un culpable? Esta era la espantosa situacion de Ameida: las mas risueñas imágenes ni los mas alegres cuadros de la sociedad podian disipar en su infame alma una profunda taciturnidad que conservaba diariamente, y de lo cual el público ignoraba la verdadera causa: era criminal y parricida en fin, y su corazon sensible, formado para la virtud, se habia separado en un instante de tan bella senda para seguir la del amor y de la ambicion. Ya es tiempo de explicar las circunstancias de este delito execrable.

El baron de Altamongues, padre de Ameida, destinaba á su hijo desde su infancia la mano de Cristina de Melsinberg, hija de un antiguo compañero suyo de armas, el que en una batalla sangrienta le habia generosamente salvado la vida. Cristina carecia de bienes de fortuna, y solo llevaba en dote la ilustra-

cion de sus antepasados; en fin, estaba destinada á ser una recompensa del Barón á su libertador. Desgraciadamente estos sentimientos de gratitud del Barón no eran de ninguna manera conformes á las ideas de su hijo, que estaba enamorado de los encantos de una bella heredera, á la cual habia jurado seria su esposa, á pesar del empeño decisivo contrario de su padre. Conoció la primera vez las facciones seductoras de Blanca de Lindorf en un baile á que asistió en Cobles: al verla admiró su hermosura, y se apasionó enteramente de sus encantos. No hacia mas que un momento que se embriagaba con la vista de este objeto encantador, cuando pronunciaba ya con la lengua de su corazón el solemne juramento de no tener jamás otra esposa. Blanca por su parte no reparó en el soberbio Ameyda, sin sentir un secreto orgullo, viéndose el objeto particular de sus atenciones y de sus apasionadas miradas; á esta vanidad sucedió en su alma el sentimiento, y una cadena como eléctrica unió tácitamente á los dos amantes ebrios de igual ardor. Blanca resistiendo

por pudor á sus propios sentimientos, disimuló largo tiempo su falta; pero cuando Ameyda en otras entrevistas que tuvieron la demostró que su corazón habia sido enteramente libre, hasta que tuvo la inexplicable dicha de admirarla en el baile, y que jamas habia sentido por ninguna muger el poder del amor que por ella experimentaba, ella viendo aquellos sentimientos aprobados por sus propios deberes, creyó poderse abandonar sin reserva á las delicias de una inclinacion que la presentaba la mas halagüeña perspectiva. Persuadidos estos dos amantes en sus cualidades de hijos únicos, y de que sus padres no harían mas que sonreírse á una union tan igual por todos motivos, se entregaron enteramente á sus correspondencias amorosas, y Blanca no puso mas límites á su pasion que los necesarios para mantener intacta su virtud y su reputacion: ¡qué instantes tan deliciosos son para dos corazones jóvenes, aquellos en que se abandonan á los primeros trasportes de su cariño y á la pureza de sus sentimientos! No hay duda que son uno de los momentos mas lisongeros pa-

ra el hombre sobre la tierra : ¿ qué hombre que lo haya experimentado , no se acuerda con trasporte de las miradas primeras de su querida , y del momento dichoso en que una graciosa boca pronunció sonrojándose y con la vista baja : " Sí , yo os amo . " Estos momentos inapreciables habian sido conocidos y sentidos por Ameyda y Blanca , su fiel y tierna amante : retratos , cabellos , sortijas , brazaletes y cifras amorosas habian sido trocadas en la mas ardiente efusion del corazon , y el amor habia hecho , sin saberlo sus padres , los preparativos de un himeneo que estos no habian de aprobar .

Una noche que volvia Ameyda de la tertulia del Elector de Bona , en la cual habia gozado la dicha de haber encontrado en ella y oído cantar y acompañarse con el arpa á su bella amiga , un criado de su padre vino á anunciarle que pasase á su habitacion antes de acostarse . Aquel aviso inesperado y extraordinario le inquietó algun tanto y le dió en qué sospechar . No es de extrañar su temor , pues aunque no tenia motivos de consideracion , se sabe cuán su-

persticiosos son los corazones amantes, todo les parece es capaz de rebelar sus secretos, y arruinar el débil edificio de sus amores. El baron de Altamongues hizo sentar á su hijo al lado de su silla poltrona, y abriendo una carta cerrada con lacre negro, le dijo: "Ya estais en »edad, mi querido Amejda, de formar »una union; sois el único heredero de »mis bienes y de mi nombre, y no du- »do de tus honrados sentimientos que se- »reis el digno sosten de nuestra proge- »nie. Creo conoceis ya el mérito de Cris- »tina de Melsinberg, la cual os está des- »tinada desde la cuna: por un accidente »extraordinario sabeis debo la vida á su »padre; y en prueba de mi eterno agra- »decimiento he prometido ante Dios y »mi honor tu mano á su hija; esta mu- »chacha es joven y bella, y por lo que »respecta á su nacimiento tu fortuna am- »pliamente reparará los rigores de la su- »ya. Es cierto, continuó el Baron, que »yo no hubiera querido confiaros tan »pronto el proyecto de esta alianza, pe- »ro la noticia de la muerte del baron de »Melsinberg, que acabo de recibir en es-

«ta tarde, apresura mis designios, á los
 «cuales espero accederéis como hijo hu-
 «milde, obediente y cariñoso.” Un rayo
 que hubiese caído á los pies de Ameyda
 no le hubiera asustado tanto como el dis-
 curso que acababa de pronunciar su pa-
 dre. Joven, de un caracter franco, vivo
 y sensible, é incapaz de fingir, no res-
 pondió al pronto sino con un triste si-
 lencio; sus hermosos ojos, cubiertos con
 sus largos párpados, no dejaban leer
 en ellos lo que pasaba en su alma, pe-
 ro cuando el Baron impaciente y enfadado por su éstasis le ordenó imperiosa-
 mente se explicase claramente. Ameyda
 no disimuló por mas tiempo que su co-
 razon estaba, hacia mucho, comprometi-
 do con otro objeto mas querido; aun-
 que si él hubiese sabido las intenciones
 del autor de su existencia, no hubiera
 dado acogida á una pasion que habia de
 llenarle de inquietudes, saltando al res-
 peto paternal. Cambiando de actitud de-
 claró abiertamente á su padre y con toda
 la energía de su ardiente amor, que no
 tendria jamas otra esposa que Blanca
 Lindorf.

A tan funesto nombre el Barón se puso furioso, y su sangre se encendió: Blanca era justamente la hija del mayor enemigo de este por haber tratado muchas veces enemistarle con el Elector; no escuchando mas que á su cólera é indignacion, mandó salir de su presencia á su hijo diciéndole: que si no cambiaba de sentimientos no tenia que esperar mas heredad que la maldicion paternal.

Todas las lisougeras esperanzas de himeneo y proyectos amorosos que Aneyda habia formado para el porvenir, se dissiparon, así como una densa y gruesa nube oculta á la tierra, los brillantes rayos del lumínico planeta, y en su imaginacion dió entrada á un futuro de desgracias y calamidades. ¿Qué noche podria compararse con aquella que nuestro héroe se proponia pasar! Solo aquel que haya sufrido los rigores de otra semejante puede hacer una pintura algo parecida de ella. El joven Barón conocia á su padre inflexible é inexorable en sus mandatos, y desconfiaba poderle conmovier con lágrimas y súplicas; sin embargo, vencido por su dolor se prosternó á

sus rodillas, las regó con sus lágrimas, le representó en los términos mas patéticos la desesperacion de su amante, su virtud, y sobre todo, le pintó con los colores mas vivos su respeto, su amor, y el eterno reconocimiento que le tendrían si se dignaba conceder una union, de la cual dependia la felicidad de su vida. Cristina de Melsinberg, añadió con un furor apasionado, es pobre, y vuestros amigos no dejarían de murmurar un enlace tan desigual; el baron de Lindorf es cierto que es vuestro enemigo por haberos indispuerto con el Elector, pero Blanca os promete por mi medio y por el órgano de mi terneza filial reconciliaros con el Príncipe, hacer que os confiera las mismas confianzas que antes, y sobre todo, que os distinga mas que nunca entre todos sus cortesanos. Mas irritado el Baron que conmovido de las proposiciones que le hacia su hijo, declaró nuevamente con furor que preferia la muerte á la mediacion vergonzosa de una muger en semejante circunstancia, y así que consideraba á su hijo como á su enemigo mas cruel, si persistia en sus

proyectos : con semejante respuesta se salió de la habitación precipitadamente.

El amor siempre discreto habia sugerido de antemano á nuestros dos amantes la idea de corresponderse por mensajeros fieles, que de día y noche conducian juramentos de fidelidad, que ambos se hacian con el mayor ardor. "Ningun poder humano (se escribian con entusiasmo) puede separarnos; y aun la misma muerte no haria sino reunirnos en la misma tumba (96)." Esta correspondencia fue sospechada por el Baron; y á fin de cortarla del todo, al siguiente dia ordenó á su hijo se preparase para partir en su compañía aquella misma tarde para su castillo, situado al conedio del Rhin, castillo del cual ya hemos hecho la relacion pintoresca. El cielo pareció señalar los preparativos de tan funesto viaje con los presagios mas funestos. Un espantoso uracan se precipitó contra la naturaleza; sumergió una infinidad de embarcaciones que navegaban en el rio, ó las estrelló contra las rocas; incendió algunas aldeas y caserías del campo, y por todas partes se cubrió el horizonte de

fúnebres crespones; el rayo se destrozó á los pies de los caballos del carruaje del Baron, como para forzarle á renunciar tan fatal empresa. Ameyda pacífico y sereno ante tanta confusion gozaba en ella de cierto encanto. El dolor gusta algunas veces de asociarse con dolorosos espectáculos, y la pena mortal que le affigia separándose de su amada Blanca, le hacia encontrar un secreto placer en el peligro. Mil veces formó la resolucion de evadirse de la autoridad paternal; pero su filial respeto, conservado intacto hasta entonces, condenaba sus pensamientos culpables, y le hacia preferir tratar de conmover al Baron con sus continuadas súplicas, mas bien que degenerar un solo instante de sus humildes y respetuosos sentimientos. "Mi padre me quiere mucho (se decia á sí mismo interiormente); »yo le adoro tambien: soy su único hijo, »y no es posible que luego que haya pasado la primera efervescencia de sus »sentimientos, persista en sus crueles »designios." Por medio de este monólogo consolatorio dulcificó las heridas de su passion, vertiendo sobre ellas el bálsamo

de la esperanza. Prodigó los mayores cuidados y atenciones á su padre durante el viage; se dedicó particularmente á disipar de su altanera frente el enfado y seriedad, tan tristes, y que tanto afligen la vista de un hijo que solo lee en ella crueles reproches; y tuvo la dicha ciertas veces de hacer brillar algunos rayos de serenidad, debidos únicamente á la esperanza que concebía el inflexible Baron de que su hijo sucumbiria dócilmente bajo el yugo del proyectado himeneo; en fin llegaron á las orillas del Rhin, y en la rivera izquierda vieron el castillo, en el que entraron por un puente levadizo; en este lugar tomaron padre é hijo posesion de sus respectivas habitaciones; las que estaban ya preparadas por los criados, que fueron advertidos de antemano por el mayordomo del palacio de Bona.

Los primeros dias en aquella morada se pasaron en un silencio estudiado por padre é hijo, y se trataron mas bien con política que con verdadera afición; cada uno de por sí buscaba ocasion favorable para esplicar sus secretos designios. Mil veces hizo intencion Ameyda de hablar

á su padre acerca de su matrimonio con Blanca, y este por su parte formaba otros tantos proyectos de conviccion, á fin de lograr su intento; pero el mútuo temor de no acertar el tiempo oportuno, hacia espirar las espresiones en sus labios. Esta dudosa situacion era dolorosa y amarga; el Baron fue el que puso fin á semejante escena, diciendo una tarde á su hijo, que no dudaba que sus saludables reflexiones hubiesen motivado una dichosa mudanza en sus sentimientos, y que indudablemente podria ya en lo sucesivo estrecharle entre sus brazos como á un hijo humilde, que no queria precipitar en la tumba aotés de tiempo á su desgraciado padre. Ameida se sintió penetrado de un dardo mas cruel con la dulzura de su padre, que si hubiera experimentado su crueldad ordinaria; pero no obstante, la felicidad de Blanca y la suya le eran demasiado queridas para ceder á estas nuevas insinuaciones. Su figura muda demostró claramente que su constancia era inalterable. Advirtiendo el Baron inútiles todos sus esfuerzos, renunciando los medios que le sugirió la paciencia, no pensó

ya sino en desplegar toda su autoridad: llamó un capellan al castillo, y haciendo traer á él á Cristina por medio de su mayordomo, no pensó en otra cosa que en obtener por la violencia lo que no pudo conseguir por sus razones. A semejante resolucion, Ameyda, irritado por tanta tiranía, no vió ya en su padre, hasta entonces adorado y querido, sino un déspota insensato, esclavo de un vano honor, ó mas bien de su orgullo, y por lo tanto tomó la firme resolucion de resistir con todo su poder al despotismo. ¡Hay de mí! Plegue á Dios que estas semillas de mútuo aborrecimiento no echen profundas raices, y que semejantes sentimientos de amor filial cambiados en aborrecimiento por Ameyda, no tengan entrada en nuestros corazones.....

¡O Dios! No nos atrevemos á proseguir; la naturaleza nos niega pinceles; ningun motivo es capaz de paliar el horror de un parricida: sin embargo, no debemos titubear ni ocultar la mas leve palabra; al contrario, buscaremos sangrientos colores, y ofreceremos en la energía de nuestra propia indignacion

cuadros cargados de todo el oprobio y de toda la infamia que debe recaer sobre semejante criminal.

Cristina de Melsinberg llegó con el mayordomo del Barón. Ameyda no pudo excusar los cumplimientos de costumbre; pero fueron tan fríos é insignificantes, que en semejante circunstancia no podían menos de presentarse á la vista de una muger sino como un insultante desprecio. El Barón persistió con terquedad en su proyecto, y á fin de afianzarle mejor, solicitó del Elector la orden de hacer encerrar á su hijo si rehusaba ejecutar sus órdenes; y por una diestra intriga (efecto del favor, que sin embargo de la calumnia del barón de Lindorf, gozaba con el Príncipe), hizo desterrar á 100 leguas de aquel sitio á la desgraciada Blanca como calumniadora, que habia querido sembrar la division en una familia respetable, seduciendo con proyecto al hijo del barón de Altamongues. Instruido Ameyda de estas nuevas tentativas por un marinero, que desde la rivera derecha del Rhin, embarcado en una lanchilla, le llevó misteriosamente una carta

de Blanca, en la cual esta le noticiaba se habia librado, ocultándose con anticipacion de la tiranía de sus enemigos, poniéndose en seguridad con su padre en una villa cercana, juró en un impulso de furor vengarse... ¡pero sobre quien habia de ejecutar su promesa terrible...! sobre su mismo padre. ¡O gran Dios! la sangre de un padre va á espiar los reverses del amor! Entre todos los delitos ninguno es mas terrible que el patricidio, pues el mismo amor ha destrozado sus flechas, y se ha cubierto con crespones de luto cuando ha visto sus altares manchados de una sangre tan preciosa.

En tanto que el soberbio río prestó sus oficiosas ondas á la nocturna correspondencia de los dos amantes, que se repiten un eterno amor por medio del barquero, largamente recompensado, el cual ponía sus misivas en una de las almenas, al lado del puente levadizo, el baron de Altamongues combinaba silenciosamente con el Capellan los medios de forzar á su hijo á una union que deseaba. El ministro del Altar, iavitado de sus deberes religiosos, procuró disuadir al Baron de

su temeraria empresa, contraria en un todo á los deberes de padre, y á los preceptos del Todopoderoso; pero él despreció sus saludables consejos. “La capilla del castillo, decia, puede servirnos »perfectamente; mis fieles criados me »ayudarán á arrancar el sí á ese rebelde, »principal sello de la alianza, y despues »el tiempo acabará de consagrar estos la- »zos, formados bajo auspicios un poco »rigurosos.” ¿Se podrá creer que Cristina de Melsimberg, olvidando el pudor de su clase, era de estos secretos conciliabulos....? Pero por otra parte, ¿á qué extremos no son capaces de arrastrar los celos de una rival....! Cristina oia con horror el nombre de Blanca; y solo la idea de verse despreciada por esta peligrosa belleza del esposo que la estaba destinado desde la cuna, la conducia á los límites de la desesperacion. Maldiciones, deseos impropios de una muger, y en fin, todo cuanto mas mal se puede esperar para vengarse de un enemigo, estaba pintado en el irritado corazon de Cristina; pero desgraciadamente, el amor no se alcanza con amenazas y tiranías; es un de-

licado niño, que no gusta mas que de lazos de flores cogidas por él mismo, al cual es necesario acariciar sobre un lecho de rosas, y que huye precipitadamente espantado si se pronuncia delante de él el nombre de tirano dueño.

La joven Cristina puso en ejecucion todos los medios posibles para hacer accesible el corazon de Aimeyda; pero éste, lejos de darle alguna esperanza, cuando se intentó introducirle en la capilla, y conoció que se trataba de sorprender su religion por la fuerza, declaró resueltamente, que se le encontraria en lo sucesivo siempre armado, como en una morada peligrosa á la seguridad de su vida. En tan aciago conflicto concibió el proyecto de huir, y unirse á su querida; pero le abandonó, teniendo comprometer su apreciable reputacion y honor, y conseguir, en vez de estas dos perdidas prendas de su amada, la maldicion paternal, con la cual el Baron le habia amenazado tantas veces, si persistia eludiendo su voluntad. Despues de maduras reflexiones y de nuevas noticias de Blanca, afectó humanizarse con la idea

de tomar á Cristina por esposa. Se portó con ella tan fino y amante, que por tan estraña estratagema engañó á su padre, que creyó que la razon habia abierto los ojos de la obediencia á su hijo. Encantado de la dichosa mudanza, se escusó con Ameyda de los medios estravagantes de que se habia valido para esta alianza, y para demostrarle su alegría le dijo que le dejaba la eleccion del dia de sus bodas. Ameyda respondió con respeto, siguiendo el gusto de su padre: y á pretesto de estar mal quisto con el Capellan, empezó su disimulo, rogándole se le despidiese de la casa, lo cual fue ejecutado en el momento. Quitado este obstáculo, solo le restaba deshacerse de la presencia de Cristina; para lo cual, una fiesta que se dió en Bona fue el pretesto que buscó para volverla á la ciudad, y dejarla con su madre. “¿No ganará mas »loor y alabanzas mi amor (dijo Ameyda »á su padre) cuando á la faz del público se vean los cuidados que rindo en »distancia tan grande á la que tiene que »llevar mi nombre? De esta suerte no »llevará como antes esta union los testi-

»monios de una violencia paternal, y se
 »bara callar á los que traten de vitupe-
 »rar vuestra reputacion." Seducido el
 Baron con semejantes sofismas, escogió
 un plan que lisonjaba su amor propio.

Hacia Ameyda repetidas visitas á Bona desde el castillo, y su pretendida ternura para esta no era sino el velo con que cubria las verdaderas de que gustaba Blanca incesantemente en la ribera derecha del rio. Sí, lector, esta era la que recogia todo el fruto, recibiendo frecuentemente en sus brazos á favor de una antorcha tutelar al fiel Ameyda, que cual nuevo Leandro, venia á recoger en una barquilla, con la encantadora vista de su amante, el precio de su amor y constancia. Todos eran dichosos por esta diestra astucia. Cristina ciegamente creia haber triunfado de su odiosa rival; el Baron se regocijaba de verse al fin obedecido; y los dos amantes, bajo la espesa cortina de la ficcion, se entregaron á las delicias de una pasion, que tantos males habia de acarrear. Esta dicha aparente no podia ser de mucha duracion; el Baron fue el que la perturbó, ha-

ciendo comprar en Coblenz los presentes
 de boda , diciendo á su hijo por la últi-
 ma vez : “Que no teniendo ningún obs-
 »táculo que vencer para hacer la dicha
 »de sus caducos días , solo le faltaba para
 »vivir feliz el cumplimentar á Cristina en
 »calidad de su esposa. He aquí , conti-
 »nuó , entregándole una suma conside-
 »rable de oro , con qué comprar las pe-
 »drerías para adornar sus seductoras
 »facciones ; á tu eleccion dejo este en-
 »cargo y su entrega , persuadido que pre-
 »sentadas por tus manos tendrán á su
 »vista mas precio.” Tomó por fin Amey-
 da el oro ; pero viendo la inflexibilidad de
 su padre , y convenciéndose que el tiem-
 po , el engaño , ni la dulzura le harian
 renunciar sus primeros proyectos , aco-
 gió en su corazon la idea mas horrible
 que el infierno puede sugerir , pues no
 consultando mas que con su venganza y
 el egoismo de su pasion , no son los dia-
 mantes los que se propone comprar en
 Coblenz , ni las coronas y vestidos del
 himeneo , sino un puñal.... sí , un espanto-
 so puñal , que le vendió un judío á un
 precio escesivo , por haberle él mismo

adquirido comprándole á un famoso ladrón de la selva Negra.

Esta hoja, sumergida frecuentes veces en el seno de un caminante, este hierro, que ha servido en muchas ocasiones á los complós del asesino, revistiéndose de un nuevo horror, va á finalizar su infame uso con un parricidio. Provisto Ameyda de este acero criminal, le parecia tener en su seno un nido de furiosas serpientes; su vista se turba, la inquietud se pinta en su frente, y la naturaleza ha cambiado á sus ojos todos sus colores; el espectáculo campestre no le parece sino una espantosa fantasma; los objetos mas risueños toman la figura de monstruos; en fin, es un parricida en la intencion, que huye de la virtud, y está identificado con todos los horrores de su crimen. Algunos remordimientos sin fuerza se hacen lugar de cuando en cuando por entre esta demencia funesta, pero se desvanecen calculando en su pasion. ¡O decreto fatal é irrevocable! Ameyda, el monstruo Ameyda, hasta entonces virtuoso, debia romper de un solo golpe la inmensa carrera que le separaba del mal-

vado, é inmortalizar su nombre en los fastos criminales de Alemania.

Partió á caballo de Coblens en una oscura noche, y llegó por medio de montones de nieve y de un mal temporal al castillo de Altamongues. Las nubes, el astro de la noche, la natural y sencilla agitacion de las hojas, todo le atemorizaba, y cubria su frente de un sudor frio; una horca que percibió algo lejana, parecia acusarle y llamarle á si como una presa natural. Las aves nocturnas que volteaban al pasar á su alrededor, parecia que pronunciaban con agudo grito: "el despojo del parricida nos pertenece." En este estado de angustias y perplejidades, que nuestro heroe culpable combatia, llegó al castillo; y en estos horribles preludios de los mas crueles tormentos, se precipitó en su aposento: la fúnebre campana del castillo dió las once, y su lúgubre sonido despedazaba su corazon, y le hacia ver mil pálidas fantasmas, unidas á los negros estandartes de la muerte; pero ciego en sus malvados designios, cierra los ojos á estos avisos del cielo.

Sacó el puñal , y consultando su punta la encontró aguda y segura , y la longitud de la hoja le pareció ser á propósito para dar un golpe decisivo. Cuando estaba entretenido con semejantes ideas, y calculando la profundidad de su fatal golpe , y el parage donde debia darle, entró el Baron en su habitación , y con tono afectuoso le reprochó el haberse espuesto á atravesar de noche una selva tan famosa en asesinatos. Apenas tuvo tiempo Ameyda de ocultar el puñal en su seno á la entrada de su padre , y al ejecutarlo con precipitacion , se hirió con su punta ligeramente; pero disimulando lo mejor que pudo su turbacion , improvisó una fabula bastante ingeniosa sobre el presente que fingió haber hecho á Cristina, contándole sus pretendidas espresiones de amor y reconocimiento. El Baron completamente engañado con tal estratagemas, se retiró, formándose la mas lisonjera perspectiva del porvenir. Ameyda le acompañó respetuosamente hasta su aposento, y habiendo ordenado se les sirviese la cena, pretestando no tenia apetito, se aprovechó de las idas y venidas de los criados,

y entrando en la alcoba paterna, cortó los cordones de las campanillas, que pendían á la cabecera de la cama.

Besando la mano de su padre nuestro heroe, que esta vez le dió los mas tiernos besos, estrechándole afectuosamente entre sus brazos, se retiró, examinando cautelosamente todas las localidades del aposento. El Baron, despues de haberse prosternado algunos minutos ante un Divino Señor que tenia en su alcoba, oró y se acostó, felicitándose de las favorables disposiciones de la suerte para su familia. Todos estan sumergidos en el castillo en un profundo sueño; el cuarto del ayuda de cámara del Baron estaba cerca del suyo; pero es un hombre anciano y pesado que no incomodará mucho tiempo. Una lámpara de cobre ardía suspendida en el techo; su luz, aunque débil, podia estorbar á los designios de Ameyda, que con un pedazo de paño negro la apagó y cubrió; nuestro parricida todo lo tiene previsto para perderse, y la virtud no seria capaz de estudiar tanto para ejecutar una loable accion. El Baron tenia la costumbre de dejarse abierta

la puerta de su aposento, pues resguardado con la vecindad de su hijo, ¿podría imaginar jamás que había de perder la vida por el mismo á quien él se la había dado?

Era la una de la mañana, y el río agitado por los precursores vientos de una tempestad, batía con la violencia de sus olas los cimientos de la torrecilla; las espesas nubes bajando hasta el nivel de las ondas, parecían querer cubrir con un impenetrable velo *la morada del paricida*, y ocultar su maldad al resto de los humanos. Las solas luces que dejaban penetrar no provenían sino de los surcos del rayo, que después de un zumbido sordo iba á sacudir bruscamente su lívido resplandor. ¡Que horror! toda la naturaleza parecía que se eulutaba á los funerales de un padre degollado por su propio hijo.

En semejante y espantosa revolución de los elementos, Ameyda tomó con furor el puñal, y se dirigió al aposento del Barón. Guiado por los relámpagos, conductores frecuentes de los malvados, entra con el rostro cubierto de una máscara y

apagando la lámpara se dirige al sagrado cuerpo de aquel que está sumergido en un profundo sueño. Con una mano trémula levanta la ropa que le cubria, y con la otra le dió en el corazon un golpe parricida. ¡O santo Dios, el cielo señala su reprobacion haciendo caer un rayo en el aposento. Penetrado el Baron de muchas puñaladas que el terrible yerro guiado por la infame mano de su hijo le causan, tartamudea con mociones de voz á algunas palabras: estas son: "Ameyda, Ameyda, querido hijo, socorre á tu padre, librale de los golpes de un asesino." Incorporándose entre las olas de sangre que salia de sus penetrantas heridas, el desgraciado se abalanzó arrojándose á coger los cordones de las campanillas, pero la precaucion de Alneyda en cortarlas bastante alto le privó de este socorro. A fin de asegurar su impunidad el asesino, colocó en los yerros del balcon una escalade cuerdas, y esparció por la habitacion algunas alhajas y dinero á fin de dar á conocer que habian sido algunos ladrones que intentarían robar desde el campo. En el mismo instante arrojó al rio el puñal y

mascara atados juntamente pensando de este modo evitar todas las sospechas de su parricidio. El ayuda de cámara corrió á los gemidos y lamentos que sintió entre sueños; y Ameyda, fingiendo salir asustado de su cuarto, llevaba pintadas en su rostro todas las señales del mas vivo temor sobre la vida de su padre. Se llevaron luces por todos los criados, y el sangriento cuerpo del Baron, les manifestó habia sido victima de un asesino. Ameyda, fingiendo un papel espantoso, supuso haber descubierto la escala de cuerdas, los cofres abiertos, y todas las alhajas esparcidas por el suelo; y el pérfido tuvo el atrevimiento de precipitarse en una barca con el pretesto de perseguir á los asesinos; pero esta accion del monstruo fue á fin de mejor hacer su papel y de lavarse en el rio las manchas de sangre que tenia en sus malvadas manos. Al siguiente dia tuvo la audacia de ir á echarse á los pies del Príncipe suplicándole persiguiese con todo su poder á los asesinos de su padre.

Acábese el reposo á semejante criminal: la sangrienta sombra de su padre,

venia todas las noches á turbar sus sueños, y á colocar sobre sus labios las heridas del traspasado corazón. ¡La vida de parricida es el hogar del infierno colocado en el corazón de un mortal! El crimen descubrió á la vista de Ameyda un velo de tristeza y horror en el inaneuso porvenir. La melancolía, compañera de malvados, ha descendido al alma de Ameyda, y el amor ultrajado bajo el oprobio apenas puede despertar un dulce sentimiento. En vano Blanca corre á consolarle á la noticia de tan espantoso suceso; en vano obliga á su amante á poner término á tan grandes dolores y á que viva solo por ella. Ameyda, presa de la demencia de su crimen, se descontenta de ella, la desprecia, y en el exceso de sus sufrimientos, está á pique de descubrirse dejando triunfar sus remordimientos.

Las mas suntuosas exequias se hicieron al Baron, y el ministerio público practicó las pesquisas mas rigurosas á fin de descubrir el autor de tal atentado, pero nada se indagó con alegría del autor. Instruida Cristina de Melsinberg del fatal suceso, y sabedora de las estratagemas

que habian sido empleadas por ambos amantes para engañarla, así como igualmente al Baron, sospechó la verdad, y alumbrada por las antorchas de sus celos, emprendió todos los medios posibles para descubrirla. A fin de informarse de los menores detalles y circunstancias recibió á su servicio un criado muy perspicaz que Ameida habia despedido por una ligera falta. Este, que la noche del asesinato de su Señor casualmente estuvo despierto, habia visto cosas extraordinarias y raras, entre ellas los cordones de las campanillas cortados entre las ropas del señorito. Semejantes indicios eran sospechosos, pero no podian convencer. Un pescador tendiendo una mañana sus redes á los pies de las murallas del castillo, sacó enredados en ellas la máscara y puñal arrojadas por el parricida. El puñal era muy rico, y temiendo el pescador que si le enseñaba se le reclamasen, le guardó cuidadosamente, y por induccion de una fuerza poderosa fué á Comblens con ánimo de venderle, y se dirigió casualmente, ó sea impelido por la implacable Themis, al mismo judio que se le

había vendido á Ameyda. Apenas se concluyó el trato, cuando el infame israelita perseguido hacia algun tiempo por cierto delito de usura, fué preso con su criado, y en las declaraciones, y el puñal que siempre se coloca en el primer rango de las pruebas materiales, dió lugar á interrogatorios y declaraciones sospechosas, las cuales analizadas hasta lo infinito, descubrieron en el espíritu de los jueces algunas señales acerca del asesinato del Barón de Altamongues. Este rumor llegó á los oídos de Ameyda, que tembló á tan espantosa noticia; un sudor frio cubrió su cuerpo, llama á la muerte con ansia, y todos los objetos le parecen furias infernales que vienen á despedazarle, demostrando con tan continua agonía que era el asesino de su padre::

A vista de semejante declaracion, Blanca, que siente demasiado que ha contribuido, aunque involuntariamente á la ejecucion de este crimen, trata con el auxilio de su atemorizado padre el calmar los remordimientos de su amante. "Vuestro dolor, querido Ameyda (le dijo), os hace delirar, ¿os habeis de acusar

»con el fin de que vuestra sangre apacigüe los manes irritados de vuestro padre? por Dios y por nuestro amor recordad vuestros sentidos.” Aimeyda, mirándola con ojos feroces, la demostró que el puñal homicida se hallaba ya en poder de los jueces. Sin embargo de tan tristes como declarantes pruebas, procuraba Blanca acallar á su amante, pero ya los remordimientos habian triunfado de él, y todos los criados del castillo sabian por su boca tan espantosa confesion.

Cristina de Melsimberg seguia con ardor sus diligencias descubridoras, en el procedimiento criminal instruido contra el judío, á fin de aclarar sus violentas sospechas. La esperanza de clavar una mancha infalible en la reputacion de la rival que aborrecia, y hacer caer en el cadalso la cabeza del amante que habia despreciado su belleza y juventud, habian formado en ella una verdadera Hermione; y en tan sangrientas escenas, el amor, hogar frecuentemente de las mas terribles pasiones, no caminaba ya mas que á la luz de las antorchas de la envidia y de la venganza.

Con las declaraciones de Ameyda los jueces no podían tardar mucho en obtener una plena convicción. El parricida fue cargado con el judío; el pescador declaró el parage donde había encontrado el puñal y la máscara, y por todas partes Themis inexorable levantaba la pira, sobre la cual debía caer la cabeza de este malvado homicida.

Juntos los estados ordenaron, que vista la enormidad del delito, se ejecutase la sentencia en la misma parte donde había sido cometido; es decir, en el castillo del Rhin, y en el aposento mismo del baron de Altamongues. La sangre del mayor de los criminales humeó en aquel horroroso lugar en que la sangre del inocente había sido igualmente esparcida. Murió Ameyda cubierto de un largo velo, y vestido de un sayo encarnado, sin jactancia ni debilidad, consagrando sus últimos momentos á la religion, y nombrando á Blanca en su último suspiro. No sobrevivió esta mucho tiempo á tan espantosa catástrofe, y Cristina de Melsimberg, señalada por la opinion pública como una muger peligro-

sa y vengativa, fue desterrada con su cruel alegría.

Las riberas del Rhin no ofrecieron en lo sucesivo mas que la imagen de luto y de consternacion, pues el parricidio en un pueblo civilizado es un suceso de calamidad general.

El castillo fue destruido por mandato del gobierno, y los habitantes sacaron de este funesto suceso mil fábulas y cuentos tenebrosos que refieren á sus hijos para atemorizarlos y hacerlos huir del camino del crimen.

~~~~~





# **NIOBE**

## **Ó LA JOVEN EDUCADA**

**POR LA NATURALEZA.**



**E**l caballero de St-Hilario era un famoso libertino que solo se casó por tono y cansancio de la vida celibata, y al mismo tiempo por gozar de los placeres sin las consecuencias de una sencilla novedad. Cuando hablaba con sus amigos acerca del matrimonio les decía con una impúdica fatuidad: "es necesario probar »de todo un poco; quiero saber lo que »es estar casado." El día que se cubrió con el velo conyugal, sus compañeros de intrigas le escribieron y digeron muchos epigramas (chanzas que por lo común se usan en tales días, y de las cuales hacen poco caso los maridos sensatos)

y le dirigieron sátiras bastante picantes é indecentes ; pero St-Hilario superior á tales burlas , se divertia con tales dichos , y él mismo componia escenas cómicas acerca de su nuevo estado. Dirá el lector , ¿ que por qué se habia casado...? Como he dicho antes , por la pasion que tenia á las novedades , y ademas por la necesidad de restablecer una conducta ruinosa. Casándose con Elisa Volupi (asi se llamaba su querida esposa) unia sus decaidos intereses á los cuantiosos bienes que aquella acababa de heredar , y se prometia un porvenir mas lisongero que el que le esperaba en un estado que le fatigaba ya.

Antes de casarse con Elisa habia tenido con ella una intimidad demasiado filosófica , por cuyo motivo honró esta á su esposo con las pruebas de una fecundidad prematura , pues al mes de su union dió á luz una hermosa niña , que desde el instante de su salida al mundo inspiró a su padre la idea mas temeraria y barbara.

Nicbe ( nombre que St-Hilario dió á su hija , alusorio á las desgracias que la es-

taban destinadas) hacia admirar de dia en dia sus gracias, su finura, y en resumen una estraordinaria belleza. Colocuémosla en la edad mas interesante del bello sexo, es decir, en los 15 años cumplidos, y haciendo uso de las licencias concedidas á los autores, pasemos rápidamente desde el insignificante tiempo de su infancia hasta la dicha época, á fin de ocuparnos solamente en la singular y misteriosa educacion que nuestra joven heroína recibió de su padre.

Apenas vió la luz esta interesante criatura, cuando St-Hilario, rehusando la idea que tenia su muger de criar por sí misma á su hija, y regañándola amargamente sobre este proyecto, la quitó á Niobe, con el pretesto de evitarla las incomodidades y esposiciones á que criándola estaba espuesta su salud delicada; pero esto no fue, siguiendo su sistema infanticida, sino para enterrarla viva en una casa que habia hecho edificar á propósito, en una calle muy desierta del arrabal de la ciudad. Este nuevo templo erigido á la voluptad ó mas bien al incesto, encerraba secretamente á la desdichada Niove,

que desde la cuna fue arrancada del seno de su madre para pasar al completo estado de una salvaje, destinada á venir á ser la víctima de un padre que en sus incestuosas combinaciones parecia no haberla dado el ser, sino para hacerla el blanco de sus criminales sistemas, y reducir su virtud al crisol de un espantoso analisis.

“¡ Oh, querido y precioso Harem...!, »esclamaba St-Hilario, hablando de la »habitacion de Niobe, tú contienes todos »mis tesoros, y no te cambiaría por la »mas opulenta corona del universo.” El silencio mas profundo reinaba al rededor de este misterioso asilo; y á fin de alejar de él á toda la familia y á los vecinos, este malvado metódico hizo esparcir la voz de que habia duendes en el jardin de su casa, y para mejor hacerlo creer á la crédula plebe, maquinó, ayudado de Florimont, su mas íntimo amigo, apariciones fantasmagóricas, las que pusieron en práctica por las noches, con cuyos disfraces consiguieron dar crédito á sus falsas noticias. Elisa era muy supersticiosa y tímida, como la ma-

yor parte de las mugeres, de modo que no quiso volver jamas á aquella casa, en cuyo centro estaba el infierno, segun decia; pero si hubiese sabido el tesoro tan querido que encerraba, el amor maternal hubiera superado á sus pueriles temores.

El fin que se propuso St-Hilario en sus criminales planes fue los de hollar y romper los límites mas sagrados de la naturaleza y de la moral, y no obtuvo los honores de ser padre sino para erigirse á sí mismo en el templo de sus monstruosas hipótesis. Su menor idea era la de dar muerte civil á una joven virgen oculta á la sociedad; en fin, en su propia sangre intenta tener el objeto de sus ignominiosos amores. St-Hilario se unió para semejante trama á su profundo materialista amigo. A fin de pintar con los mas vivos colores los verdaderos caracteres de estos dos infames, haremos conocer á nuestros lectores, aunque por mayor, primero la localidad en que vivia la infortunada Niobe, y una parte de la correspondencia de estos dos sistemáticos infames.

## CARTA PRIMERA.

Paris &amp;c.

Querido St-Hilario, ayer á las nueve de la mañana, siguiendo tus órdenes, hice poner los caballos al coche, y me dirigí secretamente á tu preciosa biblioteca (\*) donde émulo de Bufon estudias en el libro mas bello y verdadero de la naturaleza. Luego que llegué al aposento bajé la escalerilla que conduce al terraplen y á la jaula, y provisto de tus llaves y abundantes provisiones, empecé con la mayor precaucion posible á separar los zarzales y espinos que estan al rededor de la verja de yerro; despues abrí el resorte de la balbula que las ramas de los

---

(\*) Esta pretendida biblioteca, llamada así alegóricamente por St-Hilario, era un pabellon octágono al gusto chino, edificado en medio de un vasto jardín de la casa de que hemos hecho mencion, el cual tenia un profundo subterráneo casi impenetrable á la luz del dia: aqui es donde estaba Niobe, que cual otra Camila, pasaba allí los mas bellos años de su edad.

árboles ocultan tan ingeniosamente; de puntillas y deteniendo todo cuanto podía la respiracion bajé por la escala del terraplen, y llegué en fin á la bóveda misteriosa.... Me detuve un instante, codicioso de que aprovechase mi vista el menor movimiento de Niobe, pero por el silencio que allí reinaba me convencí que entonces dormía profundamente en los brazos de la inocencia. Con la mayor precaucion coloqué en el sitio destinado la crema, los bizcochos, las frutas secas, una torta bastante grande, hecha de arroz y trigo; un pollo sencillamente cocido, y otros muchos comestibles de duracion, que no puede consumir en menos de seis dias, habiendo constantemente observado en esto tus minutivas instrucciones. Despues de esto fijé mi vista en la abertura secretamente practicada.... en efecto, estaba reposando en la actitud mas encantadora: no quiero ocultarte la mas mínima circunstancia de esta segunda Eva. Niobe estaba echada, cubierta con las telas que hace tiempo pusimos en su habitacion, sobre sus alineadas de pluma; su frente la tenía ceñida con su brazo de-

recho, y el otro caía delicadamente sobre su cintura; su garganta, blanca como la nieve, y formada con la mayor perfeccion, presentaba á mi vista sus graciosos contornos; sus largos y espesos cabellos, mas negros que el ébano, esparcidos con profusion sobre su hermoso cuerpo, parecia como celoso en servir de velo á tantos atractivos; su pequeña boca y sus grandes ojos negros medio cerrados, parecian querer esprimir algun pensamiento celeste sin duda, pues ella no tiene ninguna especie de trato con el género humano, siéndole todo desconocido, y hasta la luz del sol. Despertó Niobe, y reparando en las provisiones que yo habia dejado, se dirigió á ellas desordenadamente, es decir sin finura ni aseo. Comió al fin, pero de una suerte un poco animal, (perdonadme esta espresion, St-Hilario) pues como ignora el modo racional no es extraño no le practique; vertió sobre sí el agua, y algunas gotas que cayeron sobre su seno, corrieron rápidamente como si hubiesen caido en un cristal; tal es la tersidad y lustre de sus carnes: su andar es vivo y sin propor-

cion, así como un joven cervatillo que brinca y salta movido de la impetuosidad de su juventud; sus castos ojos jamás se fijan en su persona, dirigidos por el instinto del placer. Toda la amistad que te profeso he necesitado para mirar indiferente tanta belleza delante de mi vista, pero esta está reservada al dichoso St-Hilario; y escrupuloso confidente y depositario, me verás siempre llevar la fidelidad y discrecion al mas alto grado de heroismo. Quedo recogiendo preciosos materiales para componer tu grande libro de la naturaleza. = Florimont.

St-Hilario retenido en su casa por algunas dificultades, que poco importa dar á conocer, recibió esta carta de su amigo, y dió al instante la siguiente respuesta (\*)

---

(\*) Hemos suprimido todas las indecentes disertaciones, que en menosprecio de la moral podíamos poner coniendo á estos malvados, y solo pondremos en adelante lo que sea indispensable para completar la accion sin escándalo.

## CARTA SEGUNDA.

*St-Hilario á Florimont.*

Paris &amp;c.

Hace mucho tiempo, querido Florimont, deseo, despreciando insípidos pensamientos, llegar al fin de un objeto del mayor interes. Entre tantas intrigas que me hacen brillar en la escena del mundo, empezaria yo por mis amores á puertas cerradas, con esta querida Niobe que me ofrece en su persona, y en su aislamiento de con otros seres novedades tan halagüeñas...

Ayer, querido amigo, me fue necesario valermne de toda mi virtud para ahogar en mí el mas vivo ardor y el mas violento deseo que en mi vida he experimentado; ;que estrañas sensaciones se apoderaron de mi alma al poner el pie á la media noche en el subterráneo....! Estuve á pique esta vez de abandonar todas mis resoluciones, y deshojar esta rosa antes que llegase á todo su esplendor;

pero al fin, sujetando como pude mis pasiones, me limité á contemplar á la bella Niobe, así como Pigmalion adoraba á Galatea, lisongeándome de que algun dia inspiraré en su alma inculta la fuerza de amor y sentimientos que me animan. Pero dejemos esto á un lado, y vamos á otro punto. Puse las nuevas provisiones en su lugar ordinario, pues las que tú llevaste estaban mas bien desperdiciadas que consumidas. Niobe no dormia como cuando la visitastes la última vez: tú estas por los sueños segun veo, querido Florimont, porque tu narracion está adornada con toda la espresion de un soñoliento; atiende y verás si Paris entero, ni la encantadora Herminia, á quien yo he sabido seducir, son capaces de ofrecer una escena mas agradable. No la oclulté ni el ruido ni el movimiento que hizo la puerta al abrirse; sus grandes ojos, al pronto un poco equívocos, se fijaron en esta máquina movible con una mezcla de temor y de admiracion. A semejante novedad quedó parada y no tomó ninguna de sus provisiones, y advertí que solo el objeto movible que las

habia conducido escitaba vivamente su curiosidad. Siempre que he bajado al subterráneo ha sido de dia, pero esta vez lo he egecutado de noche á la luz de un quinqué, cubierto con una gasa encarnada, el cual hice bajar por medio de dos garruchas al asilo de Niobe, de suerte que ninguno de sus movimientos se me podia ocultar. A la vista de este sol artificial se sorprendió estremadamente, y con los ojos fijos, en el cual nueva súbdita de los primeros Incas, peruviana en sus ideas, parecia quererse prosternar ante aquel portento, que se figuraba indudablemente en su imaginacion inculta un ente superior, que arrojaba á intento sobre ella un diluvio de resplandecientes rayos; en seguida como asustada se escondia en un rincon de su asilo, formando con sus cabellos delante de sí un espeso velo, y manifestó quererse ocultar de los lucientes brillos de aquel ser desconocido. De alli á un rato se levantó de puntillas, como preguntando á su habitacion la singularidad de semejante espectáculo; pero el confuso caos de sus reflexiones no dejó formar una relacion

exacta de pensamientos en su encantadora cabeza, y solo su instinto natural la apartó de esta ilusion pasajera para obligarla á hacer otros movimientos que escitaron mas mi sorpresa. Tomó los peines de marfil que yo la dejé, y despues de haberse divertido rompiendo uno, con otro se puso á peinar sus largos cabellos, inteligencia que me admiró. Todos los cubiertos y vasos de plata y oro que á fin de que comiese y bebiese hemos puesto en su asilo, estan abollados y rotos, lo que me hace sospechar, que no habiendo conocido Niobe la utilidad de un tenedor ni una cuchara, y el valor de estos ricos metales, no se ha servido de ellos sino como juguetes, con los que se divierte y emplea el tiempo. Me reparado lo bien que he acertado poniendo el barrerito de agua donde se le coloca, pues se entretiene riendo á carcajadas, vertiéndola en el suelo, y metiendo en él sus lindos piececitos. Se lava frecuentemente la cara, y he sacado en consecuencia que esta accion de limpieza es natural; pero sin embargo, la inteligencia de esta querida discípula de la naturaleza nada

adelanta en progresos morales , y el tiempo no hace sino fortificar su ignorancia: su adorable rostro , aunque deslucido por la palidez que esta vida sedentaria la causa , y sus ilusorias formas , estrañas á este género de existencia , se desenrollan con una energía que anuncia la ausencia de todas las vicisitudes humanas. El pudor innato , tan alabado por nuestros moralistas , está bien lejos de descubrirse en Niobe: este es , amigo Florimont , el curioso punto del problema que pretendo resolver en la persona de esta bella salvaje , pues estoy firmemente persuadido que esta frente pura no se sonrojará sino con el colorido del placer.

Ya iba á retirarme de este espectáculo seductor , cuando sentí que aquella prorumpía en gritos que demostraban mas bien alegría que tristeza. Ella goza de la verdadera dicha en este retiro , porque no puede comparar su suerte con otra alguna ; sistema que destruye la felicidad de los mortales : la risa está continuamente en sus labios , descansa siempre , y la pereza y ociosidad tan peligrosas al hombre civilizado , son para ella la mis-

ma existencia y prueba que el Ser Supremo no ha hecho al hombre para que del todo pase su vida en trabajos forzados y en una penosa industria, que absorbe los mas bellos años de su existencia: cuando se echa se cubre naturalmente con sus ropas , lo que da á entender que la desnudez en que se halla la incomoda por una prevision divina. El amor propio ni la coqueteria no se abrigan en este corazon ingénuo: el primero solo podria tenerlo por el conocimiento de su ser y nacimiento , noticias oscuras para ella ; y el segundo, aun cuando se mirase á un espejo no podria conocerle, pues este reflejador de nuestras formas seria para ella un juguete que la divertiria diariamente. En mi primer billete te instruiré del ensayo de este mueble que pienso poner ante su vista. A Dios: discrecion y salud. = St-Hilario. (\*)

---

(\*) Hemos suprimido otra carta que está en el original frances por parecernos indecorosa, pues en ella da parte St-Hilario á su amigo haber cometido el criminal incesto con su hija, inocente víctima de un padre desnaturalizado é inmoral.

En otras cartas estos dos malvados se escriben nuevos detalles acerca de la educacion que se proponen dar á Niobe, pero son demasiado escandalosas para demostrarlas originalmente, por cuyo motivo las suprimimos, asi como el resto de esta odiosa correspondencia, y bastan las que hemos copiado para dar á conocer en su contenido el desenlace de esta historia.

Continuó St-Hilario algunos meses cometiendo mil infamias con su hija, pero el ama de leche que habia acabado de criar á la señorita desdichada, la cual se obligó por debilidad, y por una grande cantidad de dinero á publicar la muerte de Niobe, estando en el artículo de la muerte se vió atormentada por su conciencia, y temerosa de presentarse al Ser Supremo como partícipe de un crimen, llamó al cura de su lugar, diciendo tenia que revelarle noticias interesantes. Declaró al ministro del Señor sus temores, diciéndole cuanto sabia de la conducta de St-Hilario, quien indudablemente habia precipitado á su hija en algun subterráneo para destinarla algun dia á ser la víctima de algun plan cri-

minal; añadió á esta declaracion que por un efecto de inclinacion muy viva por esta amable niña la habia hecho una ligera marca sobre el pecho derecho para poderla conocer en cualquier tiempo: despues que esta arrepentida muger hizo semejante declaracion murió. El religioso creyó de su deber en lance semejante romper el lazo que le imponia el sagrado sello de la confesion, y al efecto instruyó de él á la justicia de su pueblo, despues á la policia de Paris, y en seguida al tribunal superior civil. Instruido el ministerio público de tan extraña aventura, puso agentes diestros que espiasen la conducta de St-Hilario y de Florimont; se les siguió todos sus pasos, y se les observó sus continuas visitas al arrabal de St-Honoré, calle de... á la casa misteriosa que la gente popular, atemorizada por sus disfraces, llamaba del duende. Por las tapias del jardin se les sorprendió muchas noches, provistos de una linterna sorda hacerse paso por entre los espinos que formaban una espesa capa al rededor del pavillon octágono, bajo el cual se hallaba encerrada la in-

feliz Niobe, y despues se les advirtió desaparecian como por un escotillon. Convencido el ministerio público que la revelacion del ama de leche difunta no era fabulosa en su principio, apostó gente armada que se apoderaron de los dos malvados amigos, y los condujeron á la carcel, donde se les encerró separadamente. Se les obligó á declarar sobre las continuas visitas que hacian á la casa misteriosa, y sobre las sospechas que recaian contra ellos; pero no fue posible hacerles confesar nada.

Ordenó el gobierno á los arquitectos mas hábiles de Paris registrasen el jardin, y cavasen por todos lados á fin de encontrar la caverna donde estaba sumergida la victima, lo cual no pudo conseguirse sino á fuerza de penosas pesquisas. Se consiguió el proyecto despues de haber echado abajo una pared de diez pies de anchura, con lo cual se llegaron á distinguir los suspiros y gemidos de una criatura humana; estos eran de la desgraciada Niobe, que sin alimento hacia veinte y cuatro horas iba á sucumbir á todos los horrores del hambre. La

encontraron echada casi sin vida sobre sus vestidos destrozados; iba indudablemente á espirar ignorada del mundo cuando los mas eficaces socorros la volvieron á la vida. Sacada de aquel recinto de las tinieblas se la vistió con ropas prestadas por los vecinos; y con mucho trabajo, ó mas bien á fuerza, se la hizo entrar en un coche. Su afligida y tierna madre asombrada de semejante fenómeno no sabia con qué términos dar gracias á la Providencia, y en qué lenguaje expresar su admiracion é indignacion sobre su pérfido esposo, uniendo á estas rápidas reflexiones los mas amargos sentimientos por los errores de su primera edad. Se acusaba secretamente de sus debilidades juveniles, cimientos de la maldad de su marido; y en fin, arrepentida agradecia al cielo que se hubiese dignado no abandonarla, volviéndola á su preciosa y única hija, á la que prodigó todas las caricias maternas. Registraron á Niobe y encontraron en su pecho derecho aquella señal confesada por su ama de leche, cuya marca besó muchas veces su amorosa madre recono-

ciendo por ella , ademas de la inclinacion maternal , á la adorada hija que un bárbaro habia arrancado de sus cariñosos brazos.

La interesante heroína recibió en poco tiempo la conveniente educacion á su edad, sexo y desgracias. Madama de St-Hilario divorciada de su marido trató por los cuidados mas tiernos borrar de la imaginacion de su hija la dolorosa memoria del extraordinario género de vida que un libertino infernal la habia hecho pasar en la oscura caverna ; pero á pesar de las mas delicadas atenciones , una sorda melancolía vino á apoderarse de la sensible alma de Niobe : esta amable víctima conoció que no podia presentarse al mundo con aquella dignidad y respeto que requiere una virtud pura é irreprehensible , y sin embargo de que podia justificarse completamente á la vista de todo el universo , por un género de seducción quizá , el unico en los anales del vicio , tomó la firme resolucion de tomar el velo , y borrar con la austeridad del claustro los reveses que su virtud y pudor habian recibido. Madama de St-Hi-

lario desconsolada con la idea de tan cruel separacion, se resignó tristemente á ella, no intentando contradecir los sagrados votos de su hija. Niobe era el objeto de la curiosidad pública y de todas las conversaciones, y no podia presentarse en ningun paseo ni diversion sin ser señalada con el dedo. «Esta es, se decian las gentes cuchicheando, la educada por la naturaleza: ¡qué hermosa es, pero qué aire tiene tan singular! otro decia ha vivido cerca de diez y siete años en una clase de Tebaida que su padre llamaba la preciosa biblioteca.» estas voces corrian por todas partes, y esta celebridad escandalosa contribuia imperiosamente á hacer apartar del mundo á la desventurada joven.

Los odiosos culpables St-Hilario y Florimont hubieran indudablemente experimentado el justo castigo que merecia su delito, si el rango y lustre de sus familias no hubiese obtenido la gracia de conmutar la pena afflictiva en un destierro perpetuo; pero sin embargo, si todos los incestuosos de las capitales y provincias de Europa fuesen condenados al

destierro, ¿qué navío, por grande que fuese, podría transportar tan numerosa emigracion?

Hubieramos querido dejar en la imaginacion de nuestros lectores un sentimiento mas alegre y consolatorio que la idea de ver a la joven Niove víctima de la perfidia de un monstruo, consagrando el resto de sus dias á la austeridad y arrepentimiento, sin embargo, de que no participó con intencion de las profanaciones cometidas á su persona; pero respetamos la veracidad de los hechos, y no queremos alterarlos. Ademas ¿purificando los altares el alma de Niobe, no habian llegado á ser su único refugio? ¿y no se la debe de envidiar, creyéndola muy dichosa en haber tenido una vocacion capaz de dar un dia á su virtud todo su esplendor? No hay duda que en el religioso recinto encontraria una felicidad celeste, fugitiva del gran mundo, y librándose de nuevos lazos desgraciados.

Madama de St-Hilario sobrevivió pocos años á tantos infortunios, y murió recibiendo los tiernos consuelos de su

religiosa hija , que hasta el fin de su vida fue un modelo de sabiduría y de piedad bajo los sacrosantos auspicios de la religion. .



## LA VIOLACION SANGRIENTA

de Jenny

6

*La Lucrecia Inglesa.*

~~~~~

CASO CELEBRE.

La violencia jamas fue el verdadero triunfo de los amores ; á esta palabra de amor pensará quiza el lector que voy á presentar á su vista casos voluptuosos, escesos de los últimos embelesos del delirio.... No, no espere encontrar aquí vanas y dañosas diversiones. No respirará en estas hojas el céfiro impuro y contagioso de las pasiones ; no verá aquí el vicio alabado , los culpables escesos justificados , ni desconocida la verdadera grandeza. No presentaré la pintura escandalosa de una musa libertina , desatando

sin pudor la castacintura de las gracias, y haciendo la apología del violamiento de Tarquino ó del de Lovelace.... No busque en adelante fábulas ingeniosas y frívolas, y paisages encantados, que la brillante ficción cubre de flores, porque no los hallará; pero encontrará lecciones solemnes: el culpable, emplazos terribles; el inocente, una nueva satisfaccion de sí mismo; y verá aquí imágenes venerables y verdades graves, que independientes de los errores de nuestros sentidos, y del juego de nuestras pasiones, presentan una constante y halagüena perspectiva.

Sir Elmours, de origen escocés, nacido en Edimburgo (97), era muy rico por los bienes que acababa de heredar por el fallecimiento de sus mas próximos parientes; y avanzada su fortuna, intentó establecerse en Londres. Su opulencia, su juventud, su escesiva pasión por el lujo y los placeres le llevaron derecho á colocarse en un teatro digno de sus riquezas y de sus adelantos naturales. El caballero era uno de los hombres mas bellos y de mejor presencia de Inglaterra,

y era difícil á una muger no dejarse seducir por las gracias de su figura y talento. Era espresivo en sus modales, interesante en sus miradas, dulce en sus espresiones, de suerte que encantaba al momento á las que se confiaban imprudentemente á la seducción de su aliento embalsamado; pues la rosa no era mas dulce al respirar que la frescura de su boca, adornada del esmalte de los mas bellos dientes. Por otra parte, era alto, impetuoso, tallo de gladiador, brillante y vigoroso á un tiempo, oreja bermejiza, patillas de ébano, mano blanca y suave, su corazon siempre abierto á las hermosas, su espada siempre desnuda contra un insolente, y en fin, el valor, la generosidad, la audacia y la dulzura formaban el caracter y persona del bello Elmours.

Cuando se presentó por primera vez en el paseo, montando un soberbio caballo árabe, y en los teatros de Drury-Lane, de Coven-Garden, todas las señoras no pudieron menos de admirarle silenciosamente, y las hermosas herederas buscaban en el fondo de su alma que tan bello caballero llegase á ser algun día su

esposo. Desgraciadamente Elmour's habia mostrado hasta entonces una aversion invencible á las cadenas del himeneo ; y voltear en las flores del placer , amar á todas las hermosas , y no fijarse en ninguna era su costumbre. Pues yo no diré su sistema , porque esta palabra supondria el estudio y la meditacion , y nuestro heroe era incapaz de hacer proyectos galantes. Elmour's , segun se ve , no era de estos Lovelaces profundos y metódicos que hacen de las flechas del amor el puñal de Otelo , y cubren la voluptad de crespones sangrientos. — No, Elmour's se limitaba á desnatar la galantería , si aun me es permitida esta locura de estilo. Euemigo de estas grandes pasiones á la Corinne , de embelesos romancescos , en cuyos nudos la metafisica del corazon se pierde , no trataba con orgullo sentimental sutilizar el sentido del arte de amar : era para él el amor como en los legistas el procedimiento ; se inclinaba mucho á las pruebas materiales , y nunca estaba mas seguro de la ternura de una muger que cuando conseguia algun favor del desagrado de un Dios á

quien se hacia sordo el infeliz.

A pocos meses de su residencia en la capital, propietario ya de un palacio magnifico, y con una opípara mesa servida para aquellos jóvenes favorecidos de la fortuna, Elmonrs vino á ser en breve tiempo el Alcibiades ingles; los amigos le buscaban por todas partes; el placer corria delante de él bajo las formas mas lisonjeras, y cada dia disfrutaba de nuevas satisfacciones. Por lo demas, ya de jo dicho, no habia ninguna meditacion en sus galanterias, pues se prometió divertirse con inconstancia en sus amores. Este código de galanteria tiene sus aprobaciones, pero no tendrá la nuestra. Conduce al amor de las novedades, tan cercanas del gusto de los escesos; y los libertinos, con proyectos ó sin ellos, jamas seran nuestros heroes.

Elmonrs nadaba pues en las delicias del placer, ya por el lujo asiático de sus habitaciones, ó por el de su mesa; tanto por la belleza de sus casas de recreo, cuanto por sus jardines, si es que puede llamarse placer aquel en que los sentimientos del corazon emanados de la de-

licadeza, no tienen la menor parte. Conocia esto, aunque vanamente; pero creía que era un deber desterrar para siempre de su alma los pensamientos graves, y de su corazón los grandes sentimientos.... Los espíritus sofistas del Támesis le habían dicho mil veces, que disfrutar era todo el secreto de los filósofos, y que el placer existía en la ausencia de la reflexión. Nuestro héroe, tanto por gusto, como por la naturaleza de su complexión, se abandonaba sin reserva á estas cómodas doctrinas; y no daba acogida, hacia largo tiempo, en su séquito epicúreo, sino á felicidades puramente físicas. Era tal su voltaria complexión, que por hermosa que se presentase á su corazón una mujer, jamás la dejaba ocupar en la ausencia un pequeño lado en él; y al mismo tiempo, le divertían tanto las caricias del amor, como una carrera de caballos, una ponchada, ó una broma entre sus amigos, placeres que solía preferir, ó al menos poner en balanza con aquellos, por lo que las señoras de alguna virtud y formalidad no permitían dar entrada en sus tertulias á tan peli-

groso como encantador ente, pues en semejantes situaciones es principalmente donde la bondad ofendida parece virtud en las mugeres. Elmours relajado con esta clase de bellezas sin principios, que carecen de honor y virtud, se burló largo tiempo de lo que llamaba gazmoñería, y no menos continuó atrayéndose todas las fantasmas brillantes del placer. Desgraciadamente la copa de la voluptad tiene tambien sus heces, y sobre todo, sus amapolas, que pronto se perciben en el fondo del vaso, cuando hay la desgracia de agotarla. Elmours oprimido con el peso de sus fáciles amores, buscó en vano con el oro en las manos la voluptad en casa de los mercaderes, que no le vendieron mas que su fantasma, despojándola de las dificultades y estimacion que hacen su principal delicia. Quiso consolarse en el seno de la amistad, de que le habian hecho un solemne elogio: pero esta no venia mas que á sentarse á su mesa, y esta amistad no se hallaba para él sino en el desierto, ni tenia estension sino para pedir prestado. “No es pues »esta la divina amistad, se dijo Elmours;

«la he tenido en todo el simulacro por
 »la verdad; he creído tener asida la di-
 »cha... ¡Hay de mí! No he tenido sino
 »su sombra, perdiendo mi propia esti-
 »macion. Vámonos, apresurémonos á salir
 »de este letargo de los sentidos, y sobre
 »todo, no cojamos mas rosas sin espinas.”

En este espíritu de reforma fue en el que volvió nuestro principal personaje á Londres, buscando para mejorar sus costumbres, obtener entrada en la compañía de los buenos, de quienes su epicurismo le habia hecho apartar; y para llegar á ella mas pronto, cultivó la sociedad de ciertos hombres generalmente estimados, bajo cuyo amparo no podría ser sino perfectamente admitido. En estas tertulias fue donde vió verdaderamente mugeres hermosas, adornadas de gracias y de pudor, centuplicando el precio de sus encantos por la decencia y candor, que son el mas seductor adorno de la belleza. El corazón de Elmours, que hasta entouces habia sido indiferente á los encantos de las mugeres anteriores, advirtió penetrar en él las mas dulces llamas; esta nueva ambrosía era desco-

nocida á su corazon , asi derramó en él la verdadera voluptad , cuya silla reposa en la embriaguez virtuosa del alma , y no en la de los sentidos.

En medio de una porcion de mugeres virtuosas que fijaron sus miradas amorosas , ó las rindieron indecisas sin men- digar su conquista , la bella Jenny , hija del famoso banquero Sir Lancastre Ward-Exchange (38) , le inspiró la pasion mas violenta. En un concierto fue donde la vió por primera vez , ó mas bien la admiró , volteando sobre una lira sus dedos hábiles y sus seductores brazos. Elmours tocaba el violin con bastante destreza para un aficionado , y se ofreció para acompañar á la bella cantatriz á un duo italiano , cuyas palabras , que eran análogas á su situacion , le permitieron deslizar una parte de sus propios sentimientos. Jenny , aunque muy favorablemente prevenida ácia el soberbio Elmours , no aparentó por el pronto haber comprendido el doble sentido de las palabras italianas. Habiendo llegado la hora de separarse , nuestro heroe se apresuró á ofrecer la mano á la bella Jenny para

acompañarla cortesmente á su coche, y se puede imaginar que no despreciaría esta nueva ocasion de hacer conocer al ídolo de su corazon por una pantomima apasionada, toda la espresion que su belleza habia hecho en sus sentidos. Por su parte nuestra heroína habia sido herida igualmente, y Elmours quedó enredado en los lazos de una pasion para él desconocida. La situacion en que se hallaba Jenny era bastante dolorosa, porque Sir Lancastre su padre la destinaba en casamiento al hijo de otro banquero, cuya fealdad é ineptitud la horrorizaban. Sin embargo, á pesar del peligro que corria su virtud, la señora Lancastre, no teniendo mas que á sí misma para gobernarse en el mundo, porque habia perdido á su madre en su niñez, conoció que no podria poner circunspeccion á la debilidad en que acababa de incurrir, y se prometió guardarse bien en adelante de un hombre tanto mas dañoso, cuanto ella tenia que defenderse de él y de sí misma.

Hemos dicho al lector, que Elmours no tenia mas que una pasion, un pensa-

miento , que es de Jenny , y por la primera vez de su vida , ardiente como el fuego , no respira mas que por su nueva querida , ni desea sino la dicha de poseerla. Sigámosle pues , si siempre se puede seguir exactamente á un amante en sus idas y venidas vagabundas , y juntemos las veinte cartas que escribe y desgarrá hasta encontrar una que le parezca contener la verdadera espresion de sus sentimientos.

Luego acudió á secretos mensajeros, depositarios fieles de su pasion. Su ayuda de cámara Williams , amante tambien de la hermosa Brígida , camarera de Jenny , fue encargado de hacer llegar directamente el billete á manos de esta. A este mensajero se le prometieron veinte guineas si lograba su designio ; el amor no cuenta sus billetes con usura , y paga una mirada á peso de oro. ¡ Pero mirad el rigor del destino ! Jenny tomando siempre sus principios por guias en esta circunstancia delicada , recibió la misiva amorosa sin dignarse abrirla , y regañó á su camarera por haber sido el Mercu-

rio de un extranjero , cuyas finezas no podia aprobar sino con disgusto de su padre y reprobacion de su deber. Triste suerte fue la de Williams al anunciar á su amo el mal resultado de su misiva, pues en vez de las veinte guineas , fue regalado con un gran bofetón que le dió Elmours en recompensa de su poca maña. Nuestro heroe , lejos de enfriarse , aumentó mas su pasión , conociendo por primera vez todo el precio de una rosa erizada de espinas, y experimentó quizá mas voluptad en los deliciosos obstáculos que opone la virtud , que en el abandono total de los últimos favores de las mas brillantes cortesanas. ¡He aquí justamente como somos ! para todo necesitamos primicias : adoramos los rigores de una bella , su escrupulosa inocencia , y asimismo, querriamos que la palabra del amor jamas hubiesen pronunciado sus labios ingenuos sino solo para nosotros. En tan cruel embarazo , Elmours hizo ensillar su hermoso caballo árabe (el impetuoso, que andaba doce millas en una hora), y no teniendo entrada en casa de

Sir Lancastre, se consolaba pasando muchas veces por debajo de las ventanas de su amada, haciendo alarde de su soberbio caballo, y ésta, como al descuido, se regocijaba mirándole por detras de las cortinillas de su balcón, guardándose bien de dejarse ver.

En el tiempo de carnabal se daban en Ranelagh (99) bailes de máscaras, donde todos los elegantes de Londres se reunían. Jenny iba también á ellos; pero siempre acompañada de su padre, y disfrazada de Diana, cuyo vestido seductor, compuesto de arco, carcax, flechas, túnica transparente, y adornos de cabeza, realzaban singularmente la belleza natural de Jenny, que estaba verdaderamente seductora bajo estos atributos mitológicos; Elnours sabía de antemano por Brigida, que su querida llevaría este traje para ir á Ranelagh, y fue allí á ver enmascarado al objeto de sus amores. Para ello tomó el gracioso disfraz del pastor de Caria (el bello Endimion) (100); y acercándose al oído de Diana, suplicó con un estilo enérgico á Jupiter le con-

cediese la suerte del pastor griego. Jenny respondió con donaire, guardando sus costumbres, y asegurando a Elmours que nunca querría imitar á Diana mas que en su pudor y castidad. Entonces Elmours estaba en la cumbre de su amor; se acercaba muchas veces en la confusion de las comparsas á su bella Jenny, y en una de ellas tuvo la dicha de hurtarla algunas flechas de su carcax, y substituir en cambio un lazo de rubies que llevaba en su cayado. Se sabe muy bien con qué fanatismo idolatraban los amantes las prendas que llevaban sus objetos queridos, y no deberá estrañarse este cambio tan desigual. La noche fue pues para él tan rápida como deliciosa, y en fin, Elmours no se apartó de Jenny sin haberla jurado un eterno amor. Nuestra bella inglesa por su parte, á pesar de su pudor y reserva, no descubrió en su carcax sin la mas viva emocion el lazo de rubies que su apasionado Endimion habia puesto en lugar de las flechas que la faltaban.... ¡Que niñería! se dijo cuando estuvo sola, guardando cuidadosamente

el lazo en su seno ; ¡que puerilidad ! ¡picarse con mis flechas , y enlazarme con sus rubies !!! No sabe pues , que suponiendo que pudiese yo arrojar una mirada amorosa ácia él , mi mano está hace largo tiempo prometida , y que mi honor murmuraría con razon en esta circunstancia de mis deseos indiscretos ? En el seno de estos dulces desvarios vaciló entre el amor y el amor propio.

El otro dia á las doce , hora de levantarse , despues de las fatigas del baile , recibió Jenny un recado de Elmour, disfrazado bajo la máscara del interes. ¿ Puede hallarse malicioso que un amigo se informe de la salud de su amiga ?... Es muy natural ; así Jenny no se extrañó del mensaje , esclava ella misma de las consideraciones y de las conveniencias de la política. ¿ El mas riguroso pudor hubiera podido encontrar alguna cosa que revelar á un comercio epistolar tan inocente ?... Es menester advertir , que para una carta de amigo , se habia servido Elmour de un papel de seda de color de rosa con cenefas amorosas , le habia per-

fumado de suspiros y de olores bien suaves, además un ramillete hermoso muy costoso en aquella estación, acompañaba también á la misiva; este ramillete estaba compuesto de pensamientos, rosas, jazmines, violetas y azucenas, que formaban un olor alegórico. ¿Que mal hay en recibir estas flores? Es menester no degenerar la prudencia en afectación: se han visto en el concierto, en el baile; un caballero amable ha robado las flechas y ha sustituido rubies; todo esto es permitido en las diversiones del carnaval: "vamos, se dijo Jenny, estos cambios son »placeres bien inocentes, y la conciencia »de mi corazón no tiene que vituperarme; »mi futuro esposo, el baroncito Sparling »puede jurar con toda satisfacción que »me encontrará pura hasta en los mas »secretos arcanos del pensamiento."

Dirigiéndose todo este soliloquio consolatorio á sí misma Jenny, se dejaba guiar por Brigida, y puso el ramillete en un hermoso jarrón.

Vestida elegantemente, se puso en su piano, y como apasionada á las flores,

colocó el ramillete encima del instrumento; ¡pero ved qué rara aventura! á fuerza de tocarle una joya se escapó de él; esta era un bracelete enriquecido de pedrerías, representando en miniatura al bello Endimion en su traje de pastor. No solamente la copia era exacta y seductora, sino que demostraba enternecerse, implorando la gracia del original: ¿qué partido va á tomar Jenny? se sobresalta con semejante aventura; pero vuelta en sí, dice: finjamos no haber descubierto nada en el ramillete; esto será poner mi fama á cubierto enteramente; Elmours se figurará que la joya se ha perdido al tiempo de caer; refirirá á su mensagero, y esta impostura officiosa no me obligará á hacer, ni aun en la apariéncia, la mas ligera confesion. Por otra parte, añadió nuestra bella Inglesa, puesto que yo no amo, ¿por que enviar este retrato? ¿por que establecer una suerte de hostilidades galantes de que el público maligno no dejará de sacar las mas ingratas interpretaciones acerca de mi? Sí, está decidido; la atrevida miniatura no verá mas el dia;

el mas secreto cajon de mi gabeta vendrá á ser su prision. = Procurando olvidar este acontecimiento, se sienta á su piano, y ensaya una sonata de Paer ; pero maldito instrumento, jamas estuvo tan discordes, ni la mano tan agitada.

Nuestro héroe se puso melancólico al ver volver su mercurio, sin que su caduceo llevase la menor respuesta de la Señora de sus nuevos destinos sino palabras políticas ; mas sin embargo, ¡ qué precio tiene en semejante circunstancia una sola palabra traída de la mano querida ! Los verdaderos amantes son poco presuntuosos y confiados en la ternura que se les jura ; pirrónicos en amar, una querida les jurará mil veces que participa de sus sentimientos ; es menester repetírselo muchas veces, y al cabo de cuatro horas de jüramentos y protestaciones, dudan aun de todo cuanto se les ha dicho acerca del interes con que se les distingue. Ved aqui como camina el verdadero amor. Esta era la situacion de nuestro héroe, que de epicureo acérrimo, habia venido á ser un verdadero Celadon. Sus

amigos de mesa no le reconocían; las burlas llovían por todas partes sobre su repentina mudanza, y los jóvenes de tono aseguraban que ya no era aquel Elmours su compañero; sino un hombre ahogado en el piélago profundo del amor.

Hasta aquí juegos amables, vicisitudes deliciosas que acompañan las delicias primitivas de una viva inclinación, han agitado el corazón de nuestros dos héroes. Como inocentes niños, no han hecho hasta ahora mas que jugar con rubies y flores, es menester en fin desgarrar el velo y sustituir, apesar de que nos cuesta repugnancia, ramas de cipreses á las guirnaldas de rosas. Huid pues, ligeros amores, huid prontamente. El crimen con brazo sangriento va á desplegar sus paños rojos sobre los altares de Venus, y el rapto, la violencia y el espantoso suicidio van á reinar de aquí en adelante en el templo de Gnido.

Ya hemos dicho que Williams enamorado de Brigida encontraba su propia ventaja siguiendo las instrucciones de su Señor, por que le daba al mismo tiempo

ocasion de cortejar á la doncella. Desgraciadamente tenia un rival en el secretario de Sir-Lancastre. Este rival ya de edad, y por otra parte poco favorecido de la naturaleza, habia visto sus homenajes despreciados por la doncella, y no pudiendo ser dichoso resolvió vengarse. Se puso á espiar la conducta del mensajero de Elmours, lo denunció al padre de Jenny, como á seductor de su hija, intercepta una carta mas significativa que todas las otras, y en breve tiempo causó un trastorno espantoso en las entrevistas y correspondencias de cuatro amantes. Sir Lancastre, se enfureció con esta noticia, y sin querer oír ninguna especie de justificacion de parte de Jenny, la envió en el momento en su silla de posta á Stamberlindes, donde tenia una casa de campo en que residia el Baron Sir Sperling destinado á nuestra heroina.

Luego que Sir Elmours supo esta terrible noticia por el conserge, un rayo que hubiese caido á sus pies no le hubiese dejado mas espantado. En su primer movimiento de indignacion y de dolor acusó á

Williams de torpe, y las espaldas del pobre diablo pagaron los rigores de un padre intratable. Al momento hace ensillar su fogoso árabe, disponer su mas ligero carruaje á fin de volar sobre las huellas de su amante; tan pronto escribe una carta suplicante y respetuosa á Sir Lancastre, en la cual espone su pasion y ofrece su fortuna y su mano, cuando en medio de sus dolorosas perplejidades manda retirar sus caballos, desgarrar la carta, y reflexionando en la inflexibilidad del caracter de Sir Lancastre, no sabia qué partido tomar. En este estado de incertidumbre pasó Elmours la noche en la mas penosa vigilia. Por la mañana se levantó, y vagando en mil confusas ideas, entraba en todos los aposentos impensadamente como si alguna cosa hubiese perdido. Entró en su librería y fijó casualmente la vista en la novela de Clarisa Harlowe; esta coleccion de cartas, dijo, hablando con sigo mismo, es una pieza maestra de Richardson: ¿pero que enseñan á los hombres todas estas invenciones ingeniosas...? Es verdad que son el espejo de nues-

tras desgracias, pero jamas su salvaguardia. Abrió un volúmen, despues otro, y por fin, paró la atencion sobre el célebre acaecimiento en que Lovelace con la espada desnuda, temiendo perder para siempre su querida, se determina á robarla. Elmours recorre con ansia el paso en que con ingenioso artificio sucumbió Clarisa en casa de Sinclair en Lóndres por un poderoso narcótico, llegando á ser la ilustre hermana de la víctima de Tarquino. Elmours pervertido ya, ébrio por la demencia de su pasion, abraza con ardor todos los falsos razonamientos, y todos los sofismas de Sir Roverd Lovelace. El amor justifica todo, esclama: "Sí, estoy resuelto, la robaré, me casaré con ella, y »mientras tanto seré capaz de amenazar »el mundo entero por poseer á Jenny." ¡O ciega imprudencia de libertinage!

En aquel tiempo Brígida muy afligida fue á su palacio, y le contó que Sir Laurence habiéndola despedido de su casa, por cómplice en sus intrigas, no tiene otro socorro mas que sus bondades. Nuestro héroe la recibe con las mas vivas de-

mostraciones de alegría. Es menester haber sido amante para percibir con qué transportes se sale al encuentro de las personas que han estado cerca de nuestra querida. Al momento Elmours obliga á Brigida á que acepte veinte y cinco guineas, la hospeda ante todas cosas en su palacio, y la promete unirle á Williams, cuando él mismo haya arreglado mas dichosamente sus intereses de corazon. Está para atestiguarle su reconocimiento, le cuenta al punto lo que ha juzgado mas ventajoso para él en la conducta de su querida; no se olvida del lazo de rubies, la miniatura y todos los suspiros que ha oído, y no deja dudar á nuestro fogoso amante que es amado apasionadamente: le instruyó tambien de la disposicion y localidad del castillo situado á media milla de la ciudad de Stavern-lindes; le dice que las ventanas de Jenny caen á un estanque que se estiende hasta el parque, y no le deja ignorar tampoco la morada en aquel lugar del Baron su rival.

Así con la cabeza acalorada por el plan

mas romanesco , con las ideas mas impetuosas , Elmours hace poner definitivamente su bombé, toma sus pistolas y su espada , y solamente acompañado de Williams , se dirige con sus caballos á Stedvard , y allí toma la posta hacia Stavernliendes , donde llega á eso de las dos de la mañana , teniendo ademas cuidado de hacer seguir algunos caballos de mano , y sobre todo su caballo querido “el impetuoso.”

Al amanecer su primera idea fue hacer llegar una carta á la adorada Jenny , en la cual la pintaba con muestras de fuego su desesperacion , su amor y sus proyectos. Pero Jenny sobresaltada por los arrojós de su padre , temblando por su reputacion , y acordándose del gran número de jóvenes perdidas , tanto por su impudencia como por los errores de una fatal pasion , parece como detenerse á los bordes del precipicio. Con Elmours , á quien su padre aborrecia , entrevé un acaecimiento espantoso y caer de repente sobre ella la maldicion paterna! si no le obedecia: juzga su honor perdido en la

opinion pública, y todos los infortunios mas grandes resultados de la primera falta. Hace el examen escrupuloso de lo pasado hasta vituperarse todas las faltas que ha cometido, tiembla, llora por su virtud, por su reputacion, y cual la bella Valliere refugiándose al pie de la santa cruz, cuando Luis catorce la perseguia con su amor, en el convento de las Ursulas (104), así Jenny se prosterna en el oratorio de su alcova, suplicando á la divina Providencia la sostuviese su virtud desfalleciente, sale de este buen arrepentimiento, determinándose á devolver el retrato y misivas al doñoso seductor que suspiraba á su perdicion, declarándole al mismo tiempo que estaba resuelta á obedecer ciegamente las órdenes de su padre; tal fué la cruel respuesta que obtuvo Elmours de sus nuevos atentados. Desesperado, aniquilado, herido con el golpe mas sensible que pudiese recibir un amante, Sir Sperling le es odioso, execrable, le considera en el furor de sus transportes como el autor de todos sus males, y sin deliberar mas le dirige

un insultante villete de desafío. El baron tenia valor, y sin dignarse responder asistió á la cita. Tiran las espadas, y El-mours por primer atentado sumerge la suya en el seno de un hombre que veia por primera vez. Poco le importa la violencia, su pasion le justifica á sus ojos. Lovelace hirió bien al hermano de Clarissa... De este homicidio pasa á la idea de un rapto, y ya que la virtuosa Jenny rechaza su corazon y su mano, la maña y la fuerza (dice el malvado) triunfarán de este corazon rebelde. La noche empezaba á oscurecerse y esta misma noche es la que señala Elmours para el rapto del objeto infortunado de su pasion frenética. No habia que perder un momento; el cuerpo sangriento de Sir Sperling yacia en el mismo parque de Sir Lancastre, en el que los dos rivales se habian batido; era pues menester que Elmours desapareciese con su nueva presa antes que el resultado funesto del duelo viniese á conocimiento de la autoridad. Retirada Jenny á su aposento con su nueva camarera, se metió en la cama, y á pesar de sus zo-

zobras, Morfeo se apoderó de ella. Nuestro fogoso amante seguido de Williams, prevenidos ambos de cuerdas y escalas, y una pequeña barquilla que habian desatado del estanque del parque, habiendo dejado un carruage dispuesto para su huida en el camino del bosque, se adelantaron con las sombras de la noche teniendo por guia la débil luz, vislumbre de una lamparilla que ardía en el cuarto de Jeuny. Empezaron á dirigir la barca hacia sus ventanas, y hecharon una escala de cuerda, con cuyo auxilio subieron al balcon. Con la ayuda de un diamante cortó Elnours un cristal sin hacer el menor ruido, abrió la persiana y la ventana, y en fin el culpable raptor entró en el departamento de una infortunada que destinaba á la mas fatal suerte.

El audaz estaba prevenido á todo acaecimiento, con su espada desnuda, la cual llevaba bajo su brazo izquierdo. Prudente en su criminal empresa sopló al momento la lamparilla, para que sus claridades indiscretas no llegasen á perjudicar á sus culpables designios. Se acerca á paso

lento á la alcoba de Jenny, y toca el lecho sagrado de una virgen.

Nuestra heroína entregada á los vapores del primer sueño, gozaba en reposo de sus virtuosas resoluciones. El partido de la sabiduría que ella misma habia tomado, despreciando una pasión desaprobada por su padre, la hacía gozar de una calma perfecta, tanto mas, cuanto al tiempo de cenar habia declarado á Sir Lancaster que podia contar con una ciega obediencia. Entonces Elmours, en esta situación cerca de triunfar de todos los obstáculos, como su audacia le libra sin defensa, duda, y los restos de su propia virtud le oponen mas dificultades que sus enemigos mismos. En fin dejándose de toda reflexion de arrepentimiento, se determina y con la vivacidad de un amante cerca de las bellezas de su amada, la aplica un pañuelo á la boca, mientras que con el otro brazo la quita de su lecho y la lleva al balcon donde Williams la recibe, y ayuda á hacerla bajar á la barca á pesar de sus esfuerzos para desembarazarse de las manos de sus raptos. Elmours habia

tenido cuidado de proveerse de una capa, en la cual envolvió á Jenny, pero no quitó de su boca el pañuelo que la impedía gritar, hasta que conducida en la calesa al medio de los caminos de travesía, el ruido de sus sollozos no hiciese temer ningun peligro.

Se juzgará sin que nos sea aquí necesario emplear grandes hipérboles, el dolor y la desesperacion de Jenny trasportada, para decirlo así, del sueño al oprobio. Elmours por mas que la jura una ternura eterna, y la habla de su próxima union, la enormidad del atentado, su honor ultrajado, perdido, su entera desnudez, su pudor profanado, nada puede servirle de excusa á sus ojos en semejantes escesos. El infame Elmours, en otro tiempo el mas amable y acaso el mas amado de los hombres, no es ya mas que un monstruo que aborrece, y al cual preferiria la muerte antes que verse en sus brazos aun con los derechos legítimos del himeneo. Nuestro criminal raptor se esfuerza vanamente en practicar todo lo que la ternura tiene de mas delicado, y el honor de mas

sagrado, para jurar la consagraria toda su vida y su felicidad; Jenny furiosa no quiere oír nada, y muchas veces estuvo próxima á escaparse de Elmours, saltando de la calesa con peligro de su vida. En estas contestaciones, y llevando como unas veinte millas de camino por mil travesías solo conocidas de él y su consorte, llegaron á un castillo aislado, que era una parte de los dominios de Sir Elmours. Ya tenían dadas de antemano las órdenes á fin de hacer creer á los criados que aquella señora era una de sus primas, cuya cabeza romanesca estaba un poco desordenada, y que el honor de familia exigía que se la encerrase algun tiempo á fin de alejarla de cierto intrigante de Londres que trataba abusar de su inesperienza. Esta fábula tuvo el crédito que Elmours se había prometido. Despues de haber encerrado cuidadosamente en un Kiosque suntuoso (162) y separado del castillo á la desgraciada Jenny, y haberla provisto abundantemente de todo lo que podia serla necesario, envió á Williams á Londres, á fin de traer telas y todos los

mas elegantes adornos de muger. Despues escribió á Sir Lancastre una carta apológica de su conducta, en la cual hacia como hombre de honor la oferta de su mano con la firme intencion de reparar auténticamente una violencia cuya causa era solo el exceso de su pasion. Elmours fue á manifestar esta misma carta á Jenny antes de remitirla á su padre, esta por recompensa de todo la hizo pedazos, jurando nuevamente que todos los poderes de la tierra reunidos no serian capaces de hacerla cambiar de resolucion. Williams volvió con sus encargos, pero Jenny no quiso aceptar mas que lo que exigía la decencia, pisando los vanos adornos con que su raptor pretendia seducirla.

Mientras esto pasaba en el castillo de Sir Elmours, Sir Lancastre habia hecho sus declaraciones al ministro publico; el cuerpo de Sir Sperling fue encontrado en el parque por los niños del arrendador del castillo; todas las sospechas caian sobre Elmours y por una ceguedad extraordinaria de las pasiones, este temblaba me-

nos por su vida y deshonor que por la pérdida del objeto de que estaba apasionadamente prendado. "Poseer á Jenny, y morir:" he aquí su único pensamiento. Pero estas nuevas protestaciones, acompañadas de cuanto imaginaba, no le dejan hacer ningun progreso en su corazón. Cuando se dirige hacia el fatal Kiosque, cuando siente pasos, cuando meten la llave en la cerradura del encierro, Jenny tiembla como á la vista de su suplicio, y no responde al amor humillante mas que con un grito de horror. Esta porfia rara en una muger cambia los sentimientos de nuestro criminal; se indigna de tantos menosprecios, y va á justificarse á su vista sus propias perversidades por los mismos rigores de su amante, acordándose que el pérfido seductor Lovelace en igual circunstancia recurrió al arte, y adormeció una virtud muy rebelde, á fin de triunfar. Elmours, el infame Elmours se procura tambien opio, y trata de excitar la voluptad en los encantos de un profundo letargo.

Una noche que uno de sus correspon-

sales de Londres, á quien habia encargado misteriosamente le informase del rumor que causaba su desafío y el rapto de Jenny, le mostró por un correo espreso que el sello de la autoridad estaba ya puesto en todos los cuartos de su castillo, que procedian contra él, y le buscaban por todas partes; el malvado tomó á este aviso la resolucion de poscer á Jenny ó morir. Echa pues en sus alimentos el poderoso narcótico, y á eso de las dos de la mañana en el seno de una noche muy sombría, provisto de una linterna sorda se dirigió hacia el misterioso Kiosque, en el que vió á Jenny sobre un sofá entregada al mas profundo sueño. Esta vez el amor fue dichoso, y cometió el horrible delito satisfaciendo su deseo; si es que alguna vez puede aun decorarse con el nombre de felicidad un hurto criminal en que el corazon ni los sentidos de Jenny no tuvieron la menor parte, y en el que los remordimientos de la conciencia de tan vil raptor empezaron.

El inours saciado cual un monstruo que ha devorado su víctima, se gloriaba se-

cretamente de su vergonzoso rapto. Se retiró proponiéndose hasta el día siguiente los efectos de la resignacion ordinaria de una muger, que despues de desesperarse y llorar, termina consolándose de un hecho en el cual ninguna culpa ha tenido. ; Pero gran Dios, cuál fue el espanto y desesperacion de Elmours cuando al entrar en el encierro percibió entre ondas de sangre el cuerpo de Jenny, que introduciéndose un cuchillo en el seno se habia sacrificado, cual la ilustre Lucrecia esposa romana de Collatino, que no habia querido sobrevivir á una violacion infame (193)! Elmours asombrado, con los cabellos erizados espera aun que el golpe no sea mortal. Arranca el cuchillo hincado en el seno de su víctima. La sangre le salta á la cara con violencia; está manchado con ella: pero poco le importa. Una esperanza quimérica le anima; se pone á chupar la herida á quien él queria reanimar, pero en vano: Jenny ya habia muerto.

“Cual rosa, ha vivido lo que viven las
»rosas en el espacio de una mañana.”

(Oda de Malesherbes.)

En el fondo de su tumba, ya no teme sacrilegas profanaciones.... No existe.....
 ».....Una sangre vermeja colorea es-
 »te cuerpo hermoso, espira, y su cuello
 »inclinado débilmente deja caer sobre su
 »hermoso seno su joven cabeza.... Cual
 »se marchita una amapola agoviada por
 »la tempestad, y una florecilla que ha to-
 »cado el arado al tiempo de pasar, asi
 »espiró esta joven desgraciada en la pri-
 »mavera de la edad.”

Elmours amedrentado llama á su so-
 corro á su fiel Williams, y le implora
 no le abandone en esta catastrofe terri-
 ble: para acabar de corromperle y arras-
 trarle á su complicidad le prodiga oro,
 le promete una grande fortuna, pero an-
 te todas cosas le suplica le ayude á se-
 pultar este cadaver delator antes de huir
 juntos al estrangero. Se determina á ocul-
 tar el objeto de su amor, y resuelve que
 en la misma noche despues de haber en-
 vuelto el cuerpo de Jenny en una capa
 irian cada uno con una pala de hierro
 á ocultar la víctima del amor en lo mas
 espeso del bosque. Acordado este desig-

nio funesto , luego que la oscuridad les ayudó lo egecutaron, y cargados los dos con este peso doloroso , se pusieron á cabar al pie de un árbol un foso bastante profundo para recibir á la desgraciada Jenny. El cielo jamas permite que el crimen quede sin castigos. Un cazador que se hallaba en esta selva cercando la caza , asustado á la marcha misteriosa de dos hombres que le parecieron malhechores , no se atreve á hacerlos fuego por miedo de ser mas débil , y fue su primer cuidado para ocultarse el de subirse sobre un árbol , al pie del cual vinieron precisamente á cavar nuestros dos cómplices. Entonces se guarda bien de hacer el menor ruido ; pone atento el oído , y reconoce con asombro la voz de Williams , como tambien la de su señor Sir Elnours , á los que habia visto muchas veces en el castillo en su infancia. Luego que se hubieron retirado los dos actores de esta escena sepulcral , Tony , (asi es como se llamaba el cazador) volvió á su cabaña , confió todo á su muger , quien le aconsejó fuese á consultar al

ministro del lugar. En fin, de declaración en declaración, decretó el juez se metiese en la cárcel á Sir Elmeours provisionalmente, á vista de las violentas sospechas que renacian de todas partes contra él; pero el desgraciado habia previsto este nuevo golpe, y en la desesperación de salvarse en otra parte, se habia agarrado al instante que se concluyó la sepultura de Jenny, á su impetuoso árabe, y habia corrido en tres horas el espacio de ocho leguas, dirigiéndose á todo correr ácia Tibal, otra de sus propiedades.

Williams, mas prudente, se dirigió á Londres, se unió con Brígida, y provisto de oro que le dió su señor, pasó á las costas de Inglaterra, se embarcó, y llegó á Calais, donde no temia ya ser implicado en un procedimiento del que preveia los acaecimientos mas funestos. No le sucedió lo mismo á Elmeours; su suplicio habia empezado ya, y este nacia de sus propias visiones. La sombra sangrienta de Jenny le perseguia sin cesar, la veia noche y dia delante de sí,

como una furia infernal, pidiéndole cuenta de su virtud y honor bárbaramente inmolados.... Apenas cerraba los ojos sucumbiendo á las fatigas de sus tormentos, cuando su víctima con los cabellos esparcidos y el seno desnudo y sangriento aparecía en su alcoba, arrastrando por medio de enormes cadenas ruedas ignominiosas, horcas y garrotes....; y en fin, no sueña mas que penas infamantes, cadalsos y oprobios.... Ya se levanta asustado, y supone el cadáver de Jenny bajo su cama, haciendo oír sus quejosos gemidos; ya que corre ella sus cortinas, le arranca de su cama, y le arrastra á Tribunal.... La ilusion producida por el remordimiento es completa: Elmours ya despierto la ve, la habla, reconoce sus acentos, que antes hacian palpar tan deliciosamente su corazon, quiere aun cortar la sangre que corre de su herida, pero Jenny lo rehusa, y descubriendo de nuevo la zanja fatal, cavada con sus propias manos, se atraviesa á sus ojos, y penetrada por el dolor, hace oír sus últimos gemidos, que se prolongan

en el alma de Elmours como la bibra-
cion de una triste campana.

Tal era el estado espantoso de este fo-
gosísimo amante: un error bien culpable,
sin duda, habia aniquilado en él las mas
halagüeñas esperanzas, y los mas bellos
titulos para la dicha. La naturaleza, el
rango, la fortuna se habian reunido en
vano para concurrir á su felicidad; una
pasion funesta habia destruido todo, y
uno de los mas ilustres caballeros de la
Gran Bretaña, aquel que sin presuncion
podia aspirar á la mano de una duquesa;
ahora homicida, raptor y voluptuoso,
no es ya sino un infame, desterrado de
la sociedad, lejos de su propia estima-
cion, desgarrado con inútiles sentimien-
tos, y que Themis, en fin, va á perse-
guir escesivamente con su vengadora cu-
chilla.... En efecto, en la misma noche,
que siempre presa de sus infernales vi-
siones habia probado Elmours querer
tomar algun reposo, y que la fantasma
nocturna de Jenny lloraba debajo de su
cama: la casa de recreo donde él se ha-
bia retirado se halló cercada de veinte

gendarmes, á cuya cabeza se hallaba un condestable.

Al instante entran en su aposento y le cargan de grillos y esposas; un velo de ignominia se estiende ya sobre toda su persona, y apesar de sus gritos y esfuerzos se le condujo por su rango á la torre de Londres, que es la carcel de estado destinada á los criminales de distincion. Por mas que le parecia horrible su calabozo, hubiera gozado quizá de algun sueño si la fantasma sangrienta de Jenny, armada de una pala de hierro y con un vaso de opio en la mano, no hubiese venido á acometerle en el seno de sus yerros y de su cautividad; pero esta sombra funesta, irritada en perseguirle, no le deja un instante, acompaña al carcelero en sus idas y venidas, y parece apresurar el suplicio de su profanador.....

Mientras las primeras pesquisas empezadas acerca de la deposicion del cazador Tony, habian hecho desenterrar efectivamente el cadaver de nuestra infortunada heroina del pie del árbol indicado.

Sir Lancastre por otra parte, el mas activo perseguidor de Elmours, habia reconocido á su hija y depuesto á la chancillería criminal un hecho de acusacion, en el que contaba las mas pequeñas circunstancias del rapto presumido y del asesinato de Jenny; ademas daba por pruebas todos los mas pequeños vituperios, y sobre todo el villete enviado á Sir Sparling, encontrado en los bolsillos de este último y terminaba este escrito fulminante, invocando una pronta justificacion de las leyes. Con todo, esta masa de violentas sospechas no daban ya sino probabilidades. El abogado de Elmours, le penetró al punto, y aunque íntimamente convencido de la criminalidad de su cliente, no por eso dejó de emplear todos sus esfuerzos para salvarle, pues le estaba prometida una gran fortuna. Como la otra parte no tenia mas que un solo testigo (una declaración), fundó en esto toda su defensa. Se puede imaginar con qué actividad se siguió esta causa en el tribunal criminal de la corte; todo Londres acudió allí. Una se-

florita de rango, y una de las mas bellas de Inglaterra, ultrajada, arrebatada, violada, asesinada por un amante célebre, tanto por su figura como por su opulencia.... Y en fin, otro Lovelace, poniendo en la tumba otra Clarisa... Este procedimiento extraordinario no podia dejar de atraer el tropel de la gente, y de interesarse todos los corazones sensibles, que abominando al autor de semejante atentado, no dejaban de compardecirle, y atribuir á la fuerza y ceguedad de las pasiones un crimen, cuya causa habia sido el amor solo. Las hermosas le disimulaban en el fondo de su alma: Elmours era tan bello.... Muchos de estos que titubeaban en la sana virtud se decian por lo bajo: "conozco que yo no sé si me hubiese mudado como Lucrecia en semejante caso...."

El abogado de Elmours, Sir Odsbury, le habia aconsejado particularmente con peligro de su vida, insistiese sin cesar inclusiva y exclusivamente al tiempo de sus preguntas en un sistema de denegacion continua; responder á todo con-

siguientemente , no , y siempre no , y oponer á cada punto de acusacion su presencia en Tribald , casa de recreo , distante diez y ocho millas del lugar del rapto y del asesinato presumidos.

¡ Ah ! ¿ El desdichado Elmours acometido por su conciencia , sus remordimientos , y esta sombra implacable que le perseguia hasta el santuario de Themis , era capaz de sostener estas culpables mentiras en un sitio tan imponente como el templo de la justicia ante la imagen del mismo Dios que escucha y castiga al perjurio ? ¿ Tenia las fuerzas necesarias para huir de tan terrible asalto ? No , sin duda , y su palidez y sus temblores desmienten á cada instante sus lacónicas imposturas.

Entonces su defensor como habil diálectico , saca el partido mas brillante de su causa : es una serpiente suave é ingeniosa que se redobla bajo mil formas diversas , enlaza el código de sus sutilidades , disfraza habilmente la evidencia , y por medio de la elocuencia arroja relámpagos de entendimiento y de luz que

confunden de admiracion y temor á los jueces y á toda la asamblea. La verdad que parece luego salir limpia y brillante de todas las deposiciones, ademas el hecho de Sir Lancastre, la desaparicion de Williams, la visita judiciaria al Kiosque, los vidrios de las ventanas de Jenny en Stavern-Lindes cortados por un diamante, un gorro encontrado de noche en la calle de Steward, una chapa del bocado de la brida del impetuoso, recogida por un joven en la selva de Tibald, el testimonio en fin de Tony, que subido en el árbol ha visto, y despues reconocido las voces; estas grandes pruebas irresistibles, si puedo espresarme asi, no destruyen la fuerza de la otra parte. Hay, sin duda, violentas probabilidades; pero veinte testigos contrarios pueden probar que Sir Elmours en la misma noche de la sepultura de Jenny ha sido visto diez y ocho millas de Stavern-Lindes, y que ningun caballo en la tierra es capaz en tan pocas horas de andar semeiante espacio: por otra parte Tony está solo para deponer, y la ley

exige otro concurso de testigos y pruebas. Esta ley ha faltado muchas veces, que la corte del Banco no quiere espónerse á los terribles menosprecios de Calas y de la desgraciada Palaiseau; prefriere en fin, dejar vivir al acusado criminal, á enviar al cadalso al acusado inocente.

La asamblea, la opinion pública estan en favor de Elmours, muchos hombres piensan que ha podido pasarse, y visto la belleza de la víctima con voluptuosas violencias; pero el asesinar en seguida es lo que no admiten ni la razon ni el carácter conocido de nuestro héroe. En medio de estos debates interminables es donde el procedimiento deja todos los espíritus en la duda de la condenacion, ó poner en libertad al acusado. Odsbury triunfa; su gloria, su renombre, como uno de los mas elocuentes Demóstenes del tribunal de Londres se aumentan. Sin cesar en la cárcel con Elmours sostiene sus espíritus pusilánimes y vacilantes; se esfuerza en disminuir á sus ojos su error que rechaza con la noble pasion

del amor , á fin de calmar sus remordimientos y debilidades ; pero Elmours admirando el talento de su defensor no se juzgaba menos , y el dia que se iba á pronunciar la sentencia , en el dia mismo en que sucumbido por su abogado , iba quizá á escapar por la fuerza y la influencia de su genio , del oprobio de que estaba amenazado : Elmours se condena á sí mismo : á fuerza de oro corrompió al carcelero , quien le procuró el opio , y murió con el mismo veneno que habia adormecido á su amante...

Así es como descubrió su delito á toda Inglaterra espantada é indecisa. No moderando allí su venganza contra él , transformaba por su testamento en hospicio su castillo junto al fatal Kiosque ; mandaba que este funesto pabellon fuese destruido , y se erigiese un túmulo cerca del árbol donde habia estado enterrada Jenny. Por otra parte recompensaba con magnificencia los esfuerzos y talentos de Odsbury , y suplicaba á Sir Lancastre perdonase á un infortunado , cuyo crimen habia nacido del mismo exceso de su amor.

Todo Londres no pudo menos de llorar la suerte funesta de estos dos amantes: el teatro se apoderó de su trágica historia, que muchos años despues sus infortunios hicieron aun correr lágrimas á los corazones sensibles.

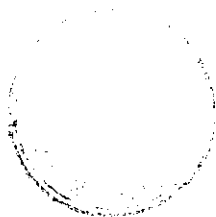
FIN DEL TOMO SEGUNDO.

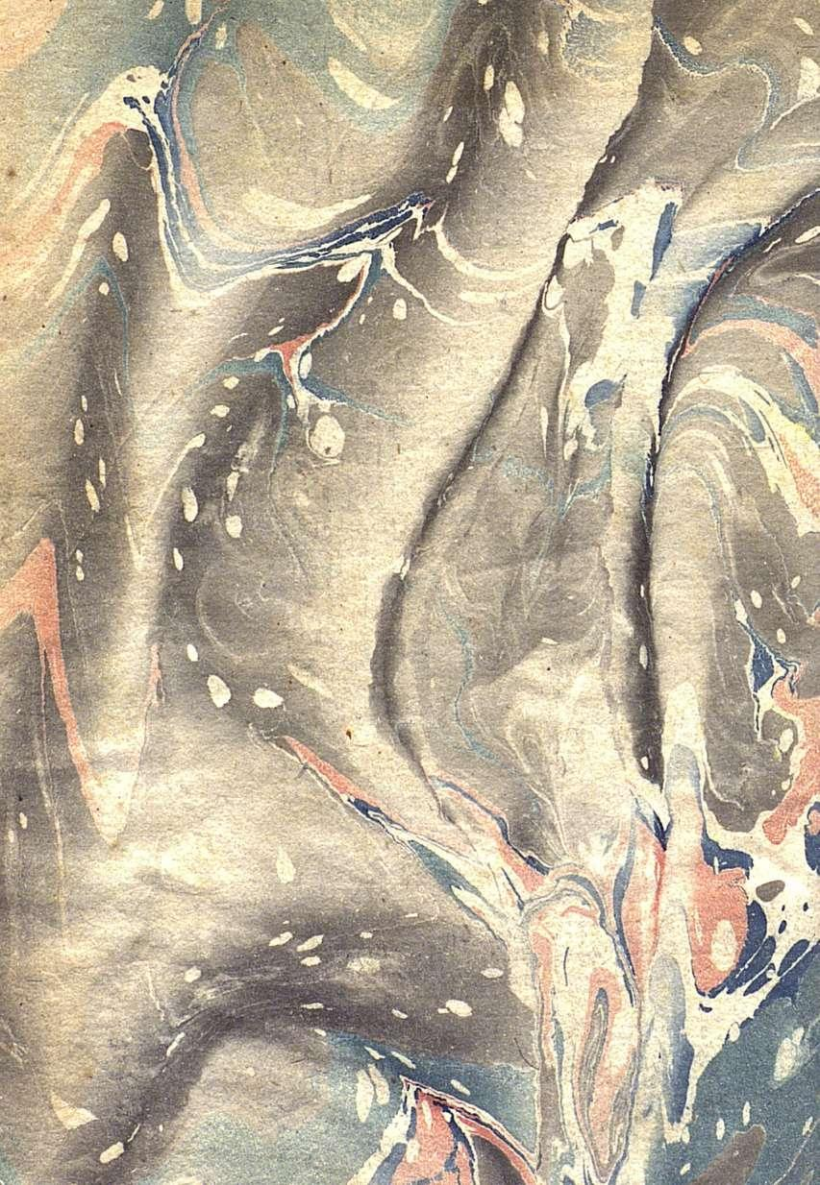
ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO II.

<i>El perro revelador.</i>	pág. 3
<i>El carnicero inglés ó la lámpara</i>	
<i>pavorosa.</i>	57
<i>La morada del asesino.</i>	83
<i>El parricida.</i>	123
<i>Niove ó la joven educada por la</i>	
<i>naturaleza.</i>	161
<i>La violacion sangrienta de Jenny</i>	
<i>ó la lucrecia inglesa.</i>	184

Las notas se incluirán al final de la obra.









D